JESUS

AL

CORAZON DEL SACERDOTE

SECULAR Y REGULAR,

Ó CONSIDERACIONES ECLESIASTICAS

PARA CADA DIA DEL MES

que pueden servir para un retiro espiritual de diez dias,

escritas en italiano por un Sacerdote (1) *que se ejercitaba en las santas misiones, y traducidas al español por el M. R. P. Fr. Manuel Rovira.*

Cuarta edicion corregida y aumentada con las dos Pláticas del V. M. Avila á los Sacerdotes, y otras adiciones.

(1) R. Dr. Belmonte

MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.

—

1847.

ÍNDICE.

Plática primera del V. Avila para sacerdotes..... pág. 5
Idem segunda..... 16
Carta del mismo á un joven sobre el estado sacerdotal..... 38
I. *Oracion mental*..... 1
II. *Fin*..... 6
III. *Dignidad*..... 9
IV. *Santidad*..... 13
V. *Pecado*..... 17
VI. *Pecado*..... 21
VII. *Escándalo*..... 25
VIII. *Misa sacrilega*..... 29
IX. *Recaidas*..... 33
X. *Impureza*..... 37
XI. *Avaricia*..... 41
XII. *Soberbia*..... 45
XIII. *Muerte*..... 49
XIV. *Muerte*..... 53
XV. *Juicio*..... 57
XVI. *Juicio*..... 62
XVII. *Juicio*..... 66
XVIII. *Infierno*..... 68
XIX. *Peligro de condenarse*..... 72
XX. *Pecado venial*..... 76
XXI. *Tibieza*..... 79
XXII. *Ocio*..... 83
XXIII. *Estudio*..... 86
XXIV. *Fe*..... 91
XXV. *Esperanza*..... 95
XXVI. *Amor de Dios*..... 99

XXVII. *Amor del prójimo*..... 102
XXVIII. *Celo*..... 106
XXIX. *Humildad y mansedumbre*..... 110
XXX. *Mortificacion*..... 115
XXXI. *Paraiso*..... 120
Carta del V. Avila sobre la preparacion para celebrar..... 125
Revel. S. Birgit..... 132
Advertencias de S. Ligorio sobre la celebracion de la Misa..... 134
Regla de vida sacerdotal..... 144

ADVERTENCIA SOBRE ESTA EDICION.

El autor de este piadoso librito, se dice en las ediciones anteriores haber sido un sacerdote de gran erudicion y virtud (el Dr. Belmonte), el cual fue llamado á Roma, donde ejerció con gran celo el santo ministerio de la palabra: alli dice el traductor que le oyó muchas veces hablar tambien á los eclesiásticos á puerta cerrada; siendo este libro un resumen de las pláticas que les hacia con estraordinario celo, lo cual es ya una recomendacion de él.

Respecto de la presente edicion advertiremos que va corregida notablemente, pues estaba en un castellano tan poco correcto que en muchas partes no formaba sentido; y aun no nos lisonjeamos que todavía no quede alguna falta de esta clase. Hemos suprimido sus muchas citas, pues casi mas servian para interrumpir el sentido. En cambio de esto hemos puesto las dos célebres pláticas del V. M. Juan de Avila, y dos cartas para sacerdotes, algunas advertencias de san Alfonso Ligorio sobre la santa Misa, y otras adiciones que se verán en sus respectivos lugares.

El nombre solo del V. Avila basta para recomendarlas, en prueba de lo cual se refiere en su vida haber dicho una persona de grande autoridad: que *no podia hallarse mas eficaz remedio para sacar á los sacerdotes*

de tibieza y hacerlos muy devotos y ejemplares, y que dijesen la santa Misa con el fervor y espíritu que tan alto Sacramento pide, como leer y ponderar las dos pláticas que el V. M. Avila hizo para sacerdotes: ellas son tales, que no en muchos libros, mas en láminas de oro debieran estar escritas en los sagrarios de las iglesias, y *que sirvieran de espejo en que se miraran los sacerdotes.*

En el precioso librito de *El Sacerdote santificado* se refiere haber declarado S. José de Cupertino á un Prelado de la Iglesia, que el oficio divino bien rezado y la devota celebracion del santo Sacrificio de la Misa era el mas poderoso medio para la reforma del clero en todo y por todo; y asi nuestro objeto en adicionar el presente no ha sido otro, que presentar á los venerables sacerdotes reunidas en un pequeño volumen esta variedad de consideraciones sobre las santas funciones de su ministerio, principalmente del augusto sacrificio de la Misa, y ver desterrado de nuestros altares ese horrendo abuso, acaso el mas digno de llorarse, de celebrar tan atropelladamente el mas augusto y tremendo de los misterios de la Religion; suplicando á los reverendos Prelados tengan presente este documento del santo. *(A. M. de N.)*

PLATICA PRIMERA

DEL V. M. AVILA (*)

PARA SACERDOTES.

Grande es la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para la alteza del oficio sacerdotal, pues que habiendo tantos á quien poderlo encomendar, *elegit nos ab omni vivente* (Eccl. 45); y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¿qué será ahora en el Nuevo Testamento, cuyos sacerdotes somos como el sol en comparacion de la noche? ¡O divina bondad, que tanto se manifestó en levantar hombres á tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma persona! ¿Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios con ser poderoso en la tierra para hacer descender fuego del cielo? Mas que Dios le elija para consagrarle, y cuán presto venga su Magestad siendo llamado, mayor beneficio es que lo que se cuenta de Josué cuando hizo estar quedo el sol, como dice la Escri-

(*) En láminas de oro, dice el autor de la vida del V. Avila, que habian de estar escritas estas dos pláticas en los sagrarios de las iglesias.

tura, que no hubo dia tan largo: *Obediente Domino voci hominis.* Mas grande dia es este y mayor, pues allí se quedó el Señor donde estaba, y aquí toma ser sacramental donde no le tenia. ¿Quién con tanta ligereza obedece á su mayor con cuanta Cristo á sus sacerdotes? ¡O gran leccion nuestra! ¡O admirable ejemplo, del cual cierto se puede con mucha razon decir: *¡Si ego Dominus et Magister!* Si estando glorioso, y en tiempo de ser servido de tantos Angeles en el cielo como lo estoy, me bajo yo á obedeceros con tanta presteza y de buena gana, ¿cuánta mas razon será que vosotros me obedezcais á mí y á todos por mí? ¿Quién despues que ha comulgado no queda atónito, y con profunda humildad no dice al Señor con San Juan: *Tú, Señor, vienes á mí?* ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor á menor, Rey á vasallo, Dios á criatura, tendria corazon para desobedecer á nuestro Señor y sus santos mandamientos, y para no perder antes la vida que su obediencia? ¿Quién alzaria el cuello contra su mayor? ¿Quién no se abajaria á su igual y menor? Viendo esto san Juan se espantó, y dijo (*Matth.* 3): *Ego à te debeo baptizari; et tu venis ad me?* Y asi, ¿no podríamos nosotros decir: *Yo, Señor, habia de ir á ti y obedecerte, y tú vienes á mí?* Y asi ha de tener el sacerdote vergüenza de ser soberbio.

Acordémonos, Padres, cuando alguna cosa de los mandamientos de Dios se nos hiciere difi-

cultosa, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios obedece al hombre en la consagracion. Allí representamos su sagrada Persona, y decimos las palabras en persona de él. Y aquella honra que antes de encarnado daba á los Angeles, que decian en persona de Dios: *Ego Dominus*, ya se ha pasado á los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo: Hoc est corpus meum, in persona Christi.* ¿Quién contará la alteza de honra donde nos sube? ¿Cuyo corazon no se regala, como el de Simeon, tratando á Cristo con sus manos, mirándole con sus ojos, y siendo traido tan de lejos mediante la lengua, ser abrazado y metido tan cerca de sí, tan dentro de sí, en el mismo pecho? Quien quisiere honrar á Cristo, acuérdese de esta honra que recibió de él. Quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdese de cuán engrandecido estuvo, cuán importante negocio trató en el altar. Si el demonio, la carne ó el mundo le tentaren fuera del altar, acuérdese de cuán preciado y beneficiado fue de Dios en el altar, y diga con José: *¿Cómo puedo hacer este mal y pecar contra el Señor Dios mio?*

Mas si los sacerdotes no somos piedras ó demonios, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, no tendremos corazon, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para ofenderle; porque nos veremos todos enteros consagrados al Se-

ñor con el trato y tocamiento del mismo Señor. Los moros que van á Meca á ver el zancarron de Mahoma se tienen por tan bienaventurados en verle, que muchos de ellos se sacan los ojos; porque habiendo visto con ellos cosa tal, les parece que le hacen desacato si con los mismos ojos miran otra cosa. ¿Cómo, Rey mio, emplearé mis ojos en mirar vanamente faz de mugeres y cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte á ti, que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razon, por cierto, mandaste tú que todos los tuyos se saquen los ojos que los escandalizan, y con mucha mas razon nos los debemos sacar los sacerdotes; quiero decir, que los mortifiquemos por el acatamiento que se debe á la vista de tu sagrada Persona. La lengua del sacerdote llave es con que se cierra el infierno y se abre el cielo, y alumbran las conciencias y se consagran á Dios. Si quisiéremos, Padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada, que esta con que consagramos á Dios y hacemos tan admirables efectos en ninguna manera se sufre emplearla en servir al diablo con ella. *Nugæ in ore Sacerdotis, blasphemiæ sunt; consecrasti os tuum Evangelio, talibus aperire non licet, si nugæ blasphemiæ sunt, inquit Bernardus.*

Mirémonos, Padres, de pies á cabeza, cara y cuerpo, y vernos hemos hechos semejables á la sagrada Virgen María, que con sus palabras trajo á Dios á su vientre; y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado; y á la cruz don-

de murió; y al sepulcro donde fue sepultado. Todas estas cosas son santas por haberlas Cristo tocado, y de lejas tierras las van á ver, y derraman de devocion muchas lágrimas, y mudan sus vidas movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde viene Dios glorioso, inmortal é impasible como no vino á los otros lugares, y el sacerdote le trae con las palabras de la consagracion, y no le trajeron los otros lugares (sacando la Virgen)? Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y á modo de decir criadores de Dios, á los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que, siendo de Dios tan preciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? ¡O Padres mios! Bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados por Dios; y ¡ay, ay, ay de nosotros si siendo tan preciados de él, ni nos apreciamos á nosotros ni le apreciamos á él! ¡O palabra que hiere mas que afilada espada la que dijo Dios á los sacerdotes pasados por el Profeta Malaquías *(cap. 1): Filius honorat patrem, et servus Dominum suum: si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus: et si Dominus ego sum, ubi est timor meus, dicit Dominus exercituum? Ad vos, ò sacerdotes, qui despicitis nomen meum.* ¡Que te desprecian, Señor, tus sacerdotes! Los tan apreciados de ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados por ti sobre la

dignidad de los Angeles, siendo tú honra de ellos, ellos deshonra de ti. Nunca cosa tan fea se oyó, vió ni obró. Y si de aquellos se queja Dios, y con mucha razon, ¿qué hará de nosotros que somos mas beneficiados que aquellos, y era razon que escarmentáramos en el castigo de ellos?

Conozcamos, Padres, que no respondemos al Señor con el precio y honra que era razon: no añadamos pecados sobre pecados, como aquellos que respondieron: *¿In quo despeximus te?* No plegue á Dios que sobre nuestros pecados se añada tambien la ceguedad de no conocerlos. Muy lejos estamos, Padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda; y si esto no conocemos, ciegos estamos. Mas limpios y resplandecientes habemos de ser, dice el Crisóstomo, que los rayos del sol. Luz del mundo y sal de la tierra nos llama Cristo. Lo primero porque el sacerdote es un espejo y una luz, en la cual se han de mirar los del pueblo para que, viéndola, conozcan las tinieblas en que ellos andan, y les remuerda el corazon diciendo: ¿por qué no soy yo bueno como aquel sacerdote? Y llámanse sal, porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios, tanto que el que tocare sola su habla y conversacion, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas. La gente del pueblo con sus ocupaciones, ni tiene luz ni gusto de las cosas de Dios; para esta olla de carne proveyó Dios

que fuesen los sacerdotes fuego, lumbre y sal, como gente que ha de tener tanto de esto que haya para sí y para otros.

Y considerando esta alteza de santidad que aquel altísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido á recibir tal dignidad, queriéndola mas por señora que por muger. San Marcos fue uno de aquestos y san Francisco otro, el cual siendo rogado de muchos que, pues era ordenado de diácono, se ordenase de Misa, yendo él por un camino pensando en esto y encomendándose á Dios se le apareció un Angel con una redoma muy clara, llena de un licor muy claro y resplandeciente, y le dijo: *Francisco, tan clara como este licor ha de ser el ánima del sacerdote;* y era tan grande el resplandor de este licor, que san Francisco con ser san Francisco, cotejando la limpieza de su ánima con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposicion para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo en los Padres del yermo, de escelente santidad y venerables canas, que viendo que los querian echar esta dignidad encima se iban huyendo de sus monasterios á tierras estrañas. Veian éstos la alteza de este estado, y cuán gran santidad pide; y aunque mucha tenian, parecióles poca para oficio tan alto. Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal, y por eso, no solo no huimos de ella, mas, lo que mucho es de llorar siendo faltos de santidad la buscamos y pretendemos, y como gente ignorante corremos á ella,

poniendo los ojos á lo honroso de ella y no á la obligacion que consigo trae de gran santidad. Para bien alcanzar esto, Padres, el ser sacerdotes es amansar á Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; tener esperiencia que oye Dios sus oraciones, y que les da lo que piden; tener íntima familiaridad con él; y tener virtudes mas que de hombres, y que pongan en admiracion á los que los vieren: *hombres celestiales ó Angeles terrenales han de ser los sacerdotes,* y aun si pudiera ser mejor que ellos, pues tienen oficio mas alto que ellos.

Y porque con mas autoridad entendamos cuáles hemos de ser, miremos á nuestro Padre san Pedro, al cual en figura de Leví dice Dios por Malaquías (*cap.* 2): *Pactum meum cum eo fuit vitæ et pacis;* y como quien nos conocia, nos amonesta á los sacerdotes qué tales debemos ser (1. *Petr.*): *Vos autem genus electum*; no de carne y sangre, mas nacidos de Dios; hijos suyos semejables en las costumbres á él. No viene bien ser hijo del diablo, como lo es el pecador, para ser sacerdote, hijo adoptivo de Dios y muy amado de él, que tal es razon que sea el que ha de consagrar al muy amado Hijo natural de Dios Padre. Sois sacerdocio real, reyes santos, que regís vuestra voluntad y pasiones conforme á la ley de Dios, y rigiéndoos bien á vosotros regís al pueblo, dándole mayores beneficios y ejercitando cosas de mayor poder que los reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra porque la despreciais. Reyes de los hombres porque los regís

segun Dios; á los demonios mandais; con Dios podeis tanto que le traeis á vuestras manos, y de airado le volveis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, rico y preciado posea? Y en testimonio de esta verdad real, está mandado que los sacerdotes traigan corona, la cual no es rasura que traemos encima de la cabeza, mas los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora con la costumbre tan usada no se parece esta corona por andar sin cabellos. Reyes somos y gente santa, dice san Pedro, el cual aun á los legos pide que lo sean, cuánto mas á nosotros, á los cuales dice el Señor (*Lev.* 19): *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum.* Diciéndo voy esto é hiriéndome el corazon, mirándome que habiendo de tener santidad no creo que tengo el principio de ella. Gente santa, pueblo que Dios ha ganado, y se llama heredad y hacienda de él, porque es principal posesion de Dios en la tierra, en la cual ha de cojer fruto en sí y en otros. Los sacerdotes somos particularmente diputados para honra, contentamiento y guarda de sus leyes en nosotros y en los otros; y si algun tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor nos llamó, dice san Pedro, de aquella ceguedad, y nos trajo á su admirable lumbre, dándonos su gracia y lumbre de la divina doctrina con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme á la voluntad de Dios; y hechos lucidos, anunciemos á los que están en tinieblas las virtudes y bondades de este Señor que las ejercitó con nosotros.

Tales, Padres mios, y tan calificados debemos ser los que oficios tan calificados tenemos: y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, y la poca santidad con que se trata, no son bastantes causas para que en el juicio de Dios se les deje de pedir la buena vida que tal oficio demanda. No es oficio este que, por santo y muy santo que sea un grande hombre, se deba atrever á buscarle: enviado ha de ser de Dios para ello, y por revelacion invisible ú obediencia de Prelado, ó consejo de persona á quien deba creer; y aun entonces debe temblar con el peso que le echan á cuestas, que basta para hacer temblar hombros de Angeles. Y si hasta aqui hemos sido poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho y negligentes en servirle, sea su santo nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habemos hecho, y el mal tratamiento de su cuerpo santo y sangre, y los otros pecados y negligencias que hemos cometido; y no solo sufriendo, mas con deseo de nuestra enmienda y salvacion nos ha enviado Prelado que por la misericordia de Dios trae celo de ayudarnos á ser lo que debemos. No trae gana de enriquecer, no de enseñorearse en la clerecía, como dice san Pedro, mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen ejemplo, y ayudarnos con todo lo que él pudiere, asi para el mantenimiento temporal, que es lo menos, como para que seamos sabios y santos, los mas sabios

y santos del pueblo, como san Isidoro manda á los Prelados. Manda san Pedro que hagan estas cosas con la clerecía, y á la clerecía manda que sea humilde y obediente á su Prelado. Y si cabeza y miembros nos juntamos á una en Dios, seremos tan poderosos que venceremos al demonio, y libertaremos al pueblo de los pecados. Porque asi como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seglares, asi hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que si es el que debe influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra; y de esta manera cobraremos la estima que hemos perdido con el pueblo, cobraremos los años perdidos que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido; seremos agradables á los ojos del Señor, que puestos los ojos suyos sobre nosotros quiso dejarnos entre todos para su alabanza, familiar trato y seryicio, y ganaremos nuestras almas y las de muchos, y seremos dignos de este escelente nombre de sacerdotes de Dios, y mereceremos con su gracia reinar con él en su gloria. Amen.

PLATICA SEGUNDA

DEL V. M. AVILA

PARA SACERDOTES.

Para tratar lo que conviene á la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan grande bien no se nos torne en mal, me parece traer aqui las palabras del Profeta David (*Salm.* 118), que en sí mismas nos enseñen y muevan á lo que conviene saber y tener; para que viendo nosotros que un rey temporal con tanto cuidado sabe tan bien pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros, pues nuestra dignidad y peligro es mayor, á pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me*; que parecen ser una cosa con los tres panes que el Señor dice que habemos de pedir á nuestro vecino para poner delante de nuestro amigo que viene del camino cansado.

¡Válgame Dios! ¡Si les hubiesen ya dado en rostro las vanidades de este mundo, que como sombras se pasan; los placeres sucios de la carne, que durando tan poco se escotan con tormentos eternos; y si oyésemos con interior oido

la justa amonestacion de David (*Salm.* 4): *Filii hominum, usquequo!* Básteos, dice Dios por Ecequiel, los pecados que habeis hecho, casa de Israél. ¡Oh qué justa demanda! ¿Hasta cuándo, Padres mios, habemos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares, y le es pesado continuar un ejercicio aunque sea bueno; ¿por qué, pues, no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentia esto san Agustin cuando decia llorando: *¿Cuándo será, Señor, el fin de mis suciedades?* Y quejábase reciamente de la tardanza que habia tenido en desengañarse de los engaños de las criaturas y en venir en conocimiento de Dios: *Sero te cognovi, pulchritudo tam nova; sero te cognovi, pulchritudo tam antigua.* ¡Ay de aquel que no está cansado de ofender á su Criador, y que despues de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe descontento de ello, y no entra en sí y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuán poco contentamiento ha hallado en la pasada! Y quien esto hiciere y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazon de las malas aficiones en que recibia gusto y hartura, podria decir á nuestro Señor de verdad: mi amigo ha venido de fuera y no tengo que ponerle delante: préstame, Señor, tres panes para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada, ni verdadera hartura ni verdadero contentamiento le ha podido dar. Y porque David, aunque en algun tiempo pecó, oró, lloró y le fue muy

mas amargo el lloro que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor; pídele con todas tus entrañas que le dé pan de bondad, y pan de disciplina y pan de ciencia: en las cuales palabras nos enseña lo que debemos pedir y el orden con que lo debemos pedir. La bondad es mejor y lo primero, el segundo lugar tiene la disciplina, y el tercero la ciencia. Si no hay bondad, ¿qué aprovecha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni hacer milagros, ni aunque todo lo tengas, si la caridad que hace bueno al hombre le falta? Osadamente dice san Pablo: *Nihil sum.* (1. *Cor.*)

No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar ser el que debe; y que por entender en la salvacion de los otros, él no se pierda. Muy usada es la sentencia, mas plegue á Dios sea tan entendida cuanto comun: *¿qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo si pierde su ánima?* Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y Patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar á Raquel; y despues, viniéndole su hermano al encuentro y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera la muger é hijos menos amados, y par de sí á Raquel y al hijo querido, con intento que si peligro hubiese, alcanzase á lo que menos valia y quedase guardado lo que mas. José deja la capa en las manos de la mala muger por escapar la vida; y Susana se ve en aprieto de pecar ó de perder la vida, y

escogió perder la vida del cuerpo antes que ofender á Dios, y libróla Dios de lo uno y de lo otro. He dicho esto para que tengamos hambre de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervo suyo como David, que pedia una cosa, y espiritualmente entendida es estar en la gracia del Señor; y con este corazon pide aqui bondad primero que todo. Mas si como fue rey fuera sacerdote, no se contentara con decir: Señor, dadme bondad, sino dadme santidad; porque el peso con que se pesaban las cosas del templo que se habian de ofrecer á Dios era mayor que el peso comun que se usaba fuera del templo: para que entendamos que el peso de las virtudes de los que tratamos con Dios, y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificio, ha de ser mayor que el de la gente comun, y le debemos esceder tanto en la santidad cuanto en la dignidad, lo cual no es invencion mia, sino verdad de la Iglesia, que en el Ofertorio de la misa del Santísimo Sacramento dice: *Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt Deo suo.* Yo, Padres, tiemblo de aquellas palabras; cuchillo me es y causa de gran confusion, viendo que me pide santidad, y por ventura no tengo bondad. ¡Oh cuán presto pasamos por esto, y cuán poco sentimos la altísima alteza de esta dignidad! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella, ni de administrarla despues, ni aun por ventura tenemos compuncion de cuán bajos quedamos para ser los que debemos, segun lo pide tal dignidad.

No era este oficio, Padres mios, sino para gente escogida de Dios, que escediese á los otros en virtud, como el rey Saul escedia á todo el pueblo de los hebreos. Y san Isidoro dice, que *el mas santo y mas docto que hubiere en el pueblo, aquel sea elegido en sacerdote*. Somos, Padres mios, no solo sacrificio de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios, y otra parte comian los hombres; todos enteros habemos de ser encendidos con el fuego del amor divinal; como el holocausto, que todo era quemado en honra de Dios sin que llevasen nada los hombres. Y á quien le pareciere esta santidad mucha y dificultosa, oiga la causa, y por ventura le parecerá que aún no le pide tanto cuanto ella merece. Pedís, Madre Iglesia, que seamos santos vuestros sacerdotes, porque es carga tan grande que solo oirlo hace temblar. Vos lo declarais diciendo: *Incensum et panes offerunt Deo*: tan gran cosa es ofrecer incienso y ofrecer panes, cuanto mas si son los de la proposicion que en el templo de Salomon se ofrecian. ¿Para incensar y para ofrecer unos panes pedís santidad? ¡Pues qué será para incensar espiritualmente y ofrecer un pan que del cielo vino, Jesucristo nuestro Señor, figurado en aquellos panes, y que siendo uno vale mas que todos juntos, y mas que el mundo y el cielo y cuanto en él está criado? ¡Oh qué gran negocio es incensar, y ofrecer este santo sacrificio, y andar estas dos cosas juntas! Porque para hacer bien y ser valeroso no se ha de partir una de otra. El incienso es orar, y aquel ha de tener por oficio el

orar que tiene por oficio el sacrificar, pues que es medianero entre Dios y los hombres para pedirle misericordia; no á secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo nuestro Señor.

De este cargo que el sacerdote tiene de orar dice san Juan Crisóstomo las siguientes palabras: "El que tiene oficio delegado por una ciudad (mas qué digo por una ciudad, antes por todo el mundo universo), y ruega que Dios se amanse á los pecados todos, no solamente de los que viven mas de los muertos, ¿qué tal piensas que debe ser? Yo no pienso que la confianza de Moisés y Elías es bastante para tal oracion, porque como hombre á quien le es encomendado el mundo universo, y que es padre de todos, asi se ha de llegar rogando á Dios que se apacigüen las guerras donde quiera que las haya, que se deshagan los alborotos y que se pacifiquèn todas las cosas, y que se ponga fin y remedio á todos los males privados y públicos: de manera que tanto ha de esceder á todos con influencia de virtud este tal rogador, cuanto escede y se diferencia en el mismo oficio. Pues cuando llamare al Espíritu Santo y sacrificare aquella hostia llena de reverencia, y tocare al Señor de todos, dime, ¿dónde pondremos á este tal en vuestra estimacion? Dime, ¿cuánto resplandor pediremos que tenga y cuán gran religion? Párate bien á pensar qué tales conviene que sean aquellas manos que son ministras de cosas tan grandes; qué tal ha de ser la lengua que pronuncie tales pa-

labras ; ó qué cosa ha de haber mas limpia y mas santa que el ánima de aquel que ha de recibir tal Espíritu."

A mí, Padres, espántanme mucho estas palabras que piden tan gran fuerza de oracion que aproveche á todo el mundo; para lo cual dice este santo que le parece es pequeña la confianza de Moisés y de Elías, el uno de los cuales con la fuerza de su oracion alcanzó perdon para aquel gran ejército que por el desierto iba; el otro cerraba el cielo cuando le parecia que no lloviese y abríalo cuando queria, y con su oracion traia fuego del cielo y mataba vivos, y tambien con su oracion daba vida á los muertos. ¡Ay de mí si la confianza de estos aún no basta para la oracion que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo, pues que siendo mi oficio mayor no llego, ni con mucho, á la fuerza del orar ni á la santidad de aquellas personas! ¡Oh cuando seamos presentados en el juicio de Dios, y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las heregías, y de todos los males espirituales y corporales que hay en el mundo! Por ventura amargará entonces haber sido sacerdotes, y les parecerá la honra de besarles la mano, de las ricas vestiduras, de la honra sacerdotal y aun de la renta carga tan pesada, que por todo el mundo no la quisieran haber tomado sobre sus hombros. Cosa recia de pensar, que no siendo yo para orar por mí, y que he menester ayuda de mis vecinos para que me amansen á Dios, á quien yo he provocado á ira

con mis pecados, y siendo tan poco espiritual que ni siento ni lloro mis defectos ni pecados, me piden tan vivos sentidos y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males de todo el mundo, y tenga tal santidad que me ose oponer á la ira de Dios, y tornarle de enojado pacífico y de castigador perdonador.

De Aaron cuenta la Escritura, que andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales, tomó el incensario en la mano y se puso entre los muertos y los que quedaban vivos, llorando, incensando al Señor, é hizo que parase su ira. Padres, ¿hales acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios con la fuerza de la oracion, que queriendo él castigar y suplicando que no lo hiciese, haya dicho Dios: *déjame que ejercite mi enojo*; y no querer vosotros dejarle y en fin venterle? ¡Ay de nosotros, que ni tenemos don de oracion ni santidad de vida para ponernos al encuentro de Dios, estorbándole que no derramase su ira! Y aun no sé si entendemos el mismo don de oracion; porque como san Gerónimo dice: *Este negocio de oracion mas se hace con gemidos que con palabras; y aquel solo sabe gemir como debe para que su oracion tenga fuerza, á quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar.* De esto nos avisa san Pablo diciendo: *nosotros no sabemos qué ni cómo habemos de orar; mas el Espíritu Santo ora por nosotros con gemidos que no se pueden contar.* El Espíritu Santo en sí mismo ni padece ni gime: dícese que pide con gemidos que no se pueden contar, porque hace ge-

mir á nuestros corazones gemidos que no se pueden contar.

¿Qué andamos pidiendo que nos digan cómo habemos de orar en el *Memento*, quién pondré primero, quién pondré despues, para que en espacio de dos ó tres Credos pasemos aquellos por la memoria, y con esto pensamos que habemos bien orado, y procedemos luego á la consagracion? ¡O dolor grande! ¿Y asi se ha de amansar Dios? ¿Y asi se ha de alcanzar la paz de las guerras, la fe para los infieles, la conversion para los pecadores y el estar los justos en pie? ¿Con cosa que tan poco cuesta pensamos alcanzar cosa de tanto precio? Oracion que parece de burla, ¿ha de alcanzar cosa de tanto tomo y verdad? *Gemidos, gemidos nos son pedidos*; y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni que salgan de voluntad guiada por razon, mas inspirados por el Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos por los que no los tienen, que aun los que los tienen no los saben contar.

Padres mios, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que debemos dar los sacerdotes en el acatamiento de Dios pidiendo remedio para todo el mundo? como dijo san Basilio, que asi como en el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo nuestro Señor, asi la habemos de representar é imitar en los gemidos y oracion que el oficio sacerdotal pide. Párense bien á pensar en su rincon, cuando se aparejan para decir Misa, con qué afecto, compasion, ge-

midos y lágrimas, puesto el Señor en la cruz derramando la sangre de fuera, oraria interiormente por el mundo, y procuren de pedirle semejanza de aquel espíritu, parte de aquel corazon tan espinado, para que, pues nos llegamos á rogar en su nombre por todo el mundo y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazon la semejanza de sus gemidos; para que como él ofreciendo con lágrimas, como dice San Pablo, fue oido del Padre por su reverencia, asi nosotros, orando y gimiendo á semejanza de él, seamos oidos por él. Y si algunos, entre los cuales soy yo, se atemorizaren y confundieren de ver la ceguedad de su corazon en la oracion, el poco sentimiento que tienen de los males agenos, la poca fuerza y poca santidad para que en su oracion hagan fuerza al Omnipotente, y que sus gemidos sean tan breves y fáciles que quien quiera los puede contar; y en fin, si se ve lejos de tener aquel don de oracion infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal de ser abogado por los hombres en el tribunal de Dios; y si este tal asi atemorizado y confundido me preguntare: Padre, ¿qué haré, que muy lejos estoy de tener y saber los negocios de esta oracion? Decirle hé que si no es sacerdote no tome oficio de abogar si no sabe hablar: y diria yo que no sé con qué conciencia puede tomar ese oficio quien no tiene don de oracion, pues que de la doctrina de los Santos y de la Escritura divina parece que el

sacerdote tiene por oficio, segun hemos dicho, orar por el pueblo.

Y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio y costumbre, y santidad de vida, y apartamiento de cuidados. Y sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado á todos, mas que á quien él quiere; y á quienes lo daba en el principio de la Iglesia oraban y gemian, como dice San Crisóstomo, y enseñaban á los otros á orar. Quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia de acá, y puesto de rodillas cuando no haya oracion vocal que rezar está como un mudo delante de Dios, *¿con qué desvergüenza tomó el oficio de orar sin lengua del cielo?* Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el Prelado (*) que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque como

---

(*) *¡Cuán necesaria es la oracion mental al Sacerdote! Aun los ordenandos quiere el V. M. Avila que sean examinados sobre esto por los Prelados. ¿Y se podrá satisfacer á este cargo con saber responder en un sínodo á unos cuantos párrafos de moral ó algunas rúbricas de la Misa? ¿No se les deberia examinar escrupulosamente sobre el uso del Breviario, del Ritual y del Misal, á ver si saben rezar y administrar los Sacramentos, y celebrar la santa Misa con inteligencia, decoro y dignidad? Y aun además de la parte material, ¿por qué no se les ha de examinar sobre la inteligencia y significado de las sagradas cere-*

maestro y guia, y por la mucha esperiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oracion, como San Gregorio dice, ha de tener esperiencia que su oracion es tan poderosa delante de Dios, que alcanza lo que le pide. Debe este tal desengañar al que sin este don se quiere ordenar, porque no caiga sobre él la falta del otro. ¿Mas qué hará quien es ya sacerdote? Que llore, porque inconsideradamente lo fue sin pararse á contar muy despacio, como el Señor dice, si tenia suficientes espensas para edificar en sí la torre altísima de la magestad sacerdotal; y tema, y mucho tema no le acaezca lo que el Señor dice, que viendo que no tuvo lo que era menester para la edificacion de la torre, hagan burla de él, y digan: este hombre comenzó á edificar y no lo pudo acabar. Libra, Señor, por tu misericordia á cuantos estamos aqui, y

---

monias y ritos? ¿No podrá suceder que muchos, administrando (acaso todos los dias) Sacramentos, no sepan lo que se hacen por no saber bien la lengua latina y no entender el sentido del ritual ni el significado de sus ceremonias?

Si en los ordenandos, repito, exije el V. M. este examen sobre la oracion, y no como quiera, sino que tengan ejercicio y costumbre, *¿qué grado de oracion se exigirá á los sacerdotes para celebrar? ¿Cuál á los confesores para enseñar y dirijir las almas á la perfeccion? ¿Por qué no se examinará de esto á los confesores, principalmente de religiosas?* (N. del E.)

á todos los que son tus ministros, no se mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro, que teniendo alteza de sacerdocio tuvimos vida muy baja, indigna y desproporcionada de tal dignidad.

Temamos, Padres, temamos, que juez tenemos á quien dar cuenta, y cuenta mas estrecha que la gente del pueblo, la cual como ha recibido menos dará menos cuenta; mas á nosotros se dirije justamente aquella terrible y verdadera palabra que dijo el Señor: *A quien mucho es dado, mucho le será pedido.* Y en un salmo que David cuenta de la venida de Dios á juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Por qué cuentas mis justicias por tu boca sin rezar los salmos y las oraciones?* Si las palabras de Dios es cosa indigna del pecador, que ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca sin el debido aparejo á Jesucristo nuestro Señor, y consagrarle y faltarle en las cosas principales que el sacerdote debe hacer? No sé, Padres, cosa mas lastimosa (y pensando algunas veces en ella casi me faltan las fuerzas y enflaquece el corazon) que un sacerdote, tan honrado de Dios que á su llamado venga del cielo, y se ponga en sus manos, y lo aplique para bien del mundo, y aunque su obra se hace en la tierra su negocio se hace en el cielo, y sube su voz hasta el trono de Dios, y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia aunque él sea malo; que este, con tanta alteza de honra, y reverenciado de príncipes y

reyes de la tierra, y de Angeles del cielo, y conocido de Dios por ministro, desciende al infierno por su mala vida, y sea atormentado de los demonios el que acá á ellos atormentaba, y que sea desamparado de Dios y dejado de él para siempre en tormentos eternos. Quien cotejare la honra de acá, vestido con vestiduras benditas y ricas, tan cercado de Dios, tan familiar á él, y cotejare de otra parte la oscuridad, bajeza, hedor, tormentos que nunca se acabarán para siempre jamás del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal despues de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, Padres, despertemos con tan recio tronido, que van al infierno sacerdotes de Dios. Beda cuenta en su historia de un hombre que fue llevado al otro mundo, y vió el purgatorio y el infierno, y que estando allá vió que los demonios llevaban tres ánimas, dando ellos grandes gritos y risa y ellas amarguísimos gemidos; y una de ellas conoció ser de muger, otra de lego, y otra de clérigo. Mas cuántos muchos mas hay de estos que dan testimonio de condenacion de ministros de Dios, que nos deben poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que si el sentarnos á la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, debemos tener vida conforme á la dignidad y estar vestidos de justicia, como dice David; y cómo se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos, porque no nos diga el Señor: *Amigo, ¿cómo entraste aqui sin tener vestidura de boda?*

Y nos echará en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos alli el escote del manjar celestial que aqui comimos, con comer alli ajenjos y beber hiel de dragones, segun dice la Escritura: y aunque tarde, llegará el castigo de lo que aqui poco caso hicimos. El que come y bebe indignamente, come y bebe juicio; que quiere decir, come condenacion y bebe para sí.

Súfrenos el Señor, y calla, esperándonos á penitencia; mas líbrenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial suyo, que el tiempo que le da para penitencia le gasta en hacer mas pecados. "Sabe muy bien, porque es sapientísimo; podrá, »porque es poderosísimo, sin haber quien le resis»ta; querrá, porque es justísimo; castigará al tal »oficial, ó dejándole morir sin penitencia verdade»ra, aunque tenga lugar y tiempo para hacerlo, »ó matarle há súbitamente estando hablando ó »haciendo otra cosa." Cosa cierta es, y no creo há un mes que acaeció, que yendo un cura de un lugar á otro bueno y sano, encima de la mula que llevaba, se adelantó un poco el mozo, al cual le pareció que la mula salia de camino y corrió para alcanzarle, y vióle echar espumarajos por la boca sin poder hablar, y al cabo de poco le quitaron de la mula, y sin mas hablar espiró. Contómelo otro cura en cuyas manos murió. En otras partes pocos dias há me cuentan que han muerto otros dos; y ahora una legua de aqui, súbitamente se cayó uno muerto en la sacristía; y aunque estas muertes son re-

cientes no son nuevas, que cosa es esta muy usada, y por eso señal de mayor ira de Dios con sus ministros *(Job. cap. 9): Si repente interroget, ¿quis respondebit ei?* Y como san Gregorio dice, dar Dios término y aprovecharse de él el hombre para aparejar la conciencia y responderle en su estrecho juicio señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir á juicio; mas llevar á uno súbitamente es preguntar á deshora: cosa terrible para quien lo pasa, y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar ó no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que hemos hecho, los malos ejemplos que hemos dado; y aún no basta esto, lloremos los males que han venido por nosotros, la santidad de vida, la fuerza en la oracion que era menester para ir á la mano al Señor, y recabar de él misericordia y perdon en lugar de castigo; que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes, que amargamente llorasen de ver muertos en pecados á sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diria lo que á la viuda de Nain: *No quieras llorar;* y les daria resucitadas las ánimas de los pecadores, como á la otra la dió su hijo vivo en el cuerpo. Bajemos, Padres, nuestras cabezas, y nuestras obras se llenen de confusion, y atraviese dura espina de dolor nuestro corazon; y pidamos perdon á Dios y al mundo de que á él no le hemos servido conforme á la

altura y honra en que nos puso, y al mundo de que no le hemos evitado muchos males y alcanzádole muchos bienes; que si nosotros fuéramos lo que debíamos, le hubiéramos librado de mal con nuestra oracion y sacrificios, y alcanzádole muchos bienes de cuerpo y alma.

Asi pasa, Padres, asi pasa; y si esto bien se sintiese, no gastaríamos el tiempo en balde ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar á otros cuidados, porque este nos tendria y traeria tan poseidos, que por dar buena cuenta de él aflojaríamos de las otras cosas. San Pablo dice (Ephes. 5) á los legos: *Fornicatio autem, et omnis immunditia, aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos; aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet: sed magis gratiarum actio.* Mírese que aun los que llaman acá gracias, no consiente el decirse: y la causa es, porque no hacen al caso á nuestro negocio. ¿Y cual negocio es este de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Cierto el cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocupaciones de quebrantarla. Siendo nacido en la tierra, procurar hacerse violencia, y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura de ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¡cuán lejos conviene que estén del negocio que el sacerdote tiene entre manos, pues tiene oficio que le pide mas santidad y cuidado de aprove-

char á los otros! Muy buena respuesta es para cuando la maldad ó vanidad combatiere, ó la negligencia ó pereza nos amonestaren, ú holganza, acordarnos del negocio que entre manos tenemos, que es de oponernos á Dios para que hiera á nosotros, y derrame su misericordia y perdon sobre los culpados.

No es esta, Padres, invencion mia: palabras son de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos; que nos ha de tomar cuenta y ponernos los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno (Ezeq. 13): *No os pusísteis por muro en favor de la casa de Israél para estar en pie en la guerra en el dia del Señor.* Y en otra parte dice (Ezeq. 22): *Yo busqué entre ellos un varon que se interpusiera y estuviera contrario á mí en favor de la tierra, que no la destruyera, y no le hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, y consumílos con el fuego de mi ira.* Quiere el Señor que aunque el pueblo consuma la vida, esté tan atemorizado de Dios que no ose parecer delante de él, ni alzar los ojos al cielo: que su sacerdote, con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y trato particular entre él y el Señor, esté derribado con temor como los otros, mas que tenga una santa osadía para estar en pie y llegar al Señor, y suplicarle é importunarle, y atarle y vencerle á que, en lugar de azote pesado, envie su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada dia hacemos en el sacrificio de la Misa, que estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdo-

te está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía, y de lo mucho que vale para estar en pie en el dia de la guerra del Señor cuando quisiere castigar su pueblo.

Padres mios, por este arancel habemos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muriéremos; y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo, y habernos consumido enviándonos pestilencias é infieles que nos venzan, y heregías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y finalmente males de cuerpo y alma, ha sido porque buscó Dios varones de oracion que se le pusiesen delante y no los halló. ¿Quién pensará que tanto importara el ejercicio de la oracion en la Iglesia? ¿Quién contará los daños que por falta de ella han venido? Y plegue á Dios que estando nosotros tan agenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido; *y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar todos los males que vienen al cuerpo.* Y para hacer bien este oficio pongamos ya fin á muchos malos placeres, y llorémoslos y andemos con entrañable cuidado, como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada. Si un hombre con cuatro ó cinco arrobas de peso anda encorvado, ¿qué haria si le echasen encima una casa entera? ¿Qué si un pueblo entero? ¿Qué si grandes ciudades? ¿Qué si un reino? Pues si todo el mundo es-

tuviese encima de él, ¿tendria fuerzas para saltar? ¿Tendria gana de reir? ¿No le abrumaria tanto aquel peso, que para poderlo bien llevar procuraria aliviarse de todos los otros, y pediria á sus vecinos que le ayudasen, y á Dios con lágrimas que le socorriese?

Pues cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y segun San Basilio dijo la de todo el mundo, entonces comenzaremos á sentir qué cosa es ser sacerdotes, y diremos (como dice la Escritura) á nuestro padre y á nuestra madrè: no sé quién sois; y á nuestros hermanos: no os conozco. Y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo para dar buena cuenta de esto; y conociendo que mucho nos falta, andaremos rogando á los buenos y á los sabios que nos enseñen á orar y bien vivir, y que rueguen á Dios por nosotros. Y heridos del gemido de no haber sido los que debemos, quitaremos los regalos del cuerpo y el sueño á los ojos con penitencia rigurosa y amargas lágrimas: pediremos al Señor perdon de haber sido malos ministros, y de no haber entendido la honra de la alteza en que nos puso. Y por eso habemos sido comparados con los jumentos y hechos semejables á ellos, para que el Señor, que por su misericordia nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dignos y santos para ofrecerle incienso de limpia y eficaz oracion, y para consagrar y ofrecer el cuerpo de su santísimo Hijo, de manera

que quede nuestra conciencia confortada, y por bastantes conjeturas consolada de que de las tres cosas que al Señor pedimos, bondad, disciplina y ciencia, nos ha dado la primera; y si no con aquella perfeccion que á los santos y sacerdotes pasados, á lo menos aquella con que en su gracia vivamos y ejercitemos aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada con el favor de Dios, pudiere. Porque una cosa es usarlo casi sin ningun respeto, como muchos lo hacen, á los cuales está aparejada la eterna damnacion, como gente que fue desacatada al mayor misterio y oficio que hay en la tierra; y otra cosa es que ya que un sacerdote no vela toda la noche en oracion, á lo menos tiene sus ratos deputados para ella: y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, ó tan poca que es casi nada, y otra tener su rato deputado y señalado para examinarse y juzgarse, y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente; antes aprovecha de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desea, ni lo que otros mejores que él. Porque asi como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que están en gracia, aunque imperfectos y flacos, tambien entre sus ministros ninguno es razon que haya malo. Mas tolerable cosa es que haya flacos, con condicion que lo que les falta de la medida que habian de tener lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con lágrimas con que se laven, y con el propósito y deseo de mejorarse; porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida

es en el tribunal de Dios; y como san Bernardo dice: *El deseo y cuidado de la perfeccion, por perfeccion se reputa.* De manera que desterrada toda tibieza, procurando cada dia ser mas leales y agradables al Señor que nos escogió, le sirvamos en su santo altar como debemos, para que pasemos al cielo á gozarlo en su gloria. Amen.

CARTA DEL V. M. AVILA

PARA UN MANCEBO

SOBRE ELECCION DE ESTADO SACERDOTAL.

Recibí la carta de V., y leí todas las señas que para su conocimiento me da..... Vi tambien la relacion de vuestros ejercicios y vuestros combates de Ultramar y de esta parte del mar sobre que tomeis el sacerdocio; y paréceme bien que esteis en ello dudoso temiendo carga tan grande; y mejor me parecia que tan grande y tan santa os pareciese, que del todo huyésedes de ella. Porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no le recibia nadie si no era para ser Obispo ó tener cura de almas, ó alguna persona eminente en la predicacion de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados mas bajos, y entonces tenian grados bajos y vida altísima: todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores ú ostiarios.

Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan locamen-

te el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo mas alto del templo, de allí los derribe: que la enseñanza de Cristo no es esta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la vanidad, y buscar mas santa y segura humildad aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde mas y mayores vientos combaten. ¡Oh si supiéseis, hermano, qué tal habia de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede esplicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, á su llamamiento venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo, á semejanza de como lo fue nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

Hermano, ¿para qué os quereis meter en tan hondo peligro, y obligaros á cuenta tan estrecha para el dia postrero, pues por bajo estado que tengais aún parecerá aquel dia gran carga? ¿Cuánto mas si os cargais de carga que los hombros de los ángeles temblarian de ella? Buscad aquel modo de vivir que mas segura tenga vuestra salvacion, y no que mas honra os dé en los ojos de los hombres: que al fin este consejo os ha de parecer bien algun dia á vos y á cuantos lo contrario os dijesen, los cuales como no saben qué es ser sacerdote, y cómo tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir sino en cómo vean un poco honrado en los ojos de los del mundo á su hermano, primo, parien-

te ó amigo; meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, este averiguadamente de carne ó malicia: y de aqui vienen muchos á tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir á Dios.

¡O abuso tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo Ntro. Redentor (*Joan.* 6), porque no le buscan por él sino por el vientre de ellos; y castigarles há como á hombres despreciadores de la Magestad divina. Cierto mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, ó entrar en un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algun sacerdote, y asi mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor al contrario.

Veis aqui, hermano, lo que os aconsejo que hagais, si quereis agradar á Dios y permanecer en su santo servicio; y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querria mas que reverenciásedes de lejos que no abrazásedes desde cerca; y que quisiésedes mas esta dignidad por señora que por esposa: y si algo hubiéredes de hacer, tomar grado de Epístola, y despues de dos ó tres años de Evangelio, y quedaos alli si no hubiere unas grandes conjeturas del Espí-

ritu Santo que es Dios servido levantaros al grado mas alto; y estais muy bien donde estais sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos á quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratais, y haced cuenta que estais en escuela de aprender paciencia, humildad y caridad, y saldreis mas rico que con cuanto el Papa os puede dar. Cristo sea vuestro amor y bienaventuranza. Amen.

II.

ORACION MENTAL.

1. ¡Cuánto me consuela, ó hijo, verte postrado á mis pies para que te ilumine y hable al corazon! Tú tienes mas necesidad que otros de ayuda y de auxilios, por lo mismo que teniendo todos los dias mis verdades en tu boca y tus oidos, ya no te hacen brecha. Arrímate, pues, á mí, reflexiona, piensa y medita que todo el mal sale de no hacerlo. Por eso el mundo está tan malvado y disoluto. Por eso son tantos los Sacerdotes de solo nombre, siendo muy pocos los que lo son de hecho y de virtud. Mira solo por ti. ¿Has pecado? ¿Por qué no meditas? Cualquiera cosa, aun la mas santa, como es la limosna, la austeridad, la predicacion, y tambien la Misa, te puede hallar con pecado; pero pecado y devota meditacion frecuente, no. ¿Quieres desecharle de ti? El remedio está dicho. ¿Temes recaer? La oracion es el arma y el escudo contra las tentacio-

nes que padeces, y contra los peligros del siglo malvado en cuyo centro te hallas. Ese es el horno de donde sacarás un fuego que te empeñará santamente á cumplir las obligaciones que son tantas y tan grandes. ¡Bienaventurado de ti! Ya no cometerás mas pecados, te levantarás de los antiguos, y con la oracion, con la penitencia, fervor y edificacion, incesantemente crecerás de virtud en virtud y te harás como otros muchos un santo; al contrario, sin oracion solo serás un aparente eclesiástico, un profano vestido de clérigo ó de religioso, un miserable lleno de pecados hasta la muerte. ¡Ah! Quisiera que entendieras la gran necesidad que tienes de la oracion mental.

2. Mi Iglesia, mis almas, esperan que me aplaques, que defiendas y consolides los justos, que conviertas á los pecadores, que los instruyas, inflames y salves. Los seglares se encomiendan continuamente á tus oraciones; te dan limosnas para que ruegues por ellos, y por eso gozas tú los bienes de la Iglesia. Yo te he hecho padre y abogado, no solo de los vivos sino tambien de los muertos. Pero dime, hijo, ¿cómo lo cumplirás sin oracion? ¿Piensas que basta un Memen-

to que dura un Credo, ó pocas oraciones vocales sin espíritu, para suspender mis azotes, para obtener la paz, para santificar las almas? ¿Cómo podrás inflamar á los otros estando tú tan helado? ¿Cómo moverás los demás no estando tú conmovido? Hijo, para salvar almas no basta ciencia ni elocuencia: valdrá mas una sola palabra de un corazon inflamado en la oracion, que cien sermones de un teólogo vano y disipado. Si quieres ganarme almas, date á la meditacion; asi lo han hecho todos los varones apostólicos; asi lo hice yo para darte ejemplo. De aqui te vendrán las luces, la gracia, el fervor para obrar en tu provecho: asi inflamado conocerán que no ejerces tu ministerio por necesidad ó por uso; y yo mismo concurriré con aquellas gracias que me pidas, con grande fruto de ellos y de ti mismo. Y hablando seriamente, ¿qué te aprovecharia haber salvado un mundo entero si tú nó te salvas?

3. Ea, hijo mio, ven á mis pies cada dia y consuela mi corazon. Verás que tratar conmigo no te dará pena, antes bien consolacion y placer de todo el bien. ¿A qué, pues, te resuelves? ¿Para todo y para

todos tendrás tiempo, menos para mí ni para ti? ¿Tienes capacidad para las ciencias, para los intereses, para largos y penosos pensamientos profundos de cosas tantas veces desagradables á mí y de daño tuyo, y tal vez de tu prójimo, y no la tendrás para pensar en tus obligaciones ni en la ciencia de los Santos? Si no sabes no te amedrentes, yo te haré maestro; y asi como á mis discípulos les abrí todos los tesoros de mi celestial doctrina, te haré gustar mis dones llenándote de mi espíritu: mas aprenderás al pie de mi cruz que en todos los libros. Tantos pobres rústicos, atareados é ignorantes hallan tiempo; y lo hallan todos los dias, y asi meditando entran en la eminente ciencia de la santidad; ¿y tú no podrás? ¿No sabrás? ¿No querrás? ¿Te dejarás vencer de aquellos ejemplares? Habré pasado por ti noches enteras en oracion, me habrás costado vivo sudor de sangre en el huerto, ¿y no querrás por mí gastar una hora en corresponderme? ¡Ah!

¶ Propónte hacer, á lo menos cada dia, media hora de oracion. Provéete de algun libro proporcionado á tu estado, como el Retiro Espiritual, el *Memoriale vitæ sacer-*

dotalis, el *Regula Cleri*, las Conferencias de Masillon, el Sacerdote santificado, Molina de Sacerdotes, &c., y entre tanto usa por este mes del presente librito, y procura ganar las indulgencias concedidas por Benedicto XIV á quien enseña, aprende y practica este santo ejercicio. Las constituciones de todas las órdenes regulares mandan la meditacion; san Francisco de Asís y san Buenaventura dicen, que sin el estudio de la meditacion jamás tendrá virtud el religioso, y se perderá. San Francisco de Sales queria que todo eclesiástico se prefijara una hora del dia para meditar, lo que inviolablemente observaba el santo. San Carlos quiso que los ordenandos fueran examinados si sabian orar, si lo practicaban, y qué fruto sacaban; donde no, no eran promovidos á los órdenes sagrados. Aunque te parezca camino árido el de la meditacion, no la dejes. Busca al Dios de las consolaciones, no las consolaciones de Dios, y asi será abundante el fruto. Lleva impresa en la memoria la máxima del venerable Juan de Avila, y es: que absolutamente no es para el sacerdocio el que no es hombre de oracion.

III.

FIN.

1. Amado hijo, ¿quién te crió? ¿Quién te conserva? Las conveniencias temporales que tienes, las gracias del Bautismo y de los Sacramentos, ¿quién te las dió? ¿Quién jamás ha tenido el amor y valor de dar su sangre por ti? Yo, yo solo lo hice por ti, á fin que me dieras gloria con conocerme, con amarme, con imitarme: y si esto haces durante el poco tiempo que estás en el mundo, sabe que te tengo preparada una bienaventuranza eterna. ¿Podia darte fin mas grande? Si tú mismo te le hubieses elegido, ¿hubieras podido escogértele mayor? ¿Por ventura los amigos, los parientes, el mismo mundo por quien estás tan ciego, ó el demonio, hicieron jamás tanto por ti? ¿Y eran acaso capaces de hacer tanto? ¿Qué mas debia yo hacer para empeñarte á corresponderme? ¡Ah hijo! ¿Por qué corres tras la vanidad y la mentira? ¿Por qué siempre piensas, te empleas, te destruyes por otro que por mí?

2. Mira si busco tu bien: yo te dí caracteres, privilegios, potestad, ministerios santísimos; te he hecho en cierta manera árbitro de mí mismo, sublimándote al sacerdocio. ¿Y para qué? No para otro fin sino para que viéndote tan grande en la tierra llegaras á ser mas grande en mi gloria celestial por los méritos de tu santificacion y de la de otros. Te he separado de los demás para que fueras todo mio, y asi, libre de los servicios del siglo, atendieras solamente á mi culto y á la salud del prójimo. ¿Con qué conciencia puedes gozar los honores del sacerdocio sin procurar una especial virtud, y sin hacer nada por las almas que te he encomendado? ¿Cómo será satisfecha aquella necesidad y utilidad de la Iglesia, por la cual únicamente debiste ser ordenado? ¿Por qué desperdicias tus talentos? ¿Ociosos mis dones? ¿Inútiles mis designios?

3. ¡Ah amado sacerdote! Acuérdate que el hijo honra al padre y el siervo á su señor. Si yo soy tu Padre, ¿por qué no me amas? Si soy tu Señor, ¿por qué no me sirves? Sabes muy bien que nadie puede servir á dos señores. Tú renunciaste en el bautismo á las pompas y al demonio; pro-

testaste en tu profesion ó al ordenarte, que habia yo de ser tu porcion y heredad, y te entregaste todo á mí; ¿y despues me abandonas asi, lejos de mí, de tu fin? Confiésalo tú mismo; el mundo no te puede dar paz. Tú no estás sosegado, ni lo estarás hasta que tu corazon descanse todo en mí. Has de hacer otra cuenta; no basta para ti lo que basta para los demás cristianos. Te hice cristiano para ti y sacerdote para los otros. No puedes decir: *me basta salvar mi alma.* Aquel infeliz que escondió el talento, le perdió y se perdió á sí mismo. ¿Qué te servirá á la hora de la muerte haber ganado todo el mundo, y sin haber cumplido tu fin, perderte para siempre?

¶ Fíjate por regla de todas tus acciones la máxima de san Francisco de Sales: "Jamás cosa contra Dios; nada sin Dios; nada sino Dios. Lo que no sirve para la feliz eternidad, es una mera vanidad." San Bernardo tenia esto siempre en el corazon diciéndose á menudo á sí mismo: Bernardo, ¿para qué viniste á la religion si no te haces santo? San Rainaldo Obispo de Rávena, desde clérigo se fijó por máxima y práctica: Yo estoy destinado para el culto divino y

debo servir á la Iglesia: he de salvar las almas; debo arder de verdadero celo: he de ser docto; debo aplicarme á las sagradas letras. Si en hacerte eclesiástico has tenido otro fin que el de dedicarte á Dios y al bien público, teme, llora y corrige tu estravío; esfuérzate á vivir como buen eclesiástico.

IIII.

DIGNIDAD.

1. Hijo, si conocieras tu alta dignidad, ¡cuánto te esforzarias por mantenerla con decoro! Entra en ti, y vé cuánto te he honrado. Mira las dignidades, los honores, los reinos del mundo; ponlos todos en comparacion con tu dignidad: ¿no es esta mas grande? Sacándote de las heces del mundo, ¿no te elevé sobre todos? Con mi real Sacerdocio, ¿no te di una sagrada potestad que te hace mayor que todos los mas grandes, y que bajan sus cabezas al Sacerdote? Compárate aun con los Angeles: que yo te di un ministerio angélico para provecho de las almas, y aun te elevé sobre ellos, lo

confiesan los mismos Angeles teniendo en suma veneracion tu escelsa dignidad, ¿Y tú no piensas en ello? ¿Y no la estimas? ¿Y tú, debiendo emular sus gracias y virtudes y vivir una vida de Angel, vives una vida toda terrena; y por interés, por placer ó por necia vanidad te abates y envileces, confundiéndote, haciéndote del todo comun con mugercillas y con mundanos?

2. ¿Qué Angel, qué Serafin tuvo jamás la potestad que yo te he dado? Pásmate del poder de un Moisés que abria los mares; de un Josué que paró al sol; de tantos taumaturgos á quienes obedecian los elementos, las enfermedades, la muerte, los demonios. ¿Pero no es mucho mas grande tu poder en desatar las almas de sus pecados, y en hacer que baje todo un Dios del cielo á la tierra? ¡O venerable y sublime dignidad la tuya! Mi misma Madre, por mas que ha sido la mas escelente de todas las criaturas, jamás tuvo el poder de perdonar pecados como tú tienes: si abrió una vez los cielos y me trajo en su seno virginal, tú, no una vez sola sino muchísimas y cada dia, puedes llamarme y detenerme en tus manos con autoridad mas maravillosa. ¿No puedes traer-

me á ti? ¿No es divino tu poder? ¿Podia dártele mayor? Me haces el mayor agravio si no estimas tu dignidad, si no la honras. ¿Y cuánto mayor será si la profanas haciéndote esclavo de brutales pasiones, de culpas infames?

3. No te quejes que los seglares no te respeten, que murmuren de ti, si vistes como ellos, si piensas, si hablas y vives como seglar, y quizá peor que los seglares. Quéjate de ti solo, que eres el primero que no aprecias ni respetas tu carácter; y lo peor es, que con tal proceder tuyo me obligas á que yo permita que los seglares te deshonren y vilipendien. ¿Por qué tú deshonras y menosprecias tu carácter? ¿Por qué no correspondes con tus costumbres á tu dignidad? Cómo quieres que sea sublime tu honor siendo tan deforme tu vida? ¿Asi correspondes al bien que te he hecho y á lo mucho que te quiero? Acuérdate, que cuanto mayor es la dignidad del sacerdote, si tu conducta no es correspondiente á tu grandeza, serán mayores las penas y mas grandes los suplicios. ¿Y despues de haber recibido tanto de mi mano, despues de haber mandado al cielo, á la tierra y al infier-

no ¿querrás miserablemente cerrarte el cielo á ti mismo? ¿Vivir como bestia y acabar esclavo de los demonios?

¶ Ya seas sacerdote secular ó regular, arregla tus acciones con tu dignidad, no con las máximas del siglo, no segun lo que hacen los otros: piensa á menudo que eres una gran cosa, y respeta en ti tu carácter y en los demás eclesiásticos. Haz que en todos tus asuntos seas ejemplar de buenas obras, en la doctrina, en la pureza, en la gravedad y en la integridad: tu hablar sea sano é irreprensible, de manera que tus contrarios no puedan decir de ti sino bien. Si piensas que con pompas, prodigalidades y con vestidos lujosos has de sostener tu dignidad, el beato Bartolomé de los Mártires, grande arzobispo, te dice: ¡O ceguedad grande! ¿Un ministro de Jesucristo piensa ser mas prudente que el mismo Jesucristo? Con el espíritu de humildad y de pobreza sujetó al mundo, ¿y tú piensas vencerlo con el espíritu del mundo, esto es, con profanidades seglares? ¡Qué absurdo! El mismo Dios dice, no puede Satanás arrojar á Satanás, ni un hombre con el espíritu del mundo arrojar al mis-

mo espíritu..... El siglo en lugar de respetarte se burlará de ti, y hará contínua mofa de tu fausto, de que se escandaliza. San Carlos Borromeo, despues que se dió á la modestia, á la parsimonia y á la heróica frugalidad, respondia á cuantos le criticaban: que el verdadero honor y la verdadera gloria de los ministros de Dios no consiste, no, en los mundanos resplandores y ornato sobresaliente del lujo, sino en la religiosidad, virtud y santidad, que es únicamente lo que hace grandes para Dios y para los hombres.

IV.

SANTIDAD.

1. Amado hijo, piensa bien que entre un sacerdote y un seglar hay tanta diferencia como entre el cielo y la tierra: tú debieras de ser tan puro, que puesto en el cielo resplandecieras aun entre los ángeles. Hazte santo, pues tu estado pide que seas muy semejante á mí. ¿Por ventura te pido demasiado? Para tratar dignamente los santísimos y divinos misterios ¿te parece que basta cualquiera bondad? Debe ser una

santidad escelente. Tú mismo dices á los seglares, que para recibir la sagrada comunion cada dia no basta cualquiera bondad, sino una sobresaliente y admirable. Pues qué, ¿no soy yo el mismo que reciben los legos para que pretenda de ti otra tanta virtud cuanta tú pretendes de ellos? Qué ¿los seglares hacen mas cuando comulgan que tú cuando me recibes? Mas haces tú comulgando, comiéndome, consagrándome, distribuyéndome y representando mi Persona. ¿Pues no será mayor tu obligacion que en ellos? Examínate un poco, y mira si tienes aquella virtud que corresponde á tu grande obligacion.

2. ¿Cómo ayudarás á tu prójimo, que es tu gran fin, si te perjudicas á ti mismo? ¿Qué celo tendrás para ganarme almas con el estudio, con el catecismo, predicando, confesando, instruyendo, &c., si no lo tienes para ti? Cómo santificarás á otros si primero no te santificas á ti? Debes servir de ejemplo á los seglares: para ello es preciso huir hasta de las culpas leves, que en ti serian grandes. Nada debe haber en ti plebeyo, nada popular, nada comun con el uso y costumbres de la multitud. Cuanto

mas distante estás de los legos por tu grado, tanto mas debes tener de mérito y de virtud. Los seglares te miran mas alto, y no puedes esconderte de sus ojos, ni pueden dejar de reparar en ti los defectos. Qué sería si en vez de ser tú mas santo que ellos, lo fueran ellos mas que tú? Sería la mayor vergüenza tuya que ellos fueran mas caritativos que tú, mas amantes del bien, mas celosos del honor de Dios; y debieras avergonzarte aunque no fueran mas que tus iguales. ¿Qué edificacion les darias? Y qué sería, si en vez de verte santo te vieran perezoso, tibio, sin cuidar de la mortificacion, y nada empeñado para la virtud? ¿Y cuánto peor si tu vida fuese pésima y malvada?

3. Hazte santo; ¿no es para tu bien? Si una vez gustas de la virtud, te será dulce y suave. Tu corazon ¿no se llenará del mayor contento? La abundancia de los méritos, la silla que te espera en el cielo, ¿no te mueven? ¡Miserable! ¿qué sería de ti si te sucediese lo contrario? Mira á mis santos: todos, todos temieron el sacerdocio. Ellos sabian muy bien, que si bien era grande la dignidad del sacerdote, era mucho mas gran-

de que para los seglares el peso de la santidad que pide, y tanto mayor, aun para los simples sacerdotes, la severidad de mi tremendo juicio. Deja, ó hijo, la tibieza, deja el mundo, entrégate á un santo fervor. Bien merece mi Paraiso que te hagas alguna violencia. Santos hay que han sido peores que tú. Yo te ayudaré. ¿Puedes dudar que no te ayude un Padre que murió por ti?

℣ En tus cotidianos defectos jamás digas *esto es poco mal*, antes bien has de procurar ser santo y santificar á otros. Prefíjate las acciones de Jesucristo en su Evangelio, de sus santos sacerdotes y de sus santos fundadores en sus vidas, á fin de encenderte en su imitacion, de la cual depende tu salud eterna. San Vicente de Paul decia: el sacerdocio es la dignidad mas sublime que hay sobre la tierra, siendo la misma que ejerció Jesucristo. Si la hubiera penetrado bien cuando tuve la temeridad de revestirme de ella, como despues la he conocido, primero me hubiera dedicado á ser el labrador mas infeliz en su estado, pues cuanto mas envejezco mas me confirmo en este mismo

dictámen, porque descubro cuán apartado estoy de aquella perfeccion que debiera poseer.

V.

PECADO.

1. Hijo, entra en ti y considera ¡cuán gran mal es en un hombre como tú el pecado! Tú no puedes ignorarlo. ¡Miserable! pero ¿qué te sirve decir *lo sé*, *lo sé decir á otros*, y gloriarte, envanecerte, y jactándote con los legos, *yo sé lo que me hago, y lo sé mejor que vosotros?* ¡Ah! lo sabes demasiado y me consta que lo sabes; tanto, que casi estoy arrepentido de haberte dado tantas luces, de haberte hecho depositario de mi ley, intérprete de mi doctrina, pues veo que haces de todo un horrendo abuso. ¿Conoces la malicia del pecado, y le cometes? ¿Conoces mi mérito, y me pospones á una vil criatura? ¿Conoces la vanidad del mundo, y la estimas mas que á mí? ¿Conoces la grande deuda que has contraido con el sacerdocio, y despues la desprecias y profanas asi? Tantos legos menos cultos, menos doctos que tú, tiemblan al

solo nombre de *pecado*, ¿y tú le cometes tan libre, tan contento? ¡Ah infeliz! No ves que para condenarte no tendré que citar á otro mas que á ti mismo? ¿No consideras que tus mismas palabras y tu grande malicia te condenan?

2. ¡O mi amado hijo! ¿qué mal te he hecho yo para ofenderme así? Antes al contrario, ¿qué pude hacer contigo que no lo haya hecho? Te di mas que á los otros, talento, comodidades y mas tiempo libre para servirme. Sabes que te he elegido, no solo por amigo é hijo amado, sino por mi ministro y dispensador de mis misterios; todavía diré mas: te he elegido por mi compañero y coadjutor en la conversion de las almas; sabes que te quiero y miro como la niña de mis ojos; ¿y sin embargo me pagas con ofensas y con injurias? Si otros hubieran recibido las gracias que yo te hecho en mi iglesia ó en el claustro; si de las heces del mundo hubiera elevado algunos otros al sacerdocio como hice contigo, ¿con qué fervor y gratitud me hubieran correspondido? La sola leccion de un libro santo, un sermon solo, una confesion, una comunion bien hecha encendió en devoto fervor

tantas almas, y bastó para hacerlas santas; ¿y tú con tantas gracias, con tantos estímulos, con tantos medios mas favorecido que los otros me serás mas ingrato?

3. Que me ofenda un turco, un infiel, un hereje, es un gran mal; que me ofenda un seglar católico es mayor mal; pero que me ofendas tú, sacerdote, ¡oh cuán mas horrendo mal es! ¡Tú, que debias empeñarte en defenderme de tantas ofensas como recibo en el mundo, y debias guiar los otros á mi amor; tú, qué te empeñaste á combatir el pecado y amarme con especialidad; tú, dedicado á mí desde la tonsura y obligado en el subdiaconato; tú, que hiciste especial profesion de servirme; tú, consagrado á mí totalmente en los santos ministerios del sacerdocio; tú..... en vez de amarme y de tener conmigo un solo corazon, bajo mis ojos, en mi misma casa y alimentado cada dia en mi mesa, tienes corazon para ofenderme, y para ofenderme una, y no una vez sola, sino tantas y tantas, y hacer no pocas veces que otros me ofendan, y bien demasiadamente advertido! ¡O malicia, ó ingratitud, ó perfidia! Merecias ser privado de todas mis gracias, de mis luces, del sacer-

docio; merecias toda condenacion en esta hora y sin embargo te aguanté, y ahora mismo te llamo á penitencia; y á vista de esta mi benignidad, ¿tendrás corazon para continuar en ofenderme?

¶ Escita con frecuentes meditaciones tu entendimiento y tu corazon con justos conocimientos prácticos á una sincera contricion y enmienda, ya que todo tu mal consiste en no meditar las cosas santas con el corazon. No abuses del tiempo que Dios te da; aprovéchate de veras del beneficio grande de la santa confesion, corriendo luego, como el ciervo á las aguas, á lavarte en la divina sangre. Un sacerdote que en medio de tantas luces, de tantos beneficios particulares no se mejora, por fuerza deberá sufrir justamente mayores y mas crueles castigos. San Francisco de Sales decia temblando: ser sacerdote es una gran cosa: la calidad de ángel no merece tanto respeto. Oh cuánto conviene que me examine y me pruebe atentamente antes de consagrar el cuerpo y sangre del Hijo de Dios (advertid estas poderosas palabras), á fin de que en el fondo del cáliz sacrosanto no halle mi condenacion.

VI.

PECADO.

1. ¿Cómo es posible, hijo mio, que hayas podido asesinarte tanto á ti mismo pecando? Tú no lo consideras; pero infiérelo reflexionando sobre lo poco que eres apreciado de los seglares, cómo está desacreditado tu caracter, de conformidad que ya son muchos los que desean ver disminuidos los eclesiásticos, y quisieran empobrecerlos y casi del todo aniquilarlos. Mira que te desacreditan tus pecados. Aquellos mismos que en sí aborrecen la virtud la quieren sin embargo ver en ti, sin que puedan sufrir los vicios en quien está destinado á destruirlos: en alta voz se murmura de tus malas costumbres, se burlan de ti, te aborrecen, y por tu causa se ponen en boca y se desprecian tambien todos los demás. Los eclesiásticos perfectos, retirados, virtuosos y santos siempre fueron respetados y temidos hasta de los mas grandes; pero á ti hasta la mas ínfima plebe te insulta porque te ve pecador, y te insulta por tus mismas vani-

dades con que piensas acreditarte. Los legos dan á las iglesias y á los conventos por el bien que reciben ó creen recibir; pero si descubren en el clero afan y ansiedad sobre intereses temporales sin ayudarlos en lo espiritual, y aún mas, si ven que les dañan con una escandalosa conducta, no es de admirar que falten á su obligacion, retiren las limosnas, y quieran olvidar cuanto al principio les dieron liberales. Tus culpas, eclesiástico mio, hacen malos á los legos, siendo estos el instrumento de mi justicia para castigarlas; y éstos, hechos ya malos por vosotros y por vuestras culpas, me obligan á derramar los azotes con que veis afligidas las ciudades, desoladas las tierras, despoblados los monasterios, mi santuario olvidado y del todo abandonado. A ti te toca aplacarme con ruegos, con el celo y con la oracion. Pero ¿cómo has de ser el medianero si me llegares á irritar mas que los legos, queriendo ser tu perdicion y la de los demás?

2. Lo temporal es lo de menos: de tu pobre alma me compadezco, y tanto que debiera horrorizarte. ¡Miserable! ¿En dónde están los tesoros de gracias que has re-

cibido mucho mas que los otros? ¿En dónde el mérito del bien que otra vez hacias con tanto gusto mio y con tanto consuelo de tu corazon? Estás en medio de los santos misterios, pero por tus pecados los encuentras estériles y sin fruto para ti y para los otros. Tus obras y tus sagradas vestiduras te reprenden; los mismos altares, los púlpitos, los confesonarios y mi misma sangre te dan en rostro. Aquellos lugares santos, aquellas sagradas funciones en que te veo empleado cada dia y habian de santificarte, por tu abuso y corrupcion se convierten en manantial de maldiciones contra ti, y muchas veces tambien contra los otros. ¡Ah! Hijo, tú que en mi nombre bendices al pueblo y le distribuyes mis gracias, ¿querrás por tus pecados empeñarme á aborrecerte, y á que seas maldito por mí mucho mas que los otros? Tú que abres el cielo á los otros, ¿querrás ser desterrado de él para siempre? Tú con tanta riqueza y mas alto que los seglares, ¿querrás caer mas profundo? En vano te habré enriquecido, en vano te habré dado los vasos llenos de mi preciosa sangre; ¿querrás por lo mismo multiplicar sobre ti la perdicion y condenacion?

3. Estas verdades ¿qué impresion te hacen? Estas llamaradas ¿cómo te abrasan? Ea, hijo, no quieras ser como tantos otros que dicen saberlo todo, no sabiendo pensar sériamente que son de mí mismo llamados; cierran los oidos á mis auxilios, á mis gracias y á mis impulsos; llaman escrúpulos á los remordimientos, habiendo hecho callo su mala costumbre; cuando los legos con un solo destello de mis luces se sacuden, se enmiendan, ellos ni á los mas terribles truenos despiertan. Ea, hijo, abre los ojos, oye mi voz, sálvate del horrendo peligro de la ruina tremenda que te amenaza. Si obstinado despreciares hoy estos mis presentes avisos, teme que sean los últimos, y que de aqui empiece el mayor de tus castigos, que es el dejarte ciego é insensible en medio de las luces de mis gracias.

† Pide á Dios continuamente que te dé luces y gracia para corresponder á sus llamamientos y á tu obligacion, para no ser de aquellos infelices que viendo no ven, oyendo no oyen ni entienden. San Romualdo acostumbraba decir ser mas facil convertir á un judío por pérfido que sea, que á un sacerdote vicioso. Teme si eres insen-

sible ó indiferente, y determina darte del todo á Dios, que en tantas maneras te llama, te busca y te manda la verdadera enmienda. Quien se endurece á estas voces, no se salva.

VII.

ESCÁNDALO.

1. ¡Ah, hijo! ¿con que no te basta ofenderme, que aun haces que me ofendan los otros? Si yo he dado toda mi sangre en precio de la redencion de las almas, ¿no te parece que quien me las roba, me mueve una persecucion mayor que la de aquellos mismos que bárbaramente derramaron mi Sangre? Y tú, ó Sacerdote, impidiendo el bien y promoviendo el mal, ¿tienes corazon para ser tan impío contra tu Dios? Te hice Sacerdote para que me guiaras las almas y celaras mi honor; ¿y tú con tan horrendo tratamiento me las arrancas del seno? ¡Ah, que ningun otro daña mas que tú á mi Iglesia! No padezco perjuicio mayor que cuando á uno como tú, á quien he puesto para corregir á los demás, le veo dar ejem-

plos de maldad. Si era tu empeño tratarme asi, ¿para qué te vestiste de mi caracter? ¿Por qué viniste á mi Iglesia? Si te hubieras quedado en el mundo no me hubieras hecho tan sensibles agravios como me haces.

2. Tú eres visto de todos. Si faltas, ninguno se atreve á corregirte, y tu ejemplo es tanto mas seguido, cuanto por respeto de tu dignidad te hallas mas honrado. Tú mismo (por decirlo asi) esfuerzas á los seglares para que caigan cayendo tú; porque se persuaden serles lícito cuanto ven hacerte á ti, y pecan libres y atrevidos al ver que tú pecas. Se escusan en la libertad de hablar, del conversar, de las glotonerías y embriagueces con tu ejemplo; jamás se enmiendan, porque dicen en su defensa: eh, los clérigos y los frailes lo hacen. Aún diré mas, que cuando ven á un hombre de tus circunstancias malo, los seglares piensan que todos los eclesiásticos son malos; de lo que se perjudica á la misma religion, llegando hasta á vacilar en la fe, y á tener los sermones, los Sacramentos y el Evangelio por una impostura ó invencion humana. ¡O fuerza cruel la del escándalo! Pobres almas, asesi-

nadas por aquellos mismos que me las debian disponer, corregir, conducir y salvar.

3. ¡Ay, sacerdote, tú que no quisiste usar de la lengua, de los talentos, del dinero para el bien; y despues no solo hiciste uso del talento, del dinero, de la lengua, de las burlas, de consejos, de violencias, sino tambien de tu crédito y del sacerdocio mismo te valiste como de aguda espada para traspasarme á mí y á mis almas! ¡Infelicísimo! Aun te traspasaste á ti mismo. Si uno que, por mas abatido, por mas ignorante, por mas despreciable que sea entre los legos, perjudica á una sola alma y da ocasion para un solo pecado, merece ser sumergido con un pesado peñasco al cuello en el profundo del mar, ¿qué merecerás tú, que eres mi ministro? Tanto mas reo, tanto mas cruel, cuanto mas luz tienes por el estado en que te hallas, por las especiales obligaciones de tu santo sacerdocio. Pero si no fuese una sola la que hiciste caer, sino dos, tres ó muchas y muchas almas, ya fomentando abusos en tu comunidad, ya promoviendo el libertinage, y no una ú otra vez sino por tanto tiempo y en tantas especies de pecado, entiende que eres reo de tantas

muertes cuantos han sido los malos ejemplos que has dado. Y despues de todas estas ruinas, ¿tendrás corazon para ponerte delante de mí sin ser un mar de lágrimas, ó sin volverme tantas almas cuantas me has robado?

℣ Ten presente que eres sacerdote, obligado á dar especial edificacion, y que aquellas cosas que en los seglares serian chanzas y como galantería ó pasatiempo, en el sacerdote se agravan. Examínate con la mas madura reflexion, y vé si en el trato con los domésticos, con los estraños, especialmente con la juventud, diste alguna vez ocasion de pecado con palabras, con ejemplos; promoviendo, enseñando, cooperando, protegiendo con omisiones del estudio, de vigilancia, de correccion, &c.; con ser facil en dar la absolucion, &c. Todo sacerdote debe procurar salvar almas; pero el que no hizo otra cosa que arruinar á otros, tiene mayor obligacion de recompensar los daños ocasionados, volver en sí y ganar á los damnificados con singular celo y edificacion. San Raimundo de Peñafort dió un mal consejo á un estudiante: pero agitado de su conciencia sobre el daño, lo que hizo fue

renunciar los empleos mas escelentes del mundo, haciéndose religioso con admiracion del mundo para compensar su error.

VIII.

MISA SACRÍLEGA.

1. Hijo, tiemblan y lloran al rededor de los altares mis Angeles viendo tantas misas atropelladas y sacrílegas: teme pues tú y llora; mira cómo me tratan. Aquellos sacerdotes que debian ser los vicarios de los Apóstoles, hijos de san Pedro, se han hecho compañeros de Judas, precursores del Antecristo, de modo que puedo repetir con razon: ved la mano del traidor; conmigo está en mi mesa. Cuando besan mi altar puedo decirles de nuevo: Judas, ¿tienes corazon para venderme y entregarme con un beso? Por un afecto villano, por una indigna prisa, por un respeto humano, por la limosna de pocos cuartos, no ya por treinta dineros de plata, se vende el inestimable don, el inefable precio del mundo y el mas inestimable. ¡O ingratitud! ¡O traicion! ¡O horrible perfidia!

2. En lugar de adorarme con amor y respeto se burlan de mí como los judíos, que arrodillándose me herian y escupian al rostro, tantas veces cuantas son las sacrosantas palabras que indignamente pronuncian. No habria valor para manejar los vasos sagrados, y mucho menos el Santísimo Sacramento, con las manos sucias de lodo; ¿y he de ver que se trata tan indignamente mi cuerpo y sangre con manos las mas sucias y asquerosas, y que me llevan por entre los pies como si yo fuera polvo ó vilísimo lodo pisado y conculcado? ¡O inconsiderados sacerdotes! Peores son que los que me crucificaron, pues estos me ofendieron una vez sola y sin conocerme, mas ellos, conociéndome harto, me ofenden muchas veces: y aun son peores que los mismos demonios, pues estos creen y tiemblan, y ellos, ó no me creen, ó ciertamente no tiemblan.

3. ¡Oh mi amor vendido! ¿Con que serán materia de ofenderme no solo mis preciosos dones, sino tambien yo mismo por el abuso de mi persona? ¿Deberé ver convertida en perdicion la redencion? ¿El sacrificio en sacrilegio? ¿El misterio mayor en el mas horrendo deicidio? ¿Cambiado el antí-

doto en veneno? ¿La vida en muerte? ¿Y querrán los tales beber en el caliz de mis mayores misericordias un caliz de ira la mas horrenda? Deten á lo menos, amado hijo mio, con Misas las mas fervorosas y devotas mis justos castigos; y si aquellos se tragan su condenacion y no tienen rubor de llenarse de todas maldiciones, sino que pertinaces siempre mas se obstinan en el mal, tú, hijo mio, compensa en cuanto puedas con viva fe, con respetuoso temor, con llanto amargo, con amor el mas ardiente un tan horrendo atentado. ¿Pero y si tú fueses igualmente reo de lo mismo? ¡Ah.....!

℣ Examina si celebraste alguna vez atado á algunas ocasiones próximas, ó con alguna reincidencia contra la templanza, contra la honestidad ó contra la debida edificacion. ¿Celebraste manteniendo rencores, sinsabores y litigiosos puntillos? ¿Olvidaste volver al prójimo su justicia, honor ó intereses, estando culpablemente agravado en deudas, restituciones, limosnas de misas, contra los decretos de la sagrada Congregacion ó de la Bula de Benedicto XIV? ¿Te acompañaron alguna vez al altar censuras eclesiásticas ó irregularidades? ¿Qué te

sirvieron en tales casos las absoluciones? ¡Infeliz! ¿Las buscaste á lo menos? ¿Pero de qué confesores? ¿Les manifestaste abierta y sinceramente tu estado? ¿La falta de vuestro confesor, ó el deberos confesar con los propios (si sois claustral), ó las obligaciones de entradas en la sacristía te llevaron á este esceso? ¿Te lisonjeaste en semejantes casos de tener una conciencia á tu modo? ¿Te hiciste tal vez reo de la misa que llaman de cazador? Una misa dicha en menos de un cuarto de hora comunmente no escusa de pecado mortal. Si te hallares en estos funestísimos casos, abstente absolutamente de celebrar hasta haber remediado tanto mal. Entretanto piensa sériamente á mis pies cómo te hallarás en la hora de tu muerte con lo que has hecho hasta ahora, y de cuanto piensas hacer en orden á tus misas, á tus confesiones, á la eleccion de tus confesores, y mira si en la hora de tu muerte estarias contento de lo que has hecho hasta aqui. Sírvate esto mismo de luz y de consejo para hacerlo bien y hacerlo luego.

IX.

RECAIDAS.

1. Hijo, ¿cuántas veces me has prometido no volver al pecado, y cuántas veces faltaste? Poco caso haces de mí. Si das palabra á un hombre, haces punto de honra de no faltar á la palabra por ningun motivo: ¿solo á mí, por mas que me la has dado tantas veces y con tanta solemnidad, no te avergüenzas de no cumplirla? La malicia, la miseria de tal modo de obrar la conoces, la confiesas, la detestas, y luego como el perro que arrojó la comida, vuelves al vómito, y como animal inmundo te revuelves en el sucio lodo. Mi mérito, mi paciencia en sufrirte ¿pedian de ti tal correspondencia? Las palabras tantas veces dadas, el abuso de mis gracias, la santidad á que te empeña tu carácter, el horrendo estado tuyo ¿no te confunden?

2. ¿Qué confesiones son las tuyas, en las que siempre prometes y nunca cumples? Esto no es arrepentirte, sino burlarte de mí. ¿Si hubieres jurado solemnemen-

te ofenderme en cuanto te fuere posible, ¿pudieras obrar peor? Tú mismo no creerias á aquel que tantas veces como te ha prometido, tantas te ha faltado. Si tú te sentaras en el confesonario y se llegara á ti alguno como tú, tengo por cierto que no creerias en sus promesas y propósitos por más que prometiera; ¿y tú quieres estar seguro de tus confesiones y de las fáciles absoluciones que recibes? ¡Ah! que no te sirven sino que te dañan, no solo á ti sino tambien á tus confesores, que te venden á ti y al ministerio, como el ciego que guia á otro ciego, que ambos caen y se precipitan. ¿Cómo, pues, tienes atrevimiento de llegarte asi á mi altar? Y despues de tal abuso hecho de la confesion, ¿no premeditas el mas y mas horrendo abuso sacrílego que se sigue de mi Cuerpo y Sangre?

3. ¡Ah infeliz! Si no sacudes con viveza, y con el fervor de la mas firme resolucion, tal método de vida, veo claramente que te precipitas á la condenacion, y te la multiplicas y haces mas horrible. Tiembla, hijo, tiembla, porque son rarísimos los sacerdotes tus iguales que se enmien-

dan y hacen una sincera penitencia. Entra en ti: ¿no ves á qué te has reducido y en lo qué has parado? Cuando empezaste á ofenderme te avergonzabas; siquiera te remordian las culpas, sentias su peso, las temias, te afligian; pero ahora ¡ah miserable! las cometes, las multiplicas casi sin remordimiento; has hecho callo en tu mala conciencia; por lo que, ó no te confiesas, ó te contentas con una absolucion que, en vez de curarte, parece que por su facilidad te incita á recaer. ¡O fatal estado! No digas á lo menos, no digas que no te puedes enmendar; no llegues al esceso de culparme, diciendo que es sobrado lo que te mando ó que no quiero ayudarte: no te lo mandára si no quisiera darte la mano. Tuya es toda la culpa, no me la eches á mí: es toda tuya, pues ni quieres ni te esfuerzas á dejar el pecado. Mi Sangre en la confesion, mi Carne en el altar sacrosanto, ¿no son medio y ayuda si haces de ello el buen uso que debes? ¡Ay de ti, si donde tantos pecadores hallan perdon y salud, tú abusas, y agravas tus pecados y tu condenacion!

¶ Asegura tu vida pasada con una confesion general; pero mira que no basta repetir

muchas confesiones generales sin la verdadera enmienda. Elige entre mil, decia el venerable Juan de Avila, un confesor; y San Francisco de Sales añadia: pues yo digo entre diez mil, porque se hallan menos de los que se cree, que sean capaces para tal ministerio. El mismo tenia escrito entre sus propósitos por regla de su vida: confiésese con el confesor mas capaz que encuentre, y no mude. Un eclesiástico tiene mas particular necesidad de un buen confesor. Reconoce la proposicion 60 y siguiente condenadas por Inocencio XI, y verás cómo no están esceptuados los sacerdotes, antes bien la grande obligacion de tu estado te dirá que tiene mas fuerza para ti, que debes aspirar á la perfeccion, que para los otros. El señor Collet nos dejó escrito: Yo antes quisiera ser quemado vivo que absolver á un sacerdote consuetudinario. Santo Tomás de Villanueva decia: que aquellos confesores que sin discrecion dan la absolucion á todos..... son la ruina de la Iglesia, son engañadores y crueles asesinos de las almas. En este punto debian velar mucho los señores Obispos mas que en otros.

X.

IMPUREZA.

1. Hijo, aunque seas pio, humilde, benigno y cuanto quieras, si no eres casto no eres nada en mi presencia. Quien quiera ser mi amigo debe amar la pureza, y mucho mas un ministro mio, que se obligó solemnemente á vivir puro. Si una ojeada sola, un mal pensamiento consentido hace reos á los seglares de culpa grave; cuánto mas reo que ellos serás tú, en quien los pecados contra la castidad son gravísimos sacrilegios? ¿Te parece que aquella lengua que cada dia me llama y me hace bajar del cielo haya de ser inmunda? ¿Que unas manos sucias hayan de tocar mis inmaculadas carnes? ¿Que quien tiene en el pecho el ídolo inmundo haya de recibir al Hijo de la Virgen? Si quieres pecar busca otra lengua y no la que colorea con mi Sangre; busca otras manos que aquellas que tocan mi sagrada carne; otro corazon del que debe arder de mi amor: y ardiendo tú de llama

impura, ¿con qué cara osarás arrimarte á mi altar? ¿Cómo no te horrorizas al consagrar mi Cuerpo purísimo y al representarme á mí, que soy espejo de pureza?

2. ¿No te avergüenza el ser esclavo de una vil pasion, cuando debias vivir una vida mas que de ángel, emulando mi pureza? Has de ser con el ejemplo y con la solicitud el defensor y propagador de la castidad. ¿Pero cómo lo harás si no eres casto? ¿Con qué fuerza dirás á los otros desde el púlpito y en el confesonario que sean puros, si no lo eres tú? ¿Qué dirán los seglares, tan inclinados en el dia á la flojedad y al trato, si te ven hacer lo mismo que hacen ellos? A fin de no dar mal ejemplo debes huir toda familiaridad, toda frecuencia de que se pueda pensar mal. No ha lugar el decir: *Yo sé en mi conciencia que no peco venialmente; pongo á Dios por testigo, y es mi Juez.* No basta, no, porque estás obligado á la mas santa edificacion de cuantos te miran. ¿Pero cuánto mas debes evitar el trato y familiaridad que sabes ser deshonesta ó sospechosa? ¿Qué ruinas harias en mis pobres almas? ¿No sería darles ánimo para pecar? ¿Atraerlas á hacer saco y

soga de todo con tu mal ejemplo, asesinadas y perdidas por quien debia ganarlas?

3. Guárdate, hijo mio, guárdate de tan mal camino: muy facil es la entrada; ¡pero qué dificil la salida! El demonio emplea mas tentaciones en los de tu caracter, porque gana mas para sí. Te hallas en medio de contínuos peligros. Grandes hombres cayeron, de cuyas caidas se temió tanto, cuanto de los Gerónimos, de los Ambrosios, de los Gregorios. ¡Pobre de ti si caes! Una caida atrae mil pensamientos y obras tuyas y de otros, de injusticias, de impiedad, de sacrilegio, &c. Despues la fuerza del hábito, la vehemencia de la pasion, la ceguedád del entendimiento, la dureza del corazon guian á tal estado, de manera que no hacen mella los avisos de los parientes, los ruegos de los buenos, la correccion de los superiores ni toda la murmuracion del público. No les contiene la pérdida de honor, de vida, de hacienda, del alma, ni aun las canas: ni se atienden, antes bien se desprecian las luces, las gracias, los remordimientos, los castigos, las miserias públicas y los mismos milagros; se abusa con tropel de sacrilegios de los Sacramentos, de las con-

fesiones, de las Misas; el juicio, el infierno, la eternidad, ó no se creen ó no se temen. Y asi estos tales, ó bien mueren repentinamente, ó recibiendo los Sacramentos á la hora de la muerte con los mismos pecados que los recibieron en vida, paran en una condenacion eterna. ¡Ah! Hijo, huye y teme; por un lisonjero momentáneo placer vil no quieras ser comparado al mas insensato bruto: no, no te empeñes, no, en ese camino horrendo de eterna condenacion: mas si tienes brios y corazon de condenarte, vete á tus torpezas y placeres. Acuérdate que yo me hallo sobre esta cruz penando por ti, y por lo menos te obligaré á confesar que yo te he querido salvar; pero tú, á despecho de mis llagas y de mi amor, te has querido voluntariamente condenar.

¶ Huye del ócio, cautela los sentidos, mortifica la carne, á lo menos con el estudio y con la sobriedad y abstinencia. Recurre con tu memoria á las llagas de Jesucristo, especialmente en tiempo de tentacion. Ten gran devocion á María Santísima. Huye de las conversaciones de personas díscolas y mundanas, y en particular de muge-

res; ni aun te fies de las espirituales. San Ignacio decia: que de tratar con frecuencia á mugeres aun espirituales nace, ó llama que arde, ó humo que tizna la fama. Ni te fies de las parientas. San Felipe te avisa que el demonio sabrá decir *muger* y no hermana; y que en la guerra de la carne, los cobardes que huyen son los vencedores.

XI.

AVARICIA.

1. Hijo, guárdate del apego á los intereses mundanos. Si no te acuerdas que le tengas abre los ojos. Dime: ¿qué quieren decir esos ahorros? ¿Esa dificultad de dar? ¿Esos deseos de tener? ¿El envidiar la fortuna de los otros? Bajo el especioso título de prudencia, de economía, de necesidad, ¿no comprendes que vive el interés? Ese te hará aplicar á estudios los mas lucrativos, á buscar tráficos y manejos de los seglares, á sostener temosamente litigios y contiendas con pretesto de ayudar al prójimo, la casa, ó el celo por tu decoro y sostener tus derechos. Si lo miras bien, verás que no es

otro que apego al interés. Quien tiene verdadera caridad, verdadero celo, no obra asi. Esa miserable codicia ¿no se esconde tambien bajo el velo de religion? Se sirve á la Iglesia, á los oficios, al púlpito; se promueven fiestas, solemnidades, devociones, cofradías; se ayuda al prójimo, se asiste á los moribundos, se sufraga á los difuntos; pero, finalmente, se hace mucho con la esperanza de retribucion para sí y para los suyos; ¿y dirás no ser interés? Decir misa sin falta cada dia, tú sabes cómo: pero estas obras y semejantes, ¿las harias jamás sin el lucro? ¿Cómo es que no concurres al catecismo, donde no hay distribucion? ¿Por qué tanta frecuencia á los muertos y tan poco cuidado con los vivos? ¿Por qué no tienes la misma solicitud por los pobres que por los ricos? ¿Por qué no celas con mas afan las máximas eternas que las ganancias temporales?

2. ¿Qué amor puede tener por mí, qué cuidado por su alma quien tiene tan dedicado el corazon al interés como su tesoro? No se me esconde que tal vez mi casa está como un establo, que se ofrece mi Cuerpo y mi Sangre con cálices, corporales y de-

más ornamentos tan desaliñados que causarian hastío en la propia mesa. La observancia de mis fiestas se descuida por motivo de no perder terrenas ventajas: no da pena la inobservancia de las leyes de mi Iglesia, por atender á los negocios seglares y á los servicios de efectos pecuniarios. ¿Cuántos religiosos se condenan por darse á los regalos, á juegos prohibidos, y por inícuas propiedades desatendidas? ¿Cuántos se hacen perjuros y supersticiosos solo por tesoros soñados? ¿Y qué diré de ciertos tráficos de Misas, de Sacramentos y no menos de beneficios? ¿Cómo tratarán al prójimo? ¡Ah! ¡Cuántas pias mandas y Misas no cumplidas! ¡Violentas cobranzas, secretos violados, fidelidad vendida, fraudes, contrabandos, parientes estrañados, pobres oprimidos, trabajadores saqueados, súbditos chupados! ¡No padecieran á lo menos mis ovejuelas; unas no corregidas, otras indebidamente absueltas por no desviarlas de su confesonario, ó considerarlas útiles por su proteccion ó sus limosnas; y cuántas abandonadas porque se busca su lana y no su salud! Otras muchas murmuran, ó quedan escandalizadas, perdiendo la estimacion de los sacerdotes como

si fuera una casta de gente la mas interesada. Si tú te hallares en este estado, horrorízate, y cuando no, teme el peligro. Judas empezó por poco, y mira á qué escesos llegó como ciego, obstinado, insensible y al fin condenado.

3. Ea, mi amado, ¿por qué querrás por un vil lodo perder el tiempo, el sosiego, la honra, y poner tu alma en peligro? ¿Qué consuelo podrá darte á la hora de la muerte dejar rica la casa, y hallarte con una alma pobre de méritos y cargada de culpas? ¿Por qué no atesoras antes para el cielo, y con ello te hallarás con paz en vida, con méritos á la muerte, y con muy grandes premios para siempre? Mírate en mi espejo. Mira cómo lo hicieron los Apóstoles y otros muchos que me siguieron pobre y desnudo: ¿y no te veré contento con lo necesario, empleando utilmente lo demás que tienes, y con ello ganarte para ti y para los otros un reino eterno? ¡O rica pobreza! ¡O riquezas miserables!

¶ De la codicia no pocas veces viene la prodigalidad y el lujo, pegándose á los intereses para gastárlos inutilmente en pompas, en diversiones y comilonas, y uno y

otro desacreditan al sacerdocio, y son la mayor ruina. Remedia lo pasado, si tienes que restituir deudas y Misas, &c., satisfaciéndolas; si tienes pleitos componiéndolos; si algun esceso, poner medida en él; y para lo sucesivo fíjate un coto para las limosnas, segun el estado y dignidad que tienes. Lleva impreso en el corazon el dicho de san Felipe Neri: Quien busca intereses jamás tendrá espíritu; quien quiere almas déjese de bolsas. El B. Alejandro Sauli añadia: Si el pueblo conceptúa que eres interesado, por mas que hagas milagros no te creerá. Si eres regular, no te engañes, examina tu conducta con un juicio sólido, no segun los abusos, sobre la pobreza. Hacer voto de ella, querer ser pobre y no querer padecer las incomodidades de la pobreza, en verdad no es ser pobre, dicen los Santos con san Bernardo.

XII.

SOBERBIA.

1. Tu sacerdocio, ó hijo, no admite humos de soberbia, sino humilde caridad para servir á los pueblos; constituido ser-

vidor de cuantas almas hay para salvar, y servidor tambien si te hallas con beneficio, pues á tal fin estás estipendiado para servir á mi Iglesia; y si eres regular, mantenido á tal efecto de tu monasterio. ¿Cómo puede estar la soberbia en un ministerio que es todo de humildad? ¿Cómo podrás cumplir con él si eres soberbio? Servirás para ser grato á los hombres sin provecho de ellos y con daño tuyo; lo harás solo en aquellos empleos que te parecerán mas esplendorosos; tu soberbia no te dejará evangelizar á mis pobrecitos; solamente á los ricos serás afable y mañoso, y tal vez adulador. Te hará corregir con villanía y por parecer bien á los pecadores, ó bien los dejarás dormir en los escándalos por no ser mal quisto, ó para que no se burlen de ti. No serás padre que consuele y ayude, sino tirano que oprima á los pueblos. No madre que alimente ni ama que lleve en su seno mis almas, sino fiera que las amedrentes y desuelles. Catecismo, pobres, trabajadores, huérfanos, viudas, horribles cárceles, hospitales hediondos, en fin, todo cuanto te parezca humilde y bajo lo mirarás como desdoro tuyo, cuando yo me glorío de ello.

¡Ah, hijo, qué ciego eres no apreciando mi humildad, que es la alhaja mas bella de tu sacerdocio, y haciendo vanidad del ministerio que todo respira humildad!

2. ¿De qué te servirá á lo último el agradecimiento, la estimacion y las alabanzas del mundo? No, hijo, no es grande aquel que es estimado del mundo, sino aquel que lo es de mí. ¡Necio! ¡Desgraciado! Tú te apacientas del aire y de la nada; ¿y solo por agradar á los hombres me desagradas á mí? Qué, ¿piensas darte honor con ese aire entonado en las palabras, en los vestidos, en el trato y en todo lo demás que puedes? ¿Pero no ves que antes te granjeas el desprecio con lo mismo, pues te tienen por puntilloso, por arrogante, por un holgazan, por un usurpador y chupador del patrimonio de Jesucristo y de los pobres, manteniéndote obstinado, soberbio y lleno de viento por frioleras, por nada y cosas mugeriles, ó por cosas de que debias avergonzarte? Mira un poco á mis humildes como buscan, no su gloria sino la mia, enriquecidos de méritos y al fin estimados del mundo, quien los estima y alaba por su humilde moderacion y sincera dulzura.

3. Entra en ti mismo y mira un poco de cuántos bienes te privas, y lo que es mas, cuántos pecados cometes y á cuántos otros te espones, de odios, de injusticias, de inobediencias, de simonías, de inmodestias, de hipocresías, de escándalos, &c. ¿Cómo te enmendarás de tus pecados, si despreciás á los que te corrigen y te burlas de las reprensiones? Cuidado si llego á humillarte, permitiendo que caigas en la mas asquerosa deshonestidad, y te dejo perder la fe como ha sucedido á tantos soberbios, y te suceda pasar mas allá, como sería gloriándote y desvaneciéndote de tus mismas caidas, de tus mismos escesos y de tu libertinage. Tus riesgos, tus pecados y mi justicia humíllente, y te hagan temer y huir. Hazte cargo de mis ejemplos, lleva ante los ojos mi ministerio. Mira, hijo mio, por tu provecho, que te juro que si no perdoné á Lucifer su soberbia, tampoco te la perdonaré á ti. ¿Eres soberbio? Pues cuenta que me tendrás contrario. ¿Eres humilde y de una humildad verdadera y sólida? ¡Oh! cuantas gracias, cuantos dones tengo en mis tesoros, todos serán para ti.

¶ Ten paz con todos y no des lugar á

la ira. La venganza toca á Dios, no á ti; convierte el mal en bien. Conserva esta paz, especialmente con los domésticos y con los otros sacerdotes. Ama á quien tē corrige, no fiándote de ti mismo. Quien á sí se complace y se pide consejo, complace y pide consejo á un necio. A nadie desprecies, porque será despreciarte á ti. Huye el lujo y ama los mas humildes ministerios. San Cipriano y san Paulino de Nola, tan nobles y famosos, no se avergonzaban de barrer la Iglesia. San Mela, aunque obispo, limpiaba y alumbraba las lámparas. No busques puestos mayores sino grande virtud. El venerable Cardenal Belarmino dice, que en todos tiempos hubo muchos varones apostólicos, y tantos Santos que huyeron, y aun se vieron obligados por fuerza para hacerles aceptar las dignidades, y que ni uno se encuentra que las desease.

XIII.

MUERTE.

1. Hijo, ¡que has de morir! Tú ves moribundos, asistes á las exequias, á las

honras, celebras Misas por los difuntos, ¿y no piensas que dentro de poco tiempo se deberá hacer otro tanto por ti? Pues mira que antes de mucho igualmente serás espuesto en medio de la Iglesia sobre un atahud, con aquellos mismos vestidos que llevas cada dia cuando te llegas al altar, y serás enterrado en aquel osario de sacerdotes junto al cual pasas tan á menudo. Se dirá: ya murió tal clérigo, tal religioso, aquel mismo que era tan divertido, tan hábil, tan joven, &c. Despues con el melancólico sonido de las campanas acabará tu memoria. Tus honoríficos puestos, tu hacienda, tus conveniencias, ¿cuyas serán? Quien menos piensas gozará de lo que buscaste con tanto afan. Si despues de pocos meses pudieras levantar la cabeza sobre la losa, quizá vieras todos tus bienes disipados en locuras y en pecados. Tu carne, tan delicadamente tratada, será pasto de gusanos. Tu mayor amigo no tendria valor para dormir una noche contigo. ¿Qué digo dormir? Ni ánimo tendria para estar pocas horas cerrado con tu cadaver en el aposento. Pero y de tu alma ¿qué será?

2. Reducido al triste angosto espacio de

una cama, acabado para ti el mundo, se acabará tambien el engaño. A la luz de la candela bendecida, ¿qué te parecerán las riquezas, los placeres, los negocios del siglo y los respetos humanos que tanto y tantas veces te han empeñado? Confesarás que todo ha sido vanidad y afliccion de espíritu. ¿Te servirá acaso entonces la vana ciencia, el ocio, los chistes, las estudiadas palabras, ó las buenas obras y el servicio que hiciste al prójimo? Dime mas: ¿te burlarás entonces de la vida bien ordenada de esos sacerdotes que ves tan ejemplares, ó la desearás con envidia? ¿Te consolará haber solicitado la perfeccion debida, ó el haber vivido una vida mundana é inquieta? ¿Cuántos clérigos ó claustrales de espíritu vano y soberbio, á vista de aquellas luces, conocerán la grandeza de aquellas gracias, de sus obligaciones y de sus pecados, y en aquella hora rabiarán por no haber sido circunspectos, virtuosos y santos. Pues mira, no será aquel tiempo para mas que para acabar miserablemente, como Antíoco y como Judas, que acabándose el engaño y error acaba para ellos tambien el tiempo.

3. En un punto te verás á las puertas

de la eternidad. ¡Ah! Dirás entonces, ¡ah! si no hubiera desperdiciado el tiempo entregándome al ocio, ocupándome en oir novedades, andando arriba y abajo por las casas, adquiriendo infructuosas noticias y empleándome en cosas indignas á mi estado! Pero si te hubieses ocupado en fructificar y en acciones correspondientes al sacerdocio, ¡cómo estarias entonces de contento! Un solo dia de tantos como perdiste, una hora sola, ¡ah! si la pudieras tener para conseguir el perdon, la gracia y la corona. Pero no, que no debias haber malgastado el tiempo cuando lo tenias: y ya no te queda ni un momento. En otro tiempo eran los dias muy largos, y no sabias qué hacerte, nunca llegaba la noche. Ahora se acabó ya; ¿te consuelas con ello? Detente, hijo, detente y piensa un poco. Si ahora te cogiera la muerte ¿qué sería de ti? ¿Por qué no te pones en salvo, haciendo ahora lo que quisieras haber hecho entonces? Yo te lo he dicho tantas veces, y como buen Padre te lo repito cada momento. Obra bièn antes que te falte el tiempo, y antes que te sorprenda la eternidad; porque entonces habrá llegado la noche, y nunca mas podrás obrar.

Piensa desde ahora si tienes algo que

te acuse la conciencia, y púrgate de ello como si estuvieras para morir. Paga esas deudas, deja aquella casa, aquel peligro, y haz paces con aquellas personas, &c. Confiésate bien, celebra la Misa, y al comulgar sea como si tomaras el Santísimo Viático para morir, y di las oraciones de la recomendacion del alma que tienes al fin del Breviario. Di en tu interior: Si yo hubiera de morir ahora, ¿haria esto? San Edmundo, arzobispo de Cantorberi, al llevarle en la hora de su muerte el sagrado Viático, estendiendo las manos hácia el Santísimo dijo con el mayor afecto: Vos, ó Señor, sois aquel en quien yo he creido siempre, y al que he predicado; vos me sois testigo que solo á vos busqué toda mi vida. Yo no he deseado ni deseo otra cosa sino hacer vuestra santa voluntad.

XIV.

MUERTE.

1. Hijo, tú lo sabes, que como se vive asi se muere. Yo te tengo dicho que la muerte de los buenos será preciosa. ¡Cuán-

tos sacerdotes dicen en aquella hora: no hubiera creido un morir tan dulce! ¡Bello morir despues de haber trabajado por tantas almas! Ya te lo dije, que la muerte de los justos es preciosa, pero la de los malos será pésima. ¡Cuántos que vivieron en pecado, en ocio, ó abusando de sus talentos, murieron maldiciendo hasta la hora en que nacieron y la hora en que aprendieron á leer y escribir! Tú deseas la muerte de los justos; pero ¿cómo la tendrás si vives relajado? ¿Por qué no crees mis amenazas, mis protestas, á tu esperiencia, á tus mismos ojos, que han visto las consolaciones de los buenos y la desolacion de los malvados en aquel punto? Estas mismas cosas tú las dices y las predicas á los otros; pero qué, ¿hay por ventura para ti otro Evangelio, alguna otra Escritura santa? ¿Por qué vives una vida que conoces y confiesas no puede darte robustez ni confianza en la hora de la muerte?

2. Muere bien, no quien comienza bien sino quien persevera hasta el fin. Para morir bien es necesario el especial don de mi gracia final. Espérala tú, pero ten presente que Judas, llamado por mí al apostolado,

principió bien y acabó mal; ten presente que son pocos los sacerdotes que viven como deben, y por lo mismo pocos mueren como desean; acuérdate que muchos sacerdotes aun santos, temieron y temblaron de morir mal. Ea pues, date priesa, y con santo miedo y temor aplícate por tu salud eterna á las fatigas, vigilias, limosnas, oraciones, sacrificios, mortificaciones, ayunos y castidad. Yo te aviso por tu bien: si vives sin fervor y sin temor, y difieres tu enmienda á pesar mio, á pesar de mi amor te he de ver condenado eternamente. Tiempo há que te espero; acaba de una vez con estos buenos deseos que nunca ejecutas. Asegúrate constante en el bien, porque la muerte no esperará á segarte en aquel dia ó en aquel año que estés en gracia y en fervor: cuando tú menos pienses, entonces vendrá.

3. Una vez sola se muere: y si esa vez mueres mal ¡ah infeliz! tu ruina será irreparable y eterna. Yo he muerto en cruz, para que tú tuvieras una buena muerte. Bien podia enviártela improvisa y cogerte en pecado como á muchos otros; pero, como buen Padre, no lo hice por esperarte. Otra vez vuelvo á avisarte. Está preparado,

porque no sabes el dia ni la hora. Eres muy cruel para contigo, é ingrato para mí, si tarda un instante tu enmienda. Piensa bien, hijo, que estás bien seguro del perdon que te prometo si te arrepientes hoy, si ahora te resuelves de todo corazon; pero mira que no te prometo la seguridad para mañana: quien no es bueno hoy no espere serlo mañana. Mira las diligencias que yo hago por tu bien, aun con esto de dejar incierta la hora de tu muerte, para que no sabiéndola estés siempre pronto y preparado.

Ajusta tus cuentas con Dios y con el prójimo. Haz, dice San Agustin, tu testamento mientras estás bueno, mientras eres dueño de tus acciones. El alma á Dios, el cuerpo á la tierra, y la hacienda á quien toca. Si eres regular desaprópiate luego como debes, no por ceremonia ó apariencia, sino sinceramente, de todo. A un religioso que despues de muerto le hallaron cien sueldos, resolvieron enterrar su dinero con él pronunciando estas palabras: *Tu dinero vaya contigo para tu perdicion.* Piensa seriamente en tu conducta como quisieras haberla tenido en la hora de la muerte, tanto respecto de Dios como del prójimo y de

ti mismo, y haz aquello que quisieras haber hecho. No puede morir de repente quien está siempre preparado y piensa siempre que ha de morir. El beato Gregorio Barbarigo, habiendo recibido con estraordinaria devocion los Santos Sacramentos, pensando en el juicio de Dios donde habia de comparecer luego, se llenó de tan horroroso miedo, que levantando á menudo las manos y ojos al cielo, con voz trémula repetia continuamente: ¿Qué será? ¿Qué será? Y sufrió por algun tiempo una fuerte agitacion de terror y espanto del rigoroso juicio, hasta tanto que calmó aquella tempestad. Y de ti, ¿qué será?

XV.

JUICIO.

1. Hasta los gentiles han de dar grande cuenta de su vida en mi tribunal; ¿y tú, hijo, que tienes muchas mas obligaciones que ellos? Ven acá, diré, ven y dame cuenta, no solo como hombre sino tambien como cristiano y como sacerdote de mi ley, de tu dignidad, de mis dones, de tus

ministerios, y hasta de las culpas de los otros. Dame la cuenta de todo el mal que has hecho; véase á la luz del dia la gravedad de tus pecados cometidos en cualquier tiempo, en cualquier lugar, con todas sus circunstancias y números, aun de las cosas mas ocultas, hasta de una ojeada, de una palabra, de un pensamiento. Dame cuenta, no solo de tus culpas sino tambien de las que ocasionaste con tus malos ejemplos, con tus chistes, con tus consejos; de las que ocasionaste por tu negligencia, por tu ignorancia, ó no impediste como debias, ó por respetos humanos, asi en público como en privado. Dame cuenta de todo el bien que debias hacer y lo omitiste, ó lo hiciste mal. Ve cómo entraste á la Iglesia, al beneficio, al claustro; las intenciones, los medios, el modo. Cómo cumpliste y distribuiste lo respectivo á la administracion, á los testamentos, á los pios legados, á los bienes eclesiásticos; cómo te portaste en la calidad de sacerdote; dame cuenta de tus estudios y de la aplicacion, de las Misas, del ejemplo, de enseñar la doctrina, de los sermones, de las correcciones, del rezo divino, del coro, &c. Si eres regular, de cómo cumpliste los vo-

tos y tu regla. Si confesor, de cómo acogiste ó cómo despediste por la prisa, por respetos humanos á los penitentes; cómo preguntaste, avisaste, curaste y absolviste á los ignorantes, á los consuetudinarios, á los de ocasion, á los indispuestos. Si eres cura ó superior, de quien depende todo el bien y todo el mal de tus súbditos, cómo velaste, guardaste ó apacentaste las almas que te encargué. Cuenta de una en una con atencion esas partidas á mis pies; una de estas cosas puede bastar á condenarte. Mientras tienes tiempo mira por ti: mira que te se acaba por instantes. Si hoy, si esta noche, si ahora te coge la muerte, en el mismo momento te llamaré á dar cuentas; ¿y qué será de ti?

2. ¡Cuántos sacerdotes se condenarán solo por haber sido inútiles! Cuántos como tú me dirán: pues, gran Dios, nosotros ¿no hemos ensalzado vuestro nombre, hemos predicado y exorcizado arrojando á los demonios; hemos hecho en vuestro nombre muchos y estupendos milagros? Pero tú oirás tambien cómo yo los arrojaré de mí, protestando que jamás los he conocido por mios. Si no han obrado por mi

el oro macizo y puro de la verdadera virtud; si no han desechado la inutil paja, las vistosas hojas de la esterioridad y apariencia, todo ello no les servirá en aquel dia. Si quien no vivió ocióso, si quien obró sinceramente, si hasta los mismos justos apenas se salvarán, ¿qué será de ti, que fuiste pecador, escandaloso é impío? Quien tuvo mas que los otros, mas estrecha cuenta deberá darme. Tú, colmado de los mas escogidos dones; tú, que tuviste tanto tiempo, tantas luces, tantas gracias, tantos talentos, tantas comodidades, tan sublime potestad, hecho casi un otro yo mismo, ¿querrás que mis dones no te hayan de ser un argumento de la mas severa condenacion? Quien ha sido mas que los otros, será por lo mismo mas rigurosamente juzgado. Mi juicio será durísimo con los que mandan: con los flacos, con los pobrecitos, uso de piedad; pero los poderosos deben ser juzgados con todo rigor. Ellos mas que los otros probarán el poder de mi omnipotente brazo. ¿Qué será, pues, de ti, que eres mas que los otros y escedes á todos los mas poderosos?

3. ¿Qué escusa presentarás en aquel dia? ¿Acaso tu ignorancia? Pero si tuviste

tantas luces, tanta obligacion de aprovecharte de ellas y te lisonjeaste de saberlo todo, escuelas, libros, púlpitos, &c., te convencerán de la mas horrenda malicia. ¿Querrás escusarte con la fragilidad? ¿Dirás entonces que te faltaron las fuerzas, talentos, cuando tantos sacerdotes, tantos legos, tantos mas flacos que tú, con menos comodidades que tú y mas tentados que tú, veas que hicieron tanto bien para sí y para los otros? ¿Dirás entonces que otros como tú vivian asi? ¿Los consejos y las burlas de los mundanos te salvarán en aquel dia, cuando veas la multitud de esos consejeros y burlones perdidos? Yo te avisé para que los despreciaras, te hicieras fuerza para no seguir las vanidades, sino mis máximas y mis ejemplos, prometiéndote que si lo hacias, yo sería tu auxilio; y tú, adulándote con vanos pretestos, con mendigadas escusas, ¿querrás con despecho de mi amor una condenacion, tanto mayor cuanto son mayores tus deudas, tus gracias y la dignidad que recibiste?

¶ Desprecia el *qué dirán:* Dios es tu juez. Júzgate á ti antes que venga aquel Dios que ha de juzgar hasta las mismas

justicias y las acciones mas santas, no segun el juicio del mundo sino en el peso del Santuario. San Gerónimo, despues de tanta austeridad y de una vida tan santa empleada en tanto bien de la Iglesia, continuamente temia el juicio, pareciéndole oir cada instante la trompeta, que le llamaba al terrible tribunal. San Agustin, pensando en que debia dar cuenta de sí y de los otros, se consideraba como debajo de los pies de todos, se encomendaba á sus oraciones, temiendo y temblando de ser condenado mas que todos por su mayor cargo.

XVI.

JUICIO.

1. Hijo, si no quieres vivir como sacerdote ¡infeliz de ti! mi juicio será para ti un dia de horror y de angustia, de tinieblas y de oscuridad. Armaré cielo, tierra, elementos, Angeles, demonios y las criaturas todas para tomar venganza contra ti. Todos los santos empuñarán conmigo la espada vengadora. María Santísima, mi Madre, comparecerá terriblemente airada con todo el

brillo de mi magestad omnipotente. Tú me verás afilar sobre ti cual aguda lanza mi ira, y descargar sobre ti todo mi furor. ¿Con qué corazon te presentarás delante de mí sabiendo que mereces todo mi enojo?

2. Cuanto procuraste esconder á los confesores, á los superiores, al mundo, á ti mismo, saldrá todo en público. ¿Cuál confusion será la tuya cuando te acuse la conciencia, te confundan tantos sacerdotes, tantos compañeros, tus mismos santos Fundadores que no imitaste, tantos seglares que en el siglo fueron santos, y tantos infieles menos culpados que tú? Se levantarán contra ti tantos pobres no socorridos por saciar tus pasiones y gastar lujo en perros, caballos, &c.; los ignorantes no instruidos, los pecadores no corregidos, las almas condenadas por tu causa; los cómplices de quienes abusaste pedirán venganza; las mismas piedras de los altares, las maderas del púlpito, las tablas de los confesonarios profanados gritarán contra las omisiones de tu ministerio y contra tus sacrilegios. Hasta aquí he callado, pero entonces levantaré la voz. ¿Y qué responderás á las amargas reprensiones de tantos delitos públicos, de tantos dones despreciados, de

tantas obligaciones no cumplidas, de tantas traiciones á tu empleo?

2. Ahora tienes mil modos de encubrir y paliar los castigos que mereciste en el mundo; pero entonces ni tus cavilosidades, tramas, artificios, regalos ni protectores, ni tu mismo carácter podrán defenderte contra el rigor de mi justicia. Verás entonces arrancarte los vestidos sacerdotales, y ser degradado ignominiosamente en presencia de todo el mundo. ¡Qué desesperada consternacion será la tuya al ver sobre ti ejecutada la mas terrible sentencia á tormentos los mas atroces, irrevocables, eternos, sin piedad, sin apelacion, sin remedio! ¡Qué rabia será la tuya al ver entre los escogidos y entre los Santos aquellos rústicos, aquellos plebeyos, aquellas pobrecillas devotas mugeres desaliñadas que despreciaste! Aun los mismos publicanos, las mismas rameras ó pecadoras arrepentidas irse al cielo, y que tu porcion escogida queda entre los hipócritas é infieles. ¿Querrás, pues, tú, ó sacerdote, que yo, muerto sobre esta cruz por ti, sea tu ruina, y tanto mayor para ti que para los pecadores seglares, cuanto mayores han sido tus pecados que los de

ellos? ¿Y querrás que mi cuerpo y sangre que tantas veces has recibido sea tu mayor pena, tu mayor condenacion? Ay, hijo mio, no sea asi. No me empeñes con tu resistencia á que te condene. Piénsalo bien, hijo mio, que hoy mas que nunca quiero darte muestras de amantísimo Padre, perô entonces habré de ser severísimo juez.

¶ La ignorancia, flaqueza y mal ejemplo de tantos rèlajados sacerdotes no te servirá de escusa en el juicio. Acúsate ahora de tus faltas, y en especial de las de omision. Haz sincera penitencia de lo pasado, y en lo venidero procura que correspondan todas tus acciones á tu gran ministerio; lleva siempre en la memoria que eres sacerdote; considera á menudo tus grandes obligaciones y el grande peso de que te has cargado con el sacerdocio. Repasa entre ti mismo, dice san Gregorio, aquella cuenta que algun dia habrás de dar á tu juez.

XVII.

JUICIO.

1. Hijo, está seguro que cuanto mas terrible y severo sea mi juicio para los pecadores, otro tanto amable y dulce será para mis escogidos. Si me hubieres amado, si santamente hubieres trabajado por mí, feliz de ti en aquel dia, dia para ti de una dulcísima suavidad. Levanta con satisfaccion la cabeza desde ahora, que aquel será el dia de tu salud. De un vuelo te levantarás en el aire por medio del coro de los Angeles hácia mí, y separado de los pecadores esperarás alegre y seguro el juicio de un justo juez que, amado, obedecido é imitado de ti, se esplicará todo favorable á ti. ¡Oh cuánto bendecirás el haber huido del mundo, el haberte opuesto á sus perversas máximas y fatales lisonjas!

2. Date ánimo, hijo, y procura resplandecer como antorcha de santa sabiduría y de vida ejemplar, ardiente por la caridad y por el celo, y lucirás como estrella y como el sol; yo mismo publicaré las alabanzas que

mereciste con tus fatigas, con tu humildad, con el celo, con las limosnas; no tendrás rubor de comparecer ante mí, ni yo le tendré de llegarme á ti. Y si tú, despreciando los vanos temores de los hombres, te preciares de confesarme en presencia de todos, yo tambien me preciaré de confesarte por mio en presencia de mi Padre. La misma confusion de los impíos y su venganza te servirán de gozo. ¡Ah, hijo, qué júbilo! ¡Qué placer! ¡Qué alegría tendrás en mí, que soy tu Jesus, al verme absolutamente reinar, vencidos todos mis enemigos, forzados á estar debajo de mis pies gloriosamente conculcados de mi justicia.

3. Trabaja, pues, y pelea como buen soldado, que te se guarda para aquel dia una noble corona llena de gloria eterna en premio de haber apacentado mis ovejas, no por vil interés sino por mi amor. Cultiva en los campos de mi Iglesia las almas, que te aseguro serás de los primeros á gozar del fruto. Si asi lo haces y lo dejas todo por seguirme y por cumplir tu santa profesion, te tengo preparado un rico sólio sobre el cual te sentarás como conjuez para juzgar á los hombres y á los mismos Angeles. Tan-

ta seguridad, tanto triunfo, ¿qué gloria no te prometen en el cielo? Estas no inciertas esperanzas sino segurísimas, ¿no merecen que padezcas un poco ahora por mí, por tu salud y por la de otros? ¿Por gozar conmigo de tanta gloria allá en el cielo?

℣ Ama y practica diariamente alguna de las obras de misericordia que con especialidad examinará Jesucristo en el juicio, y con ellas tendrás mas favorable al juez habiendo declarado que las premiará como si fueran hechas á él mismo..... Pues si salvar á un pobre de las miserias corporales es de tanto mérito, ¿cuánto mayor será salvar á una alma de la muerte eterna, que jamás se acabará?

XVIII.

INFIERNO.

1. Hijo, tú lo has enseñado á otros, que cuanto se puede padecer en esta vida todo es nada comparado con el fuego eterno. ¿Será, pues, para ti aquel fuego que encendido por mi omnipotente justicia, hecho sabio

discernidor de tu mayor reato, será tanto mas penetrante y feroz contra ti que contra los demás condenados? Yo te avisé previniéndote que no temieras espadas ni muerte, y sí solo á aquel que podia echarte en cuerpo y alma á las llamas eternas; mas tú, que temiste incomodarte un poco para vencer aquella pereza, aquel ocio, para dejar aquellos vergonzosos placeres; tú, que ahora no puedes sufrir un leve dolor por un momento, un poco de estudio, de retiro, de observancia, ¿cómo podrás sufrir quemarte en medio de un fuego tan atroz, y arder entre sempiternas llamas? Ay, hijo, enciéndete un poco, atiza el fuego de un santo celo por tu salud y por la del prójimo, de manera que no te veas arder en aquel inestinguible fuego.

2. ¡Ah! hijo, si conocieras la grandeza de los bienes celestiales, entenderias cuán grande pena es estar privado de ellos. Mira que el verse privado de mí para siempre es una pena mucho mayor que la de aquel fuego devorador. Es pena infinita porque priva de un bien infinito; pena tan grande cuan grande soy yo. Tú, pues, que habrás tenido poder de llamar y hacer venir del

cielo á tu Dios ¿quedarás privado de él? Tú que me tuviste, me trataste con tus manos cada dia, ¿has de estar separado para siempre de mí en el infierno? Tú que me ofreciste á mi Eterno Padre, y que participaste tantas veces del Sacramento de mi amor, ¿querrás aborrecerme y ser aborrecido eternamente de mí? Entrarán tantos escogidos en el cielo justificados de ti con mi sangre, santificados por mi cuerpo que tú les dispensaste; ¿y tú serás como el agua del bautismo, que lavando á los bautizados los envia al cielo, y ella va á confundirse y perderse en la tierra? Tú, destinado á bendecirme siempre; tú, que en mi nombre bendeciste á los otros, ¿habrás de vomitar contra mí horrendas blasfemias en el infierno, y ser maldito de mí para siempre? Tú, que gustaste mi caliz de salud, ¿querrás beber el caliz de mi ira hasta las heces? Y yo, que tanto me regocijé en beneficiarte y en exaltarte, ¿habré de verte caer en tu horrenda y eterna perdicion?

3. ¿Cuánto mas atroz sería tu rabia y desesperacion que la de otros si te condenaras? Tú mismo tendrias que decir: ¡Oh! yo tuve ciencia de sacerdote, luces para

conocer mis obligaciones mucho mas que otros; tuve gracias, medios para cumplir con mis obligaciones mucho mayores; fui exaltado á una dignidad divina que me obligaba mas, y mis luces, las gracias, la dignidad misma me han ocasionado un infierno, y un infierno mucho mas duro, mucho mas terrible que á los demás? Yo, pues, condenado con mas horror que los otros, ¿deberé sufrir los insultos de aquellos demonios á quienes fui tan terrible en otro tiempo? ¿Deberé sufrir para siempre aquellos infieles, aquellos seglares que tuvieron muchos menos auxilios que yo? ¿Y por eso mismo deberé ser mas atormentado que ellos? Ay de ti, ó hijo, si llegase el triste lance que se levanten contra ti tus criados, tus parientes, tus amigos, tus penitentes, tus feligreses, y aunque no sea sino una sola alma condenada, y condenada por tu culpa! ¡Ay de ti si llegare algun dia en que tengas que llorar el haber sido sacerdote, beneficiado, religioso! ¡Si tuvieres que decir: ojalá que no hubiese nacido! Hijo, si mi amor no te ablanda, vénzate á lo menos el temor. Ea, ten á lo menos piedad de ti, y consuélame con volver tu corazon al camino de la santidad.

¶ Baja muchas veces al infierno vivo para no bajar á él despues muerto. San Juan Crisóstomo le tenia siempre en una pintura delante de los ojos. Acuérdate que por sola la inutil ociosidad de aquel siervo perezoso (aunque no se dice que fuese sacerdote) fue condenado á las tinieblas esteriores. Mira que pide mucho la grande, inmensa é infinita dignidad de tu tremendo y admirable sacerdocio; condenándote sería tanto mayor la pena, cuanto mas grande fue el don que recibiste.

XIX.

PELIGRO DE CONDENARSE.

1. Piensa bien, hijo, y reflexiona que no hay en el mundo cosa que se crea mas facil y mas cómoda que la vida de un superior ó de un eclesiástico, cuando solo se atienden las apariencias y se ejercen tales oficios superficialmente adulando al mundo y sus desórdenes; pero al mismo tiempo, si no se vive como se debe no hay cosa mas dificil, mas trabajosa ni mas arriesgada, y que ocasione mayores miserias para

mayor condenacion, que la vida del superior, del sacerdote, del eclesiástico. Vive cierto que muchos se buscan mas á sí propios que á mí. Tengo muchos sacerdotes en mi Iglesia, pero muy pocos de virtud; y aun la vida de muchos es cosa que pone miedo y horror.

2. Te hallas en medio de un mundo tantas veces reprobado de mí, todo lleno de corrupcion y de malignidad. Tú vives en él para ayudarle; pero ¡ah, y cuánto se debe temer que ese mismo mundo te convierta á ti con sus disipaciones, profanidades y pecados antes que tú le conviertas á él á la virtud! El demonio tienta mas á los eclesiásticos que á los seglares. Ellos son el mas sabroso manjar que mas le gusta, y los solicita mas. Con grande conato tentó separar á los mismos Apóstoles de la fe y de su vocacion, y venció á un Pedro con la presuncion, á un Judas con la avaricia, é hizo caer á un Nicolao diácono en la heregía, y tras de éste á otros muchos, que principiaron bien y acabaron mal. Acuérdate que un solo pecado mortal basta para condenarte, y que tantas cosas que en los seglares son ligeras, en ti, como eclesiásti-

co, son gravísimas. ¿Cuántos como tú se condenaron porque subieron al sacerdocio contra su vocacion? ¿Cuántos que no cultivaron sus talentos, estimando mas ser ignorantes? ¿Cuántos aunque doctos y capaces, porque fueron inútiles é infructuosos? ¿Cuántos se echaron el fuego encima por los pecados de los otros? ¿Cuántos por no haber tratado dignamente los misterios santos? ¿Cuántos porque con apariencias de virtud y de celo, pero falso en la sustancia, fueron reprobados como operarios de iniquidad?

3. Avisé á todos que la puerta del cielo es estrecha y angosto el camino; ¿y no lo será para ti, con tanto peso y peligros siempre mayores? Ya te lo dijeron mis santos, que son muy pocos los sacerdotes que se salvan y muchísimos los que se condenan. ¿Viste aquellos santos que te amonestaban, cuán temerosos han vivido ellos por mas que hayan sido sacerdotes de tanta santidad? El mismo San Pablo, despues de tantas fatigas, despues de tantos sufrimientos, despues de haber predicado con tanto celo y fruto mi Evangelio, con todo temia todavía ser reprobado: ¿y tú vivirás quieto

y tranquilo sin temor, y sin solicitud de tu salud eterna? Tu mismo descuido y negligencia ¿no te pone en mayor peligro? Ea, amado mio, no abuses del tiempo de las luces y de las gracias que te doy. Si tu peligro es grande, grande ha de ser tambien la solicitud en alejarle; resuelve de una vez el darte todo á mí, y acuérdate que un hombre como tú debe aspirar á la virtud y santidad si quiere asegurarse una eterna bienaventuranza.

¶ Las dificultades no deben acobardarte. La puerta del cielo es estrecha, es verdad; pero se puede entrar por ella si te esfuerzas á entrar como te dice Jesucristo. Un buen marinero, un buen soldado, no pierde el ánimo en el mayor peligro, sino que se anima y trabaja mas. No te acobarde tu flaqueza; todo lo puedes en aquel Dios que te da fuerza. El ejemplo de los tibios y poltrones no sea tu regla; ni digas: otros hacen lo mismo en la Iglesia, en el convento, etc. Vive con los pocos, si quieres salvarte con los pocos que se salvan. Sálvate, pues, con los pocos. ¿No te aconsejo bien? ¿Pues qué haces?

XX.

PECADO VENIAL.

1. Hijo, tú caes en muchos defectos aun con advertencia, y porque son culpas ligeras te lisonjeas que no son tan gran mal. ¡Oh cuán engañado vives! Porque no son mortales, porque no te condenan con rayos del infierno, ¿no te has de abstener de ellas, y darme gusto? ¡Oh, si conocieras cuán grande es tu Dios no le estimarias tan poco! ¿No habias de dejar primero que se perdiera todo y morir antes que darme el menor disgusto? ¡Qué! ¿No es mayor cualquiera culpa que la mayor pena? Tú lo sabes bien y lo enseñas á otros; ¿y sin embargo me tratas asi, no una vez sino muchas, aun en las acciones mas santas? ¡Compadezco tu flaqueza! Pero ¡qué poco te costaria el vencerte en cosas tan pequeñas! No tenias que hacer otra cosa sino recibir y apreciar mis auxilios, pues no merezco hagas por mí tan poco. Si no me eres fiel en lo poco, no lo serás en lo demás.

2. Vuelve los ojos, amado mio, míra-

me en esta Cruz, y ve cómo me tratan y me han tratado los pecadores. Pero ¿te bastará no volverme á crucificar? ¿Querrás que yo esté contento de ti porque no pisas mi sangre? ¿Tan escasamente te he amado yo? Mira cuántos seglares te están avergonzando, pues con menos defectos que tú, corren por el camino de la virtud. ¿Y tú tan negligente en servirme? ¿Y este es el consuelo que me das? Ten presente que yo quise lavar los pies á mis discípulos antes de la última cena, para enseñarlos, que quien se llega á mi mesa debe tener una limpieza especial: ¿y tú, que te llegas á ella tan á menudo, estarás lleno de defectos, sin aplicar diligencia alguna? Debias prepararme un corazon el mas puro que sea posible, pues quien se alimenta de mí no debe vivir sino todo para mí.

3. Es verdad que yo callo y sufro; pero sabes muy bien que no puedo dejar las culpas sin castigo; sabes que en el cielo no entra mancha ni arruga; sabes que en mi tribunal se pesa una sola palabra ociosa que no sea dirigida á la pública utilidad ó dicha por justa necesidad; sabes que todo sacerdote debe ser juzgado mas severamente

que los otros. Mira cómo un Moisés fue castigado por tal defecto; mira cuántas almas se ven atormentadas en el purgatorio con mayores tormentos que cuantos hay en el mundo, y por mucho tiempo; mira cuántas otras fueron condenadas para siempre á eternas llamas, porque abrieron camino á culpas mortales con las veniales; mira á un Judas, que empezó por poco. Si no cuidas de mí, piensa en ti mismo; si por cada culpa ligera hubieras de ir á un horno encendido, ¿no harias toda diligencia por no caer en él? ¿Y no la harás por precaver riesgos mucho mas peligrosos y castigos mucho mas atroces?

℣ Examina cada noche tu conciencia y renueva los propósitos sobre las faltas mas frecuentes, aplicándote por ellas alguna penitencia. Repite en tu interior: si yo pudiera librar á todo el infierno con uno de estos pecados veniales, ni aun por esto debia cometerle. Oh cuántos que están en el purgatorio por pecados veniales, si pudieran volver acá cómo los evitarian por librarse de aquel lugar de penas. Ten presente que despreciando lo poco se cae en lo mucho. Santo Tomás de Villanueva acostumbraba decir, que si

de cada uno de los cristianos se verifica que el no andar adelante en la piedad es volver atrás, un sacerdote que no procura con todo esfuerzo la perfeccion, llega á ser peor que un lego tibio y negligente. San Agustin decia: Desde que comencé á servir á Dios, así como no he conocido personas mejores que las que han aprovechado en la religion, tampoco las he conocido peores que las que de ella cayeron.

XXI.

TIBIEZA.

1. Hijo, tú piensas estar bien conmigo porque no cometes culpas graves, porque haces algun bien, y viendo á otros peores que tú te consuelas con decir: Yo no soy como aquel deshonesto, como aquel avaro, como aquel escandaloso, como aquel sacrílego: ayuno, digo misa, rezo el Oficio divino, hago algunas limosnas..... ¿Pero, cuánto mayor bien podrias hacer por ti y por tu prójimo? Tantos seglares y tantas mugercillas, ¿cuánto mas hacen que tú? Y tu carácter ¿no pide hacer algo mas que

aquellos? Este mismo bien que haces ¿no tiene mil defectos? La intencion muchas veces es por fines torcidos; y la ejecucion ¿cuánta negligencia lleva y cuánta disipacion? ¿Qué diré del mal? Sean enhorabuena veniales tus defectos; pero cuántos son en el vestir, en el hablar, en la diversion, en el trato? ¿Qué sería de ti si te acercaras al mortal? ¿Si con facilidad te formaras una conciencia á tu modo?.... ¿Si tal vez en duda, te escusases de inadvertencia de aquel mal que es en sí grave, para el cual tenias las luces suficientes? Piensa un poco en estas circunstancias

2. Hijo, mira el descuento en tantos años. Tu obligacion pedia que fueras eminente en santidad mas que todo buen seglar cuanto el cielo escede á la tierra. Tú con mi ejemplo debias seguir mis huellas, y ser, como buen ministro mio, todo fuego: al contrario, te veo tan descuidado de ti, tan indiferente para los otros, con tanto daño de éstos y tuyo. ¿Cuántos pierden el respeto y la estimacion á tu carácter y á tu religion al verte tan flojo? ¿Cuántos toman ocasion de tu flojedad para facilitar el mal? ¿Y cuántos son presa del enemigo

que siembra cizaña de ignorancia, de vicios y hasta de heregías? ¿Por qué no velas por tu bien en el estudio y en la oracion, ya corrigiendo, ya obrando, ya celando? Casi mas estimara verte del todo estragado, que tibio y negligente. No vivieras á lo menos tan quieto y sosegado como te veo, que es el peor de tus males.

3. Y despues, ¿cómo te irá si no sacudes esa indiferencia? ¿Querrás hallarte en la hora de tu muerte con una vida tan tibia? ¿No mereces que te la envie pronto, ya que vives como árbol sin fruto, inútil á ti y á los demás? ¿Qué cuenta darás en mi tribunal del bien que debias hacer, y no hiciste; y del mal que hiciste, no impidiendo á tantos que lo cometieron por tu negligencia? ¿Qué cuenta de tantos auxilios despreciados, de tantas luces, gracias y talentos ociosos? Si todo esto no te hace temer, tiembla á lo menos de mi abandono; ya te lo amenacé, que enfadado de tu tibieza comenzaré á arrojarte de mi lado, privándote de mis especiales misericordias, puesto que tú me niegas tu especial fervor. ¿Y si crecen las tentaciones? ¿Y si se endurece la conciencia? ¿Qué será entonces de ti?

Acuérdate, que al siervo que no negoció sino que escondió el talento, se le quité, y por perezoso fue echado en las tinieblas; y que condené al fuego el árbol que no llevaba fruto. Haz penitencia, hijo, y fructifica para ti y para los otros: enriquece á tu pobre corazon revistiéndole del fervor sacerdotal, de manera que no se vea algun dia con tu ignominiosa desnudez. Vive de modo que no hayas de perderte miserablemente, colmado de una pena tan justa y tan terrible, cuanto mas inadvertida y frecuente.

¶ Si eres tibio examina la causa; si es por falta de meditacion ó de un buen director, si es por el ocio, si por apego al interés, á tus comodidades ó á tu dictamen, si es por disipacion ó demasiada familiaridad con seglares, &c., y corta luego la raiz. San Ambrosio te avisa, que siendo maldito de Dios el que hace las obras de Dios con negligencia, el perezoso debe temer morir desgraciadamente.

XXII.

OCIO.

1. Hijo, yo te veo ocioso: ¿y es esto cumplir con tu obligacion? Con haberte destinado al sacerdocio te quiero aplicado al estudio, á las obras de celo y religion. ¿No te dijo el Obispo al ordenarte que habias de ofrecer, bendecir, presidir, predicar, administrar? ¿Que habias de ayudarle como á los Apóstoles los setenta y dos discípulos, y que debias estar pronto para las obras de misericordia? A esto te empeñaste al recibir los hábitos sacerdotales; ¿te parece que satisfaces pasando tu vida en la ociosidad? ¿No sabes que vendré cuando menos pienses, y te pediré cuenta con todo rigor del tiempo que te di? Si tú te halláras con un criado que, aunque no te hurtase ni te injuriase, no hiciese lo que le mandas, no le podrias sufrir. ¿Y te lisonjearás de que porque no matas, no hurtas, no blasfemas te haya yo de sufrir no cumpliendo lo que debes como sacerdote? Pues qué ¿el no hacer aquel bien

para el cual te he escogido no es mal? ¿No mereces una condenacion?

2. Considera cómo será posible enriquecerte de méritos en mi presencia, ser de provecho á la Iglesia y de honra á tu religion viviendo ocioso y disipado, y obrando no mas que por acaso como lo haces. ¡Mira cuántas tentaciones, cuántos pecados! ¿Quién mas que los ociosos se dan á las conversaciones vanas, al juego, á las chanzas, á las comilonas? ¿Quién mas murmurador, afeminado, cizañero, deshonesto y escandaloso que los ociosos? Estos deshonran el sacerdocio, y dan pie á los seglares para que digan cada dia que los eclesiásticos son en demasiado número, que son personas inútiles y miembros perjudiciales á la república y á la sociedad. ¡Cruel ocio! Se abrasa la casa de tu Padre celestial y mi ley se ve conculcada, tus hermanos son presa del lobo infernal, ¿y tú lo estás viendo sin moverte? ¿Y dirás que no sabes ó que no tienes que hacer? Me cuestan mi sangre, se precipitan en el infierno; ¿y tú no quieres alargar la mano ni aun mover la lengua para detenerlos? ¡O daños inmensos del ocio!

3. ¿Dirás que no tienes tiempo? Pues

yo te le di bien abundante. Te desocupé de los negocios del mundo y de los cuidados profanos para que no te distrajesen de ser todo mio. ¿Por ventura te faltan ocasiones en que emplearte? ¿Pues qué, despues de la oracion, del estudio, de la leccion espiritual, del servicio de la Iglesia, no hay tantos pobres que aliviar, enfermos y encarcelados que visitar, ignorantes que enseñar y pecadores que corregir? ¿Dirás que no tienes proporcion ni capacidad? Pero bien tuviste bienes de tu casa y de la Iglesia. Tantos sacerdotes mas pobres que tú, mas rústicos, mas idiotas, me aman, sudan y trabajan á proporcion de sus talentos mucho bien para sí y para otros. ¿Te escusarás diciendo que los otros hacen como tú contentándose con el Breviario y con la Misa? ¡Ah miserable! A la hora de la muerte conocerás la obligacion y empeño á que te pusieron mis dones y el sacerdocio. Si supieras que está vecina tu muerte, ¿te satisfarian esas escusas? Si será reo otro cualquiera solamente por no haber negociado el talento, ¿cuánto mas tú, habiéndole disipado? ¿Cuánto mas tú si te ves abismado en pecados tuyos de tantas ruinas de las

almas? Entonces confesarás la necesidad, utilidad y facilidad de huir el maldito ocio, pero tarde. En la noche de la muerte no podrás obrar mas; y no habiendo querido trabajar con los hombres, irás á padecer con los demonios horrendas penas para siempre.

¶ Además de la Misa con su preparacion y accion de gracias, y del Oficio Divino, distribuidas las horas con proporcion del dia, señala un tiempo para la meditacion y leccion espiritual, examen de la conciencia, obras de piedad ó caridad, de estudio y demás incumbencias personales, y procura que el demonio te halle siempre ocupado en cosas propias de sacerdote, no en cosas inútiles, y menos en las peligrosas y prohibidas. Hazte avaro del tiempo, que vuela presto y jamás vuelve, pues de él depende una eternidad.

XXIII.

ESTUDIO.

1. Oyeme atentamente, hijo. Si en un lego aborrezco la ignorancia, dime, ¿cómo podré sufrirla en un ministro mio? ¿Qué

deshonor serian al Dios de toda luz y de toda ciencia tus tinieblas y tu impericia? ¿Cómo quieres que vea en ti con indiferencia un ministro que no sepa honrarme ni hacerme honrar? ¿Un cortesano que todo el dia me está alabando con los Salmos, un meditador que me ruegue sin saber lo que dice? ¿Un embajador que no sepa llevar, cuanto menos entender las embajadas? ¿Habrá de hacer mis veces un estúpido jumento? ¿Para esto te hice yo depositario de mis Escrituras? ¿Y te encargué tanto el meditarlas, dándote en ellas la luz mas clara, armas las mas fuertes, delicias las mas castas, tesoro el mas rico y la llave de todo bien, cuando tú ni las abres ni las meditas? ¿De qué sirve que yo diga á los pueblos que recurran á ti en sus dudas y que te pregunten sobre mi ley, si hallan en ti un director que ignora el camino aun para sí, un maestro que ni aun es discípulo, un tronco inútil, un ídolo sin ojos y sin lengua? Sabe que yo no quiero sacerdotes ignorantes; estos tales no merecen el nombre de sacerdotes ni los tengo por mios.

2. ¡Pobre de mi Iglesia! ¿Cuántos auxilios te dió para mis ciencias con prepararte

escuelas y maestros? ¿Con cuántas exenciones, privilegios y bienes eclesiásticos nó te solicitó al estudio? Te estrechó con preceptos, te amenazó con su venganza y con la mia, á fin que no te ordenase Prelado alguno, ni tú te atrevieras á llegar á las sagradas órdenes sin ciencia, contenta de tener pocos sacerdotes doctos y piadosos antes que muchos ignorantes. A tal fin dispuso las mas exactas diligencias en los exámenes, para conocer si sabrias administrar los Sacramentos y enseñar al pueblo cuanto es necesario á la salud del alma, esperando de ti un esforzado defensor y un honrado ministro; y por el fallo en que se halla mi amada esposa, llora afligida de verse asi deshonrada; por faltarla operarios celosos, maestros piadosos, confesores doctos, se ve en la necesidad de echar mano de los menos hábiles para sus iglesias. Ve tantos hijos hambrientos que piden pan de doctrina y de los Sacramentos sin hallar quien lo reparta; y muchas veces si se halla quien lo distribuya, en vez del pan les dan escorpiones de doctrina é instrucciones dañosas, porque los que tienen la ley en la mano, la ignoran. Ve tantos sepultados en la ignorancia y en-

errores, por faltarles quien les instruya y desengañe con la santa doctrina. Dolorida se ve é injuriada por la iniquidad, porque tantos sacerdotes ciegos é ignorantes, perros mudos, no saben abrir la boca; y entre tanto, viéndolo la madre afligida, acarrean á las almas de sus hijos la eterna perdicion. ¡O crueles ignorantes!

3. ¡Infeliz de ti! ¿En qué empleaste tanto tiempo, talentos, habilidad, conveniencias? Mira en otros tus iguales cuánta copia de bienes, de ciencia, de virtudes y méritos ¡Ah! cuántos ayudaron y ayudan á su prójimo con el retiro, con la modestia, con el celo! Y tú, ¿qué es lo que podrás hacer para ti y para los demás, si ignoras hasta el modo? Si te hubieras habilitado, en el dia te verias aprovechado, y no serias el oprobio de los demás y de ti mismo ¿Con cuántos pecados menos te vieras? ¿Cuántos hubieras dejado de cometer? ¿Cuántas tentaciones hubieras escusado? ¿Cuántos peligros? Tus ocupaciones vanas ó perniciosas no te quitaron la ignorancia, antes bien aumentaron el fomento de pecados en ti y en los demás. Aunque no seas confesor ni Cura, no por eso dejarás de darme cuen-

ta de tantos desórdenes, de tantos daños causados en mi Iglesia? ¿Y qué diré si actualmente fueres ignorante? Sola la culpa de la ignorancia en un sacerdote basta para condenarle.

¶ Si no estudiaste, ó si despues de los primeros estudios te has disipado; repara tu falta lo mejor que puedas. Los santos Ignacio y Camilo, despues de treinta años de edad principiaron sus estudios é hicieron tanto bien. Si te hallas avanzado de edad, supla tu falta la cotidiana leccion de catecismos, de libros devotos, de vidas de santos, &c. Si hasta ahora has vivido entregado á lecciones vanas, inútiles y dañosas, quítate de tales libros, y mas si son contra la religion ó la moralidad. Si habiendo estudiado conservas la ciencia, continúa tu estudio y no se acabe sino con la vida. Sea el fin de este trabajo tu santificacion y la de los demás, y tus estudios unidos á la oracion haz que te guien á la eminente ciencia de los Santos y del crucificado Jesus. Este era el libro de san Felipe Benicio, y el que enseñó mas que los otros á san Buenaventura. Qué, pues, ¿habrás de ver algun dia escalar el cielo á tantos humildes é idiotas, y tú con

tantas letras ser sepultado con ellas en el infierno? Ten á mano un buen intérprete á fin de que al rezar el Oficio Divino puedas, no solo decir los Salmos, sino, lo que tanto te importa, *psallere sapienter*. ¿No es sumamente vergonzoso no saber lo que pronuncias? Pero el daño será igual á la vergüenza, pues quien ignora las cosas del Señor será desconocido.

XXIV.

FE.

1. Hijo, mira de qué manera en estos míseros tiempos crecen los escándalos, está despedazada la Iglesia, blasfemados mis dogmas, mi religion se mira como un fanatismo, sus máximas como supersticiosas, como fábula el Evangelio, y los tormentos del infierno como un espantajo para atemorizar las gentes. Pues examínate un poco y ve cómo te hallas de firme en la fe. ¿Vacilarias tú en lugar de confirmar á los tentados? ¿Acaso, por parecer docto á la moda, te gustaria favorecer aquellos impíos escritos que insultan al cristianismo, y aprobarlos en lu-

gar de impugnarlos? Por lisonja de una libertad licenciosa, ¿aplaudirias tal vez á mis enemigos, en vez de oponerte á ellos ó huir y delatarlos á quien debes? ¡Ah qué horrendo agravio me harias si estimaras mas las sutiles blasfemias de los libertinos impostores que las santas verdades de mi Evangelio! ¡Qué desdoro á tu ministerio, el cual te empeña á celar y dar tu sangre y tu vida por la fe, profesada tan solemnemente! ¡Qué estrago de almas con tu pérfido ejemplo! ¡Qué horrendos pecados! ¡Qué terribles ruinas caerán sobre ti! ¡O perjuicio! ¡O desdoro! ¡O estrago!

2. Y demos que tú confesaras con la boca que todo lo crees, ¿lo negarias luego con las obras? ¡Creerme en la hostia consagrada, y luego celebrar con tánta frialdad, ó acaso en pecado! ¡Creer que son fruto de mi sangre los Sacramentos, y no aprovecharte de ellos! ¡Y dispensarlos indignamente! ¡Creer, enseñar el Evangelio, predicar el crucificado y vivir todo al contrario, mas afeminado y contaminado que los legos! ¡Creer un juicio el mas riguroso, un infierno el mas terrible para ti, é irritarme, y procurártelo con el ocio y con pecados!

¡Creer las almas redimidas con tanto precio y en nada solicitar su salvacion, antes bien perderlas con tantos malos ejemplos! ¡Creer que la tibieza me da vómito y te precipita al abismo, y vivir sin fervor y sin estudio alguno de la perfeccion! ¡Creer que quien oye á la Iglesia me oye á mí, y despreciar sus cánones é impugnar su potestad! ¡Creer divina su autoridad, y menospreciarla en negocios, reuniones y divertimientos profanos! ¡Creer que haces mis veces y que me representas á mí mismo, y vivir como mundano, como bestia, y aun hacer oficio de demonio con esas almas que pierdes! Decir que crees y luego obrar lo contrario, ¿no es negar tu fe con tus hechos? Tú dices que crees, mas tambien los demonios creen y tiemblan; pero tú ni aun tiemblas. Pues mira, si tus obras no concuerdan con tus palabras, tú mismo me enseñas á juzgarte terriblemente como á impostor.

3. ¿Pero no ves que viviendo de esta manera precipitas, no solo en ti sino tambien en los demás, mi santa fe? ¿Cuántos, al verte un clérigo ó religioso tan relajado, vacilan en la fe? ¿Qué digo vacilar? Llegan á estimar en nada mi Evangelio, creyéndole, no

inspiracion divina sino invencion de los hombres: y asi no creen la potestad de las llaves, desprecian los Sacramentos, no piensan que sea inmortal su alma; tanto se les da de las virtudes como de los vicios; no temen el infierno; no aspiran al cielo; hacen su paraiso de las cosas villanas y pasajeras del siglo. Tú eres quien causa todos estos daños. ¡Ay sacerdote, sacerdote! tú sabes muy bien cuánto he sudado y padecido para establecer mi fe. Sabes que te hice sacerdote para que confirmes en la fe mis almas, redimidas con mi sangre; sabes que debes oponer tu celo sacerdotal á la perversa incredulidad que inunda la tierra. Tú eres sucesor de aquellos primeros sacerdotes santos, que propagaron y defendieron con tantas fatigas, estudios y milagros, y hasta con su misma sangre, mi fe; tú eres maestro, atalaya y defensor de ella: ¿y en vez de asegurar en la fe á los tentados, levantar á los caidos y perseguir á los contumaces, me correspondes asi?

Huye de cuantos sienten mal de la fe; denuncia los hereges y sospechosos de heregía. Vayan fuera los libros contra la fe; aborrécelos, persíguelos, deja las inútiles

leyendas, y lee solo aquellos que te confirman en la fe y que te instruyen en la potestad de la Iglesia, para poder con su sana doctrina defenderte á ti y á los demás con la palabra y por escrito. Guárdate con la mayor cautela de la curiosidad y vanidad en tus estudios, teniendo presente, que Dios esconde á los soberbios y sabios del mundo sus soberanas luces, comunicándoselas á los verdaderamente humildes. Guárdate del interés, por el cual muchos convenidos con algunos poderosos han vendido vilmente mi Iglesia, han adulterado la verdad, y erraron en la fe. Guárdate de la deshonestidad, que ha hecho apostatar á muchos sabios.

XXV.

ESPERANZA.

1. Hijo, á nadie has de temer sino á mí; nada has de esperar sino de mí, que soy tu Dios, escogido solemnemente por ti para tu porcion y herencia. ¿Qué te servirá fiarte y esperar riquezas en fuerza, en protecciones, lisonjearte de tu poder ó habili-

dad, si es maldito quien confia en el hombre, y será eternamente humillado quien se gloría en su propia virtud? Si no quitas la presuncion humana, no te asistirá mi virtud divina. Espera en mí y luego quéjate si, despues de haberme buscado de todo corazon, te viene jamás á faltar cosa alguna.

2. ¡Ah, hijo, no descaezcas de ánimo, no desconfies; yo no quiero que tú esperes sin temor de ti, pero ni tampoco quiero que temas sin esperar en mí. Por tus pecados tienes razon de temer, por lo mismo que son mayores que los de los seglares; ¿pero no te prometí el perdon de todos? Facultad tiene mi Iglesia para perdonártelos. Yo he jurado que no quiero la muerte del pecador, sino su salud? ¿Lo enseñas á los otros y no lo sabes para ti? No solo te los perdonaré, sino que estoy pronto á hacerte un santo. Mira que un San Pedro y un San Pablo eran pecadores, y sin embargo los hice Santos, y los primeros príncipes de mi Iglesia, para que conozcas cuánto premio yo la conversion de los pecadores. Ea, no te amedrenten tribulaciones, tentaciones, ni tu flaqueza, ni tu miseria. Como tú quieras, yo te asistiré como buen Padre. ¿No

descubres en estas llagas mi amor? Si te hice mediador para los otros fieles en los Sacramentos que dispensas, en los ministerios que tratas, mis gracias, mi Sangre, á mí mismo en bien de los mas infelices, ¿no lo seré para tí? Si te escogí para el sacerdocio, para la religion; si te dí muchos cargos, ¿piensas que no te daré tambien las fuerzas necesarias para la fiel administracion? Si he empezado la obra, ¿por qué no la he de perfeccionar queriéndolo tú? Confia en mí, y seré contigo: jamás te faltaré.

3. Acuérdate que eres mi hijo, y aun hijo heredero de mi gloria; y si quieres padecer conmigo, todas las penas de acá bajo son nada respecto del premio de allá: ¿y tú tendrás en mucho ese poco ó nada que haces? ¿Cuánto padecieron por hacer suyo el cielo tantos sacerdotes, aunque flacos, y quizá mas que tú? Pero esperanzados del premio grandísimo y eterno, juzgaron ligerísimas y transitorias las mayores fatigas y sufrimientos. ¿Qué no he sufrido tambien yo mismo para entrar en mi gloria? ¿Te costará tanto á ti? ¿Qué no sufren los mundanos, y tú mismo lo habrás sufrido por una nada? ¡Y te verás tan indi-

ferente para el cielo! Te preparé una corona la mas rica y medios los mas copiosos, que no tienen los seglares, ¿y tendrás menos solicitud que ellos? El tiempo es breve: procura acumular méritos. Yo vendré presto, y mi paga será pronta, la cual daré á cada uno segun sus obras.

¶ San Bernardo decia, que solo debian escogerse para sacerdotes los que tuviesen estudios y práctica de oracion, y que en cualquier asunto tuviesen mas confianza en la oracion que en la propia industria y trabajo. Huye las ocasiones con que te lisonjean el mundo y los divertimientos profanos. Dios ha mandado á sus ángeles que te asistan en tus caminos, pero no en los precipicios. La disciplina eclesiástica y regular quizá te parece áspera y austera; pero ¿sabes por qué? Porque estás demasiadamente pegado al mundo; porque amas vivir con esceso como seglar. Ten presente que eres clérigo ó que eres regular, y que renunciaste al mundo. Piensa con frecuencia en los grandes bienes del cielo, y despreciarás como vil lodo todas las cosas de la tierra.

XXVI.

AMOR DE DIOS.

1. ¿Hijo, me amas con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas? ¿Me amas mas que á todas las cosas, mas que á los tuyos, y mas que á ti mismo? ¿Me amas mas que los otros? Acuérdate que recibiste el vestido sacerdotal, símbolo de caridad especial. Pero ¿de qué te servirá hablar como un ángel, poseer toda la ciencia, hacer milagros, darlo todo á los pobres, emplear la vida entre las mayores penas, si no me hubieses amado? ¿De qué le sirvió á Judas el apostolado? Por mas que poseas todas las virtudes, sin caridad no serás buen sacerdote ni religioso; sin caridad nada hay, con la caridad lo tendrás todo.

2. Qué ¿no merezco yo que tú me ames? ¿Qué cosa amable puedes desear que yo no tenga? Si hallas alguna cosa mejor que yo, estoy contento que no me ames. Tú amas á las criaturas por aquel poquito de bien que tienen de mí; ¿y no me amarás á mí que soy todo el bien, fuente de

todo bien, el puro bien é infinito bien? Que el mundo no me conozca y se pierda amando el vil barro, es cosa horrenda; pero que lo hagas tú, sacerdote mio, ¿quién ha de tolerarlo? ¡Ah, hijo, cuántos seglares, cuántas pobres mugercillas se abrasan de amor por mí en una santa simplicidad de corazon! Con solo pensar en mí deliran en santos afectos y lloran conmovidas, porque no es ocioso el amor; no hacen caso de intereses, desvelos ni de la misma vida, como sea para impedir mis ofensas y celar por mi honor; y tú, mas iluminado, mas obligado que los demás; tú, que debieras inflamar á todos en mi amor, ¿estarás tan frio é insensible?

3. ¿Qué mas podia yo hacer para que me amaras? Te amé desde la eternidad: ¿sabes las gracias especiales, los dones, la potestad que te di con el sacerdocio para que me amases? ¿Dónde no ves arder mi amor? En el perdon de los pecados que lavas con mi sangre; en las caricias á los justos, á quienes dispensas mi cuerpo; en el mismo tratarme con tanta familiaridad; en sujetarme á ti en cierto modo y en hacerte un otro Yo, ¿no ves las señales mas claras de

mi amor? ¿Quién podia amarte y beneficiarte mas? Vacié mis venas de sangre por llenarte de gracias; á tan caro precio te compré tantos dones, tantos honores y tanta potestad; ¿y ni por eso me amas? Por mas que hayas sido mi enemigo por el pecado, ¿dejé entonces de amarte? ¡Con cuánta paciencia no te sufrí siendo rebelde! ¡Con cuánta solicitud te busqué fugitivo! ¡Con qué entrañas no te perdoné, no te acogí, y todo para que me amases! Un amor atrae á otro amor; ¿y yo he de ser solo quien con el mio no logre el tuyo? Yo empeñé toda mi fuerza y autoridad con espreso mandamiento, que es el primero y el máximo de mi santa ley. Te he prometido todo bien con tal que me ames; te pido como por merced que me des tu corazon aunque es mio. Y á tantas pruebas de amor, ¿cómo correspondes? ¿No te enciendes ni abrasas en mi amor?

¶ Procura enamorarte de Dios y hacer que los demás se enamoren de él, lo cual conseguirás conociéndole y haciendo igualmente conocer á los otros fieles en los sermones, en el confesonario y en tus discursos particulares los beneficios de Dios, y sus

infinitas perfecciones tan poco conocidas. San Ignacio de Loyola acostumbraba decir: que no hay mejor leña para encender el fuego del amor divino como la del santo madero de la Cruz. La mortificacion de nuestras pasiones y deseos es el aumento de la caridad. La prueba del amor son las obras; pero no todas las obras son en ti bastante prueba, han de ser obras de sacerdote; es decir, el ejercicio de aquellas cosas que no pueden hacerse sino por el sacerdote, esto es, predicar, confesar, celar, enseñar el catecismo y otras semejantes.

XXVIII.

AMOR DEL PRÓJIMO.

1. Hijo, si me amas, ¿cómo no amarás á tus hermanos? ¿Cómo podrás olvidarte de la última voluntad y del testamento de tu padre? Amaos, hijos mios, os dije: amaos unos á otros, y quereos todo aquel bien que yo quise para vosotros. Este sincero y mutuo afecto os le doy por señal y divisa para daros á conocer por alumnos de mi escuela. ¿Sabes que te amé como verdadero

amigo y te abrí todo mi corazon? Yo soy quien te he buscado, yo el primero que te he querido y escogido por medianero, por intercesor de todo bien con tus hermanos. Queda, pues, unido con ellos en aquella santa paz que es la herencia que yo te dejé; y á ejemplo del modelo que has visto en mí, ámalos de corazon. Mira que te lo encargo una y otra vez, porque es empeño mio. Mi Padre no faltará con su asistencia; él te ama ardientemente, y yo le he suplicado con todo mi corazon que os una de veras, que seais todos unos entre vosotros como yo lo soy con él. Despues de tanta solicitud y cuidado, ¿te habré de ver dominado del espíritu de partido y de discordia, ó unido con un amor de apariencia y de política?

2. ¿Sabes cuánto he hecho por ti? Te di mi Cuerpo y Sangre en la Eucaristía; di mi vida y á mí mismo á los tormentos y á la muerte por ti en una afrentosa cruz. ¿Y es posible que tales ejemplos no te muevan á imitarme en la caridad? Te di la vocacion religiosa, te ungí para sacerdote mio con el santo óleo de la misericordia para que esta fuese mas que abundante en ti, á fin de socorrer y ayudar á los pobrecitos, y

que fueras todo corazon, todo solícito y cuidadoso para procurar á tus hermanos todo bien. Yo te seré de ello agradecido, pues cuanto hagas por cada uno de mis pobrecitos, lo recibiré como si hubiera sido hecho directamente á mí mismo.

3. ¿Qué pena te puede dar de que los hombres no te sean agradecidos, sino que acaso te persigan? Tambien me persiguieron á mí. Nada te importe que te quiten la hacienda ó el honor. Yo te aconsejé ceder la capa á quien te dispute la túnica, y que des la mejilla izquierda á quien te hiriere la derecha. Vive seguro que aquel que te persigue con negras calumnias, que habla mal de ti, es sin duda quien te prepara (sin pensarlo) una brillante corona en el cielo. Y tú, que das desde el altar la paz á tus hermanos; tú, que haces conmemoracion de mi pasion y muerte, á la cual me ofrecí gustoso para tener ocasion de perdonar á mis enemigos; tú, que te regalas y apacientas de mí, que soy el cordero de paz, que maldecido bendecí y atormentado no me quejé; de mí, que siendo inocente me dejé juzgar y sentenciar injustamente; y aún mas, abracé á un Judas, y desde la cruz pedí perdon por

los que me crucificaban, ¿te resistirás á amar, á saludar, á tratar, á conversar con urbanidad á quien te ultrajó? Tú que eres maestro de caridad para enseñar á los demás, ¿te has de portar así? Acuérdate que tú mismo tienes necesidad de que yo te perdone y te trate bien; pues yo te lo prometo con condicion de que tú perdones y trates bien á quien te ha ofendido. Con la medida que midieres á los demás te mediré yo á ti.

℣ Examina bien si tienes algo dentro ó fuera de casa con alguno, y hoy mismo debes ir á reconciliarte con él y darle pruebas de una sincera y verdadera caridad: promételo á los pies de un Crucifijo, y no digas Misa sin hacerlo primeramente. San Juan el Limosnero Patriarca de Alejandría, estando celebrando se acordó que un clérigo á quien él habia corregido justamente, le miraba con algun odio; y advirtiendo las palabras de Jesucristo que dicen: Deja la ofrenda en el altar y vete á reconciliar con tu hermano, pretestando necesidad interrumpió la Misa, llamó al clérigo contumaz, se echó á sus pies con la mayor humildad, y asi le ganó para Jesucristo, y despues de

haber vuelto á la Iglesia continuó la Misa. Ama la paz en ti y procúrala en cuanto sea posible en los otros. Harás hoy alguna limosna, singularmente para impedir pecados. Si Dios ha de residenciar á quien no se haya ejercitado en obras de caridad, ¿cuánto mayor será tu culpa y tu pena, pues por la profesion de sacerdote te obligaste con especialidad á la caridad?

XXVIII.

CELO.

1. Sabes, hijo, que mis deseos fueron siempre de glorificar á mi Padre y acarrearle almas. Me has visto fatigado, cansado, sin alivio por ganar á una pobre infeliz pecadora samaritana. Pero ¿qué fiesta no hice en mi corazon al punto que vi entre mis brazos aquella descarriada y perdida ovejuela? ¿El hijo pródigo arrepentido vuelto en sí? No escusé sudores, fatigas, lágrimas, sangre ni la vida para la salud de todos. ¡Ah, carísimo! si me amas, no digo ya ayuna, disciplínate, pero sí sálvame las almas: sin esto nada haces, todo lo demás no es mostrar que me

amas. Entiende que en mi estimacion no harás cosa mas noble ni que mas me agrade. ¿Qué ansias, qué fatigas, qué persecuciones no sufrieron un Pedro, Pablo, Juan y tantos otros santísimos sacerdotes para consolarme? Aun antes de mi Evangelio tienes ahí un Moisés, un Finees, un Elías, mis profetas, que ardieron en celo. ¿En cuánto celo no se abrasaron? ¿Cuánto sudaron por mi gloria? Y tú, sacerdote mio, con mis ejemplos, mis ansias, mi amor, ¿no te abrasarás?

2. Te hice sacerdote, no para tus comodidades, sino para el bien de los fieles: este es el fin que me movió á sublimarte; este es el todo de tu ministerio. Tú, que eres el esposo y defensor de mi Iglesia; tú, que eres el Angel Custodio y padre de las almas, ¿tendrás corazon para ver que se precipitan tantas en el infierno? A lo menos, ¿por qué no procuras quitar alguna de las manos del enemigo, estudiando, orando, confesando, predicando, hablando en público y en secreto? ¿Cómo puedes vivir ocioso en medio de tanto estrago de mis hijos y tuyos? Habrás recibido talentos, potestad y el honor de haberte escogido por mi cooperador y

coadjutor en la salvacion de las almas, ¿y con todo mis enemigos han de ser mas solícitos para perderlas que tú para ganarlas? ¿Pero qué diria si tú me las hubieses perdido, y aun toda tu comunidad entera, impidiendo la reforma de costumbres y manteniendo los abusos antiguos ó introduciendo otros nuevos? ¿No serías en tal caso mas reo por no cuidarlas? Acuérdate, hijo, que me han costado toda mi sangre, y que te pediré la mas estrecha cuenta. ¿Por qué has de querer aumentar á tu Dios la amargura de tantas pérdidas y aun la tuya?

3. Quien me convierte un pecador, además de aquella ganancia asegura su salvacion, y aun resplandecerá por una eternidad como una luciente estrella. ¿Quieres que te multiplique las coronas? Pues multiplica tú, sacerdote mio, multiplica las conquistas. Si tanta fiesta hacen en los cielos los Angeles y los Santos por un pecador convertido, ¿cuánta no harán por quien le convierte? ¡Ah, que no hay obra que yo estime tanto como la de las almas! Y á quien me las salva ¿no he de enriquecerle yo de mis mayores bienes? ¡O dulces frutos, hijo mio! ¡Oh qué alegría á la hora de la

muerte! ¡Qué fiesta y qué júbilo en el cielo! ¿Y no le procurarás?

Mira si tu celo está encendido en caridad, lleno de ciencia y sostenido en la constancia. La caridad es paciente, benigna; no envidia cosa en el prójimo, no es ambiciosa, no busca el propio interés ni vanidad; busca el bien para sí, y luego para los otros. Quien no tiene cuidado de su casa, ¿cómo le tendrá de la Iglesia? Quien es malo para sí, ¿cómo ha de ser útil para los otros? Sin estudio, sin consejo, sin oracion, jamás tendrá la ciencia de los santos que te haga prudente y eficaz. Muéstrate en todo digno ministro del Redentor armándote de mucha paciencia para las muchas fatigas; por el poco provecho, por las ingratitudes contínuas, por las resistencias y persecuciones que se encuentran; seguro de que serás premiado, no segun el fruto sino segun tu fatiga. San Esturmio, Apóstol de Sajonia, despues de tantas fatigas y persecuciones sufridas en su apostolado, pudo decir en la hora de su muerte: no tuve otra mira en cuanto hice y trabajé sino la salvacion de las almas y la voluntad de Dios.

XXIX.

HUMILDAD Y MANSEDUMBRE.

1. Hijo, aprende de mí, no á fabricar el mundo, no á hacer milagros, sino solamente á ser humilde y manso de corazon. Mira mi vida y compárala con la tuya. Soy mas que tú, y sin embargo quise nacer de una pobre Virgen en un establo, y ser tenido por hijo de un pobre carpintero. Vestí como pobre, me traté como pobre, y como tal fuí mirado en el mundo. Pero tú, siendo un miserable y de nacimiento humilde, ¿quieres parecer grande en el vestir, en el tratar y en todo? Apenas nací, ¿no hubiera podido llenar el mundo de la fama de mis estupendas acciones? Pues mírame por treinta años en una casita pobrísima en una morada infeliz. En el templo preguntado de los doctores y creciendo en edad, hice ver de cuando en cuando ciencia y gracia; pero siempre en oficios de una vida pobre y comun, sin querer ser conocido ni cuidado. ¿Y tú por soberbia rehusas aprender, te avergüenzas de aconsejarte, afectas lo que no

eres, y pretendes órdenes sagrados y empleos sin disposicion y sin mérito, buscando siempre las acciones mas huecas y de mas esplendor? ¿Qué dices á este cotejo? Yo me sujeté á la ley, obedecí á mi madre, obedecí á san José, recibí el bautismo de Juan; ¿y tú muestras tan poco respeto á los preceptos de la Iglesia, del Obispo y de tus superiores? Vive persuadido, hijo mio, que yo no comunico mis gracias sino á los humildes; si no te haces pequeño como un niño, no entrarás en el cielo: este es el fundamento de la vida cristiana, y mucho mas de la vida eclesiástica: ¿querrás tu edificar sin fundamento?

2. Cuando me di á conocer en mis fatigas, en mis sermones, en mis milagros, ¿por ventura busqué otra gloria que la de mi Padre? ¿Y tú, que eres hijo de la nada, que nada puedes, nada mereces, no buscas mas que la tuya vana y perniciosa, aun á costa de la mia? Con ninguno levanté la voz altivo: hablé con príncipes, y aunque paganos, siempre con respeto. Envié las turbas á los sacerdotes por mas que fueran mis perseguidores, y sin porfiar con ninguno; enseñé que el mayor se hiciera menor, ceder

á todos por mas que fueran injustos usurpadores de sus intereses. ¿Aprendiste de esos ejemplares? Al contrario, acaso tú has sido intratable, satirizando defectos de otros, porfiando, murmurando y hablando apodos contra los otros eclesiásticos con grave escándalo de los seglares. Aprendiste á encolerizarte y á ofender, y cuando ofendido fuiste implacable é irreconciliable. Yo renuncié el reino y huí de toda humana grandeza, me gocé de predicar dentro de Judea á pocos pobrecitos y aun á una sola vil samaritana: para mi ayuda llamé á unos pobres discípulos, pescadores de profesion, como si hubiese necesitado de ellos: díles poder y virtud para hacer milagros aun mayores que los mios. Me postré á sus pies, se los lavé hecho siervo de todos ellos: me humillé y me tuve por el mas mínimo de todos; yo no hice gala ó pompa de mis dones, de mis milagros, de mi grandeza; en la Eucaristía me escondí bajo los accidentes mas comunes. Pero tú pretendes títulos, buscas los primeros puestos y preeminencias, haciéndote tan altivo que hasta en tus ministerios estudias introducir puntillos, envidias y etiquetas con escándalo de los mismos se-

glares. ¿Y piensas agradar á Dios y poder convertirme almas con medios ásperos y altaneros, cuando yo no lo hice sino con la mayor humildad y mansedumbre?

3. En mi Pasion, ¿qué bajezas é ignominias no sufrí? Abandonado de los mios, negado de Pedro, vendido de Judas, perseguido de los sacerdotes, tratado como loco, pospuesto á Barrabás, avergonzado, condenado injustísimamente á un infame patíbulo, y sin embargo no me resistí, no desmentí las calumnias, no me defendí, no apelé á la justicia; si hablé no lo hice para librarme de la persecucion, sino para manifestar la verdad, por mas que preveia el aumento de ellas. ¿Y tú siendo culpable no quieres ser corregido, ni quieres parecer reo aun en el secreto del confesonario? Te quejas de mí si te aflijo; si no te aflijo te haces intolerable. Y tú por librarte de una burla, de una leve confusion, ¿disimularás, fingirás, esconderás la verdad debida á tu ministerio? Pregunta á mis enemigos cómo los traté, qué dulces palabras dije á un Judas. Pedí perdon por los que me crucificaron; y provocado en el Calvario de la mas pesada burla, diciéndome que bajara de la cruz (que

pudiera haberlo hecho con una pequeña señal, con que me hubiera librado de tantos tormentos), no obstante quise antes morir entre malvados lleno de oprobios, y ser el desprecio de todos; y asi vencí la humana fiereza y el mortal orgullo, triunfé del mundo, de la muerte y del infierno, y conseguí la redencion de las almas, la gloria de mi Padre y la de mi nombre. ¿Asi te enseñé á despreciar el falso honor, la altanería y el fausto? ¿No te persuadirás que estás obligado á hacerlo asi para gloria mia? ¡Ah hijo! Las humillaciones guian á la humildad, la humildad á la gloria.

℣ Refrena la altanería y la aspereza en tu trato con el prójimo. San Francisco de Sales decia, que mas moscas se cazan con una cucharada de miel que con cien barriles de vinagre; y objetándole uno aquel pasage del Apostol que se insista oportuna é importunamente, respondió que la fuerza de la espresion del Apostol está en las dos palabras siguientes: *con toda paciencia y doctrina.* La doctrina es la verdad, pero esta debe decirse con paciencia, sufriendo si se ve resistida y repudiada de las contradicciones, como la de Cristo. Busca en todo

la gloria de Dios; si buscas la tuya serás un ladron. Por lo mismo que eres sacerdote debes humillarte mas, tanto mas cuanto que la grandeza de tu estado y los dones de Dios, á los cuales no correspondes, te estrechan á dar mayor cuenta. San Francisco de Asís no quiso por esta causa el Sacerdocio; habiéndole rehusado otros muchos por su grande humildad; y algunos á costa de cortarse el dedo pulgar de la mano, como lo hizo san Marcos, la oreja, como el Beato Pedro de san Antonio, y otros que quisieron mas sufrir la muerte, como lo practicó san Hilarion.

XXX.

MORTIFICACION.

1. Despues de haberte escogido para que como ministro mio me siguieras á mí crucificado, crucificándote conmigo, ¿será mucho, hijo, que yo te diga: si quieres venir tras de mí niégate á ti mismo, toma tu cruz, y sígueme? Yo no me escusé de llevar la mas pesada por ti; ¿y tú te niegas á la mas ligera por mí? Tantos seglares me sa-

crifican honras, intereses y placeres, hasta la misma vida entre martirios con la penitencia y austeridad; y tú, que siendo sacerdote me representas y haces conmemoracion de mi Pasion y de mi Muerte en la Misa diariamente, y me ves hostia y sacerdote por ti y en tus manos, ¿por qué no has de imitarme haciéndote ministro digno y hostia aceptable, mortificando tu carne y tus concupiscencias? Si quieres mi cruz para tu redencion, llévala y abrázala como debes á imitacion mia. Yo mismo para entrar en mi gloria hube de padecer. El que quiere ser mio ha de negarse á sí mismo. ¿Querrás ser antes discípulo de Epicuro que de Jesus?

2. A ti te toca enseñar la mortificacion á los demás. ¿Y cómo lo harás? ¿Cómo podrás decir á los otros que refrenen la cólera, la vanidad, el interés; que se aficionen á resistir al placer de los sentidos, negándose á su propia voluntad, y que se priven de las conversaciones peligrosas, si tú no lo haces? Aunque les prediques, ¿qué fuerza les harán tus palabras si las desmientes con las obras? Ah! cuánta razon tienen los seglares en decir de ti como de otros sacerdotes, que los clérigos y los religiosos

no cuidan mas que de comer, beber y divertirse! Aun podrian zaherirles diciendo: comen de nuestros bienes. Estos son los valientes soldados que, en lugar de llevar consigo la divisa de la mortificacion de Cristo, no respiran sino delicias y delicadezas. ¿Pues qué sería si á la propia abnegacion llegasen á llamarla escrúpulos y melancolías de místicos? ¡Pobre de mi Iglesia! Tenia en otros tiempos maestros consumados en la penitencia, verdaderamente pobres en rentas, consumidos de ayunos, sin aliño en su persona, muertos al mundo y á sí mismos; y ahora confiada á estos delicados paraninfos. ¿Qué harán los seglares en un siglo tan dado á los placeres, al lujo y á las comodidades, y viendo á los sacerdotes vivir asi, cuando por tantos respetos debieran ser ejemplo de mortificacion? ¿Cómo no he de lamentarme agriamente al ver que en lugar de aumentar, como es tu obligacion, los que sigan mi cruz, me añades mas enemigos?

3. Desengáñate: sin abnegacion no puedes satisfacer tantas obligaciones como tienes comunes con los seglares, y tantas propias de tu particular estado. Tu obligacion

es huir los negocios del mundo y las acciones profanas; el no ser litigioso, antes bien pacífico y agradable á los seglares; si eres religioso á observar tus votos y cumplir con tu regla: ¿y cómo lo harás si no te niegas al afan de los intereses mundanos y al deseo de los honores? ¿Cómo aborrecerás las mundanas diversiones, los juegos, corrillos, espectáculos, lujo, bailes, conversaciones libres, particularmente prohibidas para ti, si no reprimes tus sentidos y los malos deseos de la carne? ¿Cómo te mantendrás casto y puro en medio de un mundo tan corrompido, tratando con mugeres aun por cosas de tu oficio, si no refrenas tus pasiones y malvados apetitos de la concupiscencia? ¿Cuándo te aplicarás como debes al estudio, á celar y trabajar por el prójimo, por la Iglesia, si amas tanto tus comodidades, si no quieres vencer los respetos humanos, si no sabes sufrir por mí una palabrilla, una afrenta? La repugnancia que tienes á sujetarte á las reglas de la virtud y de aspirar á la perfeccion sacerdotal, ¿no proviene de que no te mortificas? Qué, ¿te pesa mi cruz? ¿Pues sufres y padeces por respeto del mundo, y por mí no has de su-

frir nada? No es el padecer lo que tan mal te sabe, sino el padecer por mí. Con huir de mi cruz, ¿qué es de lo que huyes, hijo? Yo te lo diré: huyes aquella fortaleza y aquel consuelo que lograrias padeciendo conmigo y siguiéndome; huyes mi ayuda; huyes el auxilio de mis gracias, con que hallarias mi yugo no solamente ligero sino dulce y suave; huyes el premio por el cual algun dia, convertida la tristeza en gozo, bendecirias la hora de haber padecido conmigo reinando conmigo por una eternidad. ¿Asi quieres ser antes mártir del mundo que mio? ¡Mira qué necedad! Y no es esto un querer padecer miserablemente en esta vida y despues en la otra? Mira si te importa el mortificarte y padecer con resignacion.

¶ Observa atentamente qué pasion es la que te domina y te hace faltar con frecuencia, y hallada procura sujetarla con la penitencia y abnegacion. Cuanta mas fuerza te hagas para vencerte, tanto mas adelantarás en la virtud. Armate animoso para vencer los dichos y respetos humanos, y no ames tanto tus comodidades. El lujo, la delicadeza, el regalo y tantos humanos respetos, decia san Francisco Javier, son la ocasion prin-

cipal del deplorable estado de la Iglesia. San Ambrosio, de las palabras del Apostol: "Yo castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre para no ser reprobado," saca esta consecuencia: *Luego quien no le castiga, aunque parezca un Apóstol, es un réprobo.*

XXXII.

PARAISO.

1. ¡Qué gloria te espera en el cielo, ó hijo mio! ¡Ah, si bien lo pensaras, cuánto harias por ella! Yo te la preparé. Si donde estoy yo quiero que esté mi siervo, ¿cuánto mas mi fiel sacerdote? Tu gloria será la mia, y yo mismo seré tu abundante paga. ¿Qué placer será el tuyo viendo aquel poco que me diste premiado con una medida la mayor, la mas colmada, la mas abundante; y tanto mas cerca de mí y mas honrado en el cielo, cuanto mas inmediato y favorecido fuiste por mi ministerio en la tierra? ¡Oh cómo bendecirás entonces el haber llevado con decoro y con fortaleza la pesada estola sacerdotal, cambiada con la de gloria inmortal! Tus virtudes resplandecerán

allá arriba mucho mas que brillantes diamantes. Y estarás sentado en un lugar mas distinguido por haberme seguido en el desapego de las cosas del mundo. Dichoso de ti, que trabajando por ti y enseñando á los demás, te hallarás con una duplicada corona mayor que la de otros en el cielo.

2. Hijo, solo el verte libre de todas las miserias de esta vida, y acabadas las fatigas, los llantos, las cruces, las persecuciones, sin ningun temor, sin haber de pelear con pecados y con pecadores, ¿no es el mayor consuelo? ¿Pues qué será verte rico de tantos bienes, poseedor del mismo gozo de tu amado Dios? Esto se dice presto, hijo mio, pero no es facil entenderlo. Lo entenderás cuando te halles allá; entonces podrás decir cuánta sea la gloria de mi reino, y cuán magnífico sea un Dios en premiar. Atiende un poco y mira cuánto pudo en Pedro un pequeño rayo de mi gloria en el Tabór, cuánto en Pablo un átomo de aquella luz, cuánto una sombra de la santa ciudad vista por Juan. ¡Ah! Si un solo destello de mi gloria fué á estos y á otros muchos amantes de su Dios tan dulce en este valle de lágrimas, ¿qué será cuando, confor-

tados de la luz soberana, no en enigma y figura, sino descubiertamente me vean cara á cara? Yo derramaré sobre ti el torrente de mis delicias, y las gozarás plenamente por una eternidad. ¡O amada penitencia! dirás entonces, ¡ó amada penitencia que me ganó tanta gloria!

3. Sudaste, es verdad, en enseñar; te fatigaste en los estudios, en el confesonario; sufriste persecuciones por mí; pero ¿cuánto será el contento al verte duplicada la gloria por el sufrimiento de ellas, y por aquel bien que procuraste á mis almas? Todas, todas te rodearán en el cielo. ¡Oh qué placer! Cuando á porfía se amontonarán á darte gracias los pobres que con tus limosnas les impediste muchos pecados; los penitentes agradecidos por las correcciones y penitencias saludables que les diste, y por las absoluciones que con tanta dulzura y caridad diferiste; los feligreses bien instruidos y cultivados; la juventud por ti enamorada de la pureza; los domésticos edificados en paz. Tú entonces alegre y satisfecho les darás igualmente las gracias por la obediencia, docilidad y correspondencia. Mis santos tus protectores, los Angeles de tu guarda, María

Santísima mi madre, ¿con qué amoroso regocijo te mirarán? ¿Qué agradecidos se mostrarán contigo, y qué ternura será igualmente la tuya llena de correspondencia, porque pidieron por ti y con sus ruegos te protegieron? Pues ves, hijo mio, todos estos te esperan y desean con ansia que goces de su compañía, y yo mismo lo deseo mas que todos ellos. ¿Qué no haré por ti? Te haré mas semejante á mí en la gloria, puesto que trabajaste tanto en asemejarte á mí y en haber sido salvador de mis almas. Ve, pues, ó amado hijo mio, ve, gáname cuantas almas puedas, tráemelas é imagínate, si puedes, cuál júbilo será el mio y el suyo al verte acompañado de tantas almas unido con estrecho amor en mi seno. ¡Qué alegría, qué gozo, qué escesos de amor, qué dulzura para siempre, para siempre!

℣ Eres peregrino en la tierra: desprecia la nada del mundo que pasa; tu patria es el Paraiso. Envia adelante limosnas y buenas obras. A los mártires, á las vírgenes y á los maestros que dirigirán mis almas les tocarán tres coronas especiales en el cielo. Desea la primera y gánate las otras

dos con la pureza y con el celo: tienes grande obligacion de guardar la castidad y de ayudar á tus prójimos. El cumplir esto te costará algun trabajo; pero acuérdate, decia san Felipe Neri, que el cielo no se hizo para los poltrones. San Francisco de Asís decia á sus religiosos: hermanos mios, grandes cosas hemos prometido, pero mucho mayores nos las ha prometido Dios á nosotros. Cumplamos aquellas y suspiremos por estas: el placer es breve, el padecer poco, la gloria infinita: muchos son los llamados, pocos los escogidos; y todos serán premiados á proporcion de los méritos que hubieren hecho.

CARTA DEL V. AVILA

A UN SACERDOTE

SOBRE PREPARACION PARA CELEBRAR.

Muy Reverendo Padre mio: plega á nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera y provechosa á V., porque segun la pregunta es de mucha importancia, tambien lo será la respuesta si fuese tal como he dicho. Pregunta V. qué preparacion será la mejor, ó qué consideracion mas provechosa para celebrar el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño (por falta de disposicion) lo que de sí es tan provechoso.

Ya V. sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y asi ser diversas las inclinaciones de las ánimas, y tambien diversos los dones que reparte Dios, que á unos lleva por unos medios y á otros por otros; y asi no se puede dar regla cierta que á todos cuadre, de qué consideracion le sea mas provechosa para lo dicho. Esto es cierto, que aquello le será á uno mejor que nuestro Criador y Redentor le diere y con que mas le moviere. Y quien tiene noticia, como en estas cosas se puede tener, que ni son de fe ni hay evidencia de que su preparacion ó consideracion es

impulso de Dios, no hay que buscar otra hasta que nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar dando cuenta á persona que tenga de ello esperiencia y prudencia, y asentar en aquello. Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos á esta ó aquella consideracion; y para estos tambien es necesario que den parte de su disposicion interior, para ver si han de menester ser llevados por consideracion de amor ó de temor, tristes ó alegres; y conforme á lo que hubieren menester aplicarles el remedio.

Y porque creo, segun la relacion que de V. tengo, que la disposicion de V. es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideracion que le provoque á fervor de amor con reverencia que á otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da á entender, que aquel Señor con quien fuimos á tratar es Dios y hombre, y la causa por que al altar viene. Cierto, Señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre considerar de verdad: á Dios voy á consagrar, y á tenerle en mis manos, y á hablar con él, y á recibirle en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para segun nuestra flaqueza hacer lo que en este oficio debemos.

¿Quién no se enciende en amor con pensar: al Bien infinito voy á recibir? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofender-

le, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confia con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza á hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y finalmente, esta consideracion, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorve al hombre y le saca de sí, ya con reverencia ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideracion de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideracion, nos son fortísima ayuda para ello si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Asi que, señor, ejercítese V. en esta consideracion, haga cuenta que oye aquella voz (Mat. 25): *Ecce sponsus venit, Deus vester venit;* y enciérrese dentro de su corazon, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir, y pida al mismo Señor que por aquella bondad que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarle, reverenciarle y amarle como es razon. Importúnele qué no permita el que esté V. en presencia de tan alta Magestad sin reverencia, temor y amor. Acostúmbrese á sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideracion no tenga.

Mire á los que están delante de los reyes, aunque no digan nada; aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas, mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la in-

finita grandeza, temblando de su pequeñez y ardiendo en fuego de amor como abrasados en el horno de él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque como digo no tenga entonces otra consideracion: quiero decir, que una cosa es saber hablar al rey, y otra saber aunque callando estar delante del rey para estar como debe estar. Y esta union de su alma con nuestro Señor es la que debe tener en la Misa colgada de él, como cuando está en la celda en lo mas íntimo de su corazon unido con Dios; y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta union, porque hallará en ella mas *fruto* que en las palabras, aunque se ha de tener cuenta con ellas; mas se ha de acostumbrar, teniendo el corazon unido y presente á Dios, tener la atencion que conviene á lo que hace y dice.

¡O Señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida y enriquecida en celestiales gracias para tratar á Dios humanado; y coteja los brazos de ella, y sus manos y sus ojos, con los propios! ¡Qué confusion le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir á ellas por las palabras de la consagracion? Estas cosas, Señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del pode-

roso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazon, y le hacen desear que en acabando la Misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor (Joan. 13): *Scitis quid fecerim vobis?* ¡O Señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para pesarlo! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo en acabando la Misa le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus* hasta otro dia que tornase á decir Misa!

Y si alguna vez diere Dios á V. esta luz, entonces conocerá cuánta confusion y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella; que quien nunca lo ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta. Junte V. á esta consideracion, de quién es el que al altar viene, el por qué viene, y verá una semejanza del amor de la Encarnacion del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte que le renueve lo pasado; y si entrare en lo íntimo del corazon del Señor, y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su alma en tal consideracion.

Mucho se mueve el alma considerando: á Dios tengo aqui; mas cuando considera qué del grande amor que nos tiene, como desposado que no puede estar sin ver y hablar á su esposa ni un solo dia, viene á nosotros, querria el hombre

que lo siente tener mil corazones para responder á tal amor, y decir como san Agustin: *Domine, ¿quid tibi sum, quia jubes me diligere te? ¿Quid tibi sum?* Qué ¿tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes á este que sabe muy bien ofenderte y muy mal servirte? Qué ¿no te puedes hallar, Señor, sin mí? ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, qué siendo quien eres pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aqui con tu Real persona, y te pongas en mis manos, como diciendo: Yo morí por ti una vez, y vengo á ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello, mas si fuese menester moriré por ti otra vez! ¿Qué lanza quedará levantada con tal solicitacion de amor? ¿Quién, Señor, se esconderá del calor de tu corazon, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande saltan centellas á lo que está cerca? Tal, Padre mio, viene el Señor de los cielos á nuestras manos, y nosotros tales le tratamos y recibimos.

Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al Señor que nos hace una merced que nos haga otra; pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Imo*, como san Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus quo optimus.*

Miremos todo el dia cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos; y traigamos todo el dia este pensa-

miento: al Señor recibí, á su mesa me siento, y mañana estaré con él; y con esto huiremos todo mal y esforzarémonos al bien, que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonarlo allí. Y para concluir digo, que se acuerde V. que se quejó el Señor de Simon porque entrando en su casa no le dió agua para sus pies, ni beso en su faz; para que sepamos que quiere de la casa do entra que le den lágrimas por los pecados á los pies de él, y amor, qué hace dar beso de paz.

Esta dé á V. nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor, el cual aquí le atormente por las ofensas que él y otros hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar teniendo el bien de Dios por propio y mas que propio, amando á él mas que á sí mismo, &c.

Quam horrendum sit sacrosanctum Missæ sacrificium in peccato mortali offerre.

COLLOQUIUM CHRISTI CUM B. BIRGITTA, EX REVEL.

Ille presbyter, pro quo tu oras, cum accedit ad altare, tunc averto faciem meam ab eo, et adstant ad latera ejus dæmones, cujus et animam inhabitant, quia ipsa est mortua ante me.

Cum imponit sibi superhumerale, hoc est, Amictum, dæmones obumbrant animam ejus ut non cogitet, et non intelligat quam horribile sit accedere ad Altare meum, et quam mundus esse debeat qui mihi mundissimo adstare debet.

.....

Cum induit se casullâ, tunc perfidiâ induit eum diabolus; quando autem legit Confiteor, *dæmones respondent: mentitus es, nos sumus testes quod confessio ejus est similis Judæ, quia dicit aliud ore, et aliud habet in corde.*

Quando vero consecrat corpus meum, tunc fugiunt dæmones ab eo, et corpus ejus remanet quasi truncus, quia anima ejus mortua est ante oculos meos.

Cum autem corpus meum applicat ad os

suum, ex præsumptione illa omnis turba dæmonum revertitur ad eum, quia charitatem nullam ad me habet.

Ecce tales sacerdotes non sunt mei sacerdotes, sed veri proditores; ipsi enim et me vendunt et quasi Judas produnt. Ego conspicio paganos, et judæos; sed nullos video eis deteriores. Quia ipsi sacerdotes sunt in eodem peccato quo cecidit Lucifer.

. . . . . .

Maledicti sint à cœlo et terra, et ab omnibus creaturis insensatis, quia ipsæ obediunt Deo et laudant, et isti spreverunt.

Maledicta sit hora, quæ incipit eis in inferno, et nunquam finietur.

. . . . . .

Maledictum sit corpus eorum, quod resurget in inferno sine fine arsurum.

Propterea juro in veritate mea, quia sum veritas, quod si sic moriuntur, sine fine damnabuntur. Væ talibus!, et melius esset quod nunquam nati fuerint; ipsi enim profundius cadunt in infernum quam aliquis alius.

ADVERTENCIAS

SOBRE

LA CELEBRACION DE LA SANTA MISA.

(De San Alfonso Ligorio.)

No podrá jamás sacerdote alguno decir la Misa con la debida atencion, si no hace el aprecio que merece tan tremendo sacrificio.

No hay ni puede haber en el mundo cosa mas santa ni mas sublime que la celebracion de la santa Misa. (*Conc. Trid.*)

Todo el honor que han dado y darán á Dios eternamente los ángeles con sus alabanzas y los santos con sus buenas obras, no podrán jamás llegar á la gloria que le da una sola Misa; porque el honor que dan á Dios las criaturas es limitado, pero en la Misa se le ofrece una víctima de un valor infinito.

Dice san Buenaventura, que no hace Dios menos beneficio al mundo en cada Misa que se celebra que el que hizo cuando encarnó en el seno de la Virgen. *Non minus videtur facere Deus in hoc, quod quotidie dignatur descendere super altare, quam cum naturam humani generis assumpsit.*

San Agustin enseña, que el Hijo de Dios viene á encarnar, en cierto modo, en las manos del sacerdote como en el seno de la Santísima Virgen.

El Angélico Doctor dice, que siendo el sacrificio del altar una renovacion y aplicacion del sacrificio de la cruz, una Misa trae á los hombres todos los frutos y bienes que trajo el sacrificio de la cruz. *In qualibet Missa invenitur omnis fructus, quem Christus operatus est in cruce.* Y el P. S. Juan Crisóstomo añade: que es de tanto valor el sacrificio de la Misa cuanto la muerte de Jesucristo en la cruz. *Tantum valet celebratio Missæ, quantum valet mors Christi in cruce.*

Supuesto, pues, que la santa Misa es la obra mas grande, mas santa y divina que puede haber en el mundo, la mas agradable á Dios y la mas provechosa á los hombres, ¿con qué cuidado, con qué pureza, con qué devocion y reverencia no deberá acercarse el sacerdote á celebrarla? Maldito sea el hombre que hace la obra de Dios con negligencia, dice el Profeta: y esta terrible maldicion, ¿sobre quién recaerá mas principalmente que sobre aquel sacerdote que celebre la Misa con precipitacion y sin reverencia?.....

PREPARACION.

Decia un siervo de Dios, que toda la vida del sacerdote habia de ser una contínua preparacion para celebrar la Misa; y que debíamos prepararnos para celebrar como para morir.

La preparacion, una es remota y otra próxima.

La preparacion remota es la vida pura y santa que debe llevar el sacerdote para celebrar dignamente. ¿Qué pureza y santidad no deberá ser la del sacerdote que con sus palabras ha de llamar al Hijo de Dios, y le ha de traer desde el cielo á sus manos y depositarle dentro de su pecho? No basta que esté libre de pecados mortales, es necesario que esté exento de los veniales (se entiende deliberados); es necesario que todas las acciones, las palabras y los pensamientos del sacerdote que ha de celebrar la Misa sean tan santos, que puedan servir de disposicion para celebrar dignamente.

PREPARACION PRÓXIMA.

Para la preparacion próxima primeramente es necesaria la oracion mental. Decia el V. Avila, que á la celebracion de la Misa debia prepararse con hora y media de oracion mental. Pero siquiera *media hora de consideracion* sobre la grande y misteriosa accion que vamos á hacer: las preces y oraciones que tienen los libritos de preparacion. ¡Ah! Por falta de meditacion se ven tantas Misas tan atropelladas, y el altar santo profanado.

El sacerdote, al entrar en la sacristía para celebrar, debe despedir todos los pensamientos y cuidados terrenos, y pensar solo en que va á traer á Dios á sus manos, á hablar y tratar con él familiarmente. Acuérdese tambien que alli va

á ser un intercesor por los pecadores. El sacerdote en el altar, dice san Juan Crisóstomo, está en medio de Dios y los hombres: representa las súplicas de los hombres y alcanza las gracias de Dios.

REVERENCIA EN EL ACTO DE CELEBRAR.

El acto de celebrar debe hacerle el sacerdote con la mayor reverencia: esta pide que se aplique la debida atencion á las palabras y ceremonias, y que se observen exactamente las rúbricas. Por lo cual, no se puede sin culpa omitir ninguna ceremonia ordenada por las rúbricas, como toda bendicion, genuflexion, inclinacion y semejantes..... y lo mismo si se hacen veloz y desordenadamente; como aquellos que no se arrodillan hasta el suelo, ó al besar el altar hacen solo la ceremonia de bésarle, ó forman muy mal las bendiciones, contra lo que prescriben las rúbricas; pues es lo mismo omitir las ceremonias prescritas que hacerlas mal. Además dicen varios autores, que si alguno omite parte notable de las ceremonias de la Iglesia, aunque no sean de las mas graves, no está escusado de culpa grave.

Esto supuesto, observando el modo con que dicen la santa Misa mucha parte de los sacerdotes, con tanta precipitacion y con tanto desprecio de las ceremonias, sería necesario llorar, y llorar con lágrimas de sangre. Bien se podia de-

cir á estos sacerdotes lo que san Clemente Alejandrino decia á los sacerdotes gentiles: que hacian del cielo una escena de teatro, y á Dios un objeto de comedia.

Pero qué digo comedia; mas cuidado y mas atencion pondrian para representar un papel de comedia.....

¿Qué atencion es la que ponen en la santa Misa estos miserables?..... Palabras truncadas..... reflexiones medio en el aire, que mas son actos de escarnio que muestras de reverencia..... signos de cruces ó mas bien garabatos, que mas parecen juegos de manos que no se sabe qué quieren significar..... se vuelven y se menean en el altar de modo que escitan la risa..... manejan la hostia y el caliz como si fuese un pedazo de pan ó un vaso de vino..... las palabras y las ceremonias antes de tiempo..... en suma, toda su Misa desde el principio hasta el fin parece una farsa, un amontonamiento de desórdenes, de irreverencias y de sacrilegios.....

¿Y de dónde proviene todo esto? Parte de la ignorancia que tienen de lo que es el santo sacrificio y de la ignorancia de las ceremonias, que no saben ni procuran saberlas; y parte del deseo de acabar pronto la Misa (*). Habrá quien esté hablando dos horas antes, tratando de negocios del mundo, ó parlando inutilmente en una

---

(*) ¿Y no merecerá esto la atencion de los superiores eclesiásticos? ¿No deberian tener celadores en las iglesias, y al que vieran celebrar tan indignamente la Misa darles cuenta, para recogerle las licencias hasta que aprendiera á celebrarla con decoro?

tienda ó en la sacristía, y despues le falta tiempo para acabar cuanto antes la Misa.

El sacerdote en el altar representa la misma persona de Jesucristo, y asi dice en persona de Jesucristo: *Hoc est corpus meum: Hic est calix sanguinis mei.* Pero, ó Dios mio, viendo á tantos sacerdotes celebrar con tanta irreverencia, ¿qué deberá decirse, que representan á Jesucristo, ó mas bien que parecen unos farsantes ó titiriteros, que van ganando de comer con sus juegos de manos? dice el Sínodo Spalatense.

Por lo cual, los sacerdotes que celebran tan indignamente, no solo pecan por la grande irreverencia que hacen á tan santo sacrificio, sino tambien por el escándalo grave que causan (*).

No sé pues con qué conciencia los párrocos ó rectores de las iglesias, y los sacristanes, admiten á celebrar á tales sacerdotes que dicen Misa con tanta irreverencia. El P. Pascuaylio no sabe escusarlos de culpa grave diciendo: *Prælatos etiam regulares et rectores ecclesiarum peccare mortaliter, si permittant subditos celebra-*

(*) Una Misa atropellada basta para hacer perder, no solo la devocion sino aun casi la fe. Oigase el caso siguiente. Un herege en Roma habia resuelto abjurar su heregía; pero habiendo visto celebrar una Misa indevota de tal modo se escandalizó, que ya no quiso abjurar. El Pontífice Clemente XI le contestó que la indevocion de un sacerdote negligente no podia perjudicar á las verdades de la fe. Pero, no, respondió el herege, si yo fuese Papa y supiese haber un sacerdote que dijese la Misa con tanta irreverencia, *le haria quemar vivo.* Viendo yo, pues, que tantos celebran tan indignamente y no se los castiga, me persuado que ni ellos ni vos teneis fe: asi dijo, y no quiso abjurar.

re cum nimia festinatione, quia ratione muneris tenentur curare ut celebratio congruo modo se habeat. Y no hay duda que están obligados los Obispos con obligacion estrecha, de prohibir celebrar tan sin respeto á tales sacerdotes segun el Concilio de Trento. *Decernit sancta Synodus, ut Ordinarii locorum ea omnia providere sedulo curent, ac teneantur, quæ irreverentiam (quæ ab impietate vix sejuncta esse potest) inducit.* (Decr. de observ. in celebr.) Nótense las palabras *prohibere curent ac teneantur*: de aqui es que los *Prelados están obligados á velar y tambien á informarse diligentemente de cómo se celebran las Misas en su diócesis, y deben suspender de la celebracion á aquellos sacerdotes que la digan sin la debida reverencia.*

CUÁNTO TIEMPO HA DE DURAR LA MISA.

Pasemos á examinar cuánto tiempo se debe emplear en la celebracion de la santa Misa para decirla sin defecto. El P. Molina dice que el tiempo de una hora no se debe tener por escesivo. El Cardenal Lambertini dice, que la Misa no debe ser mas larga de media hora, ni mas breve de una tercera parte (*). En varias reglas de las or-

(*) ¡O tercera parte de hora! ¡O veinte minutos! ¡Qué abuso tan horrendo se ha hecho y se está haciendo de esta opinion de Benedicto XIV! Si se pregunta á esos profanadores de Misas cuánto tiempo se proponen emplear en la Misa, dirán que los 20 minutos.....

denes religiosas se manda que se aproxime á la media hora.

El P. Gobat añade, que el *breviter* que dicen los Doctores, se ha de entender cerca de media hora.

Despues de citar otros autores continúa san Ligorio: Esto supuesto digo deberse inferir, que *el sacerdote que celebra en un cuarto de hora cualquiera Misa* (aunque sea la de difuntos, ó de nuestra Señora, de Sancta María in Sabbato), *dificilmente, por no decir imposible, puede estar escusado de culpa mortal*, porque es imposible terminar la Misa en el menor espacio de un cuarto de hora sin hacer grave irreverencia al sacrificio y sin causar grande escándalo al pueblo.

DE LA ACCION DE GRACIAS DESPUES DE LA CELEBRACION.

Por último, es necesario que el sacerdote despues de haber celebrado haga la accion de gracias. Pero ¡qué miseria y qué desorden es ver tantos sacerdotes que, acabada la Misa, despues de haber recibido de Dios el honor de ofrecerle en sacrificio á su mismo Hijo, y despues de haber sido alimentados con su sacratísimo cuerpo, apenas entran en la sacristía con los labios teñidos todavía de su purísima sangre, rezada alguna breve oracion entre dientes sin devocion y sin atencion, al instante se ponen á discurrir y á parlar de cosas inútiles ó de negocios del mun-

do, ó se salen de la Iglesia y se llevan por las calles á Jesucristo, que está todavía en su pecho con las especies sacramentales! Era necesario hacer con estos lo que el V. M. Avila con un sacerdote, que viéndole salir de la iglesia acabado de celebrar, hizo que fueran dos clérigos alumbrándole con hachas encendidas, y preguntándoles qué iban haciendo, le respondieron: vamos acompañando al Santísimo Sacramento que lleva vuesa merced dentro de su pecho. Oh cómo se podrá decir á estos el dicho de san Bernardo: *¿Christum tam cito fastidis?* ¡Oh! ¿Tan pronto te fastidia la compañía de Jesucristo que está dentro de ti?

¡Cuántos libros piadosos hay que encargan tanto la accion de gracias despues de la *Misa*, y tan pocos sacerdotes como hay que se detengan en hacerla! Y lo de admirar es, que hay otros que hacen otras devociones, y muy poco ó nada se detienen en dar gracias á Jesucristo despues de hacerles el mayor de todos los favores.

La accion de gracias no deberia terminarse sino con el dia. El V. Avila despues de haber celebrado se detenia por dos horas en oracion á tratar con Jesucristo. ¡Oh con qué ternura suele hablar el Señor á las almas despues de la comunion! ¡Y cuántas finezas de amor usa con ellas! No será pues gran cosa que todo sacerdote se detenga una hora con Jesucristo despues de la Misa.

A lo menos te ruego, sacerdote mio, que te detengas por media hora; á lo menos por un

cuarto de hora: pero ¡O Dios! es demasiado poco un cuarto de hora. San Ambrosio dice que el verdadero sacerdote no ha nacido para sí sino para Dios; ¿pues para quién debe emplear los dias de la vida sino para Dios, especialmente despues que le ha recibido en la sagrada comunion?

REGLA DE VIDA SACERDOTAL.

El estado sacerdotal es de suma santidad, y todo sacerdote tiene una verdadera obligacion de aspirar á la perfeccion de él: Dios mismo es el que lo dice. *Sacerdotes..... sint sancti, quia ego Sanctus sum.* (Levit. 21, 8.)

El sacerdote para poder cumplir con esta obligacion ha de tener una regla ó plan de vida bien ordenada; de este modo.

POR LA MAÑANA.

Dadas gracias á Dios rezareis parte de las horas menores y tendreis la oracion mental, á no que os sea mas facil á otra hora.

Preparacion para la Misa. De todos los actos de la Religion, el mas augusto es la santa Misa. Preparaos, pues, con media hora de meditacion sobre el santo Sacrificio que vais á celebrar. Direis la antífona *Ne reminiscaris* con sus salmos y oraciones, y os ejercitareis en actos de fe, humildad y caridad, &c., con las demás prácticas que hay en los libritos de la Misa.

Celebracion. En la celebracion del augusto Sacrificio no empleareis mas de la media hora, pero tampoco menos de veinte y cinco minutos, pues si rebajais de esto será con muchas faltas ó irreverencias.

Accion de gracias. El tiempo de tener á Jesucristo en vuestro pecho es el mas precioso de vuestra vida, y asi os detendreis á darle gracias el tiempo que podais; pero que no sea menos de media hora ó un cuarto de hora.

Oracion mental. Poco podrá el sacerdote si no es hombre de oracion: la oracion ha de ser su compañera, con ella ha de empezar el dia y con ella le ha de acabar. No hay cosa mas repetida en la sagrada Escritura que la necesidad de la oracion. Entre mil ejemplos de esto basta el de nuestro divino Maestro, que pasaba tantas horas orando; el de los Apóstoles, que dejaron todas las ocupaciones por la oracion y la predicacion; y los primeros fieles, que eran perseverantes en la oracion. Por lo tanto, además de cumplir religiosamente con el Oficio divino, tendreis una ó media hora por lo menos de oracion mental, valiéndoos de algun libro de meditaciones, v. gr. las del P. Granada, Villacastin, Nepueu, Medalle ú otros.

Lectura espiritual. Leereis cada dia dos ó

tres capítulos de la sagrada Biblia, principalmente del nuevo Testamento. A esta lectura juntareis la de otros autores piadosos, v. gr., las obras del V. Avila, Granada, san Francisco de Sales, san Ligorio, el *Memoriale vitæ sacerdotalis*, *Esposicion de la Misa*, Kempis, *Regula cleri*, &c., y las vidas de los Santos principalmente sacerdotes.

Estudio. Los labios del sacerdote han de ser los depositarios de la ciencia, dice un Profeta: por esto habeis de destinar cada dia un tiempo proporcionado al estudio, principalmente á la teología moral y mística, al catecismo, liturgia, &c.

POR LA TARDE.

Oficio divino. A la hora correspondiente rezareis Vísperas y Completas. Los Maitines y Laudes los direis igualmente por la tarde ó por la noche; no los dejeis, en cuanto sea posible, para el dia siguiente.

Visitas al Santísimo. A nadie ha de ceder el sacerdote en amor á Jesucristo Sacramentado: dichosos los momentos que podais pasar en su presencia; á lo menos por la tarde le hareis una visita, rezándole la estacion y haciendo la comu-

nion espiritual como preparacion para recibirle en la Misa al dia siguiente.

Rosario. Si sois verdaderos hijos de María la rezareis el Rosario, y antes de recogeros hareis un breve examen de conciencia pensando que en aquella misma noche podémos morir y ser llamados á juicio.

Dia de retiro. Todos los meses tendreis un dia de retiro y preparacion para la muerte: os valdreis del retiro espiritual del P. Croiset ó de la preparacion á la muerte por san Ligorio ú otro semejante.

Ejercicios anuales. En tanto que llega el feliz momento de que el clero español tenga sus ejercicios anuales como en otros paises católicos, tendreis del mejor modo posible seis ú ocho dias de ejercicios por los del P. Calatayud, Santander, los de san Ignacio ú otros.

Aplicaos á vuestras obligaciones, al confesonario, y á enseñar á los niños el catecismo.

Tened esta regla en vuestro breviario, leedla de tiempo en tiempo, y si sois fieles en cumplirla, vendrá sobre vosotros la paz del Señor. *Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos et misericordia.* (Ad Galat. VI.)

En la misma imprenta de Aguado, sita en la bajada de Santa Cruz, número 8, se venden los libros siguientes.

Prontuario de Teología moral compuesto por el P. Fr. Francisco Lárraga, del Orden de Predicadores, reformado por D. Francisco Santos Grosin, profesor de sagrada Teología, y novísimamente añadido con mas de dos mil notas ó adiciones para instruccion de los sacerdotes por el R. P. Mtro. Fr. Diego Corral Maribela, del mismo Orden de Predicadores, Examinador sinodal de este arzobispado: un tomo en 4.° de 600 páginas á 34 reales en pasta.

Meditaciones sobre las virtudes y prerogativas de la Santísima Virgen María, por el P. Luis de la Puente: un tomo en 8.° de mas de 300 páginas, á 9 reales en pasta y 7 en rústica.

Manual de Misioneros, ó Ensayo sobre la conducta que pueden proponerse observar los sacerdotes llamados *al restablecimiento* de la religion en Francia, obra póstuma de Juan Natividad Costa, cura de la Alta Haya: un tomo en 4.° de 360 páginas á 18 reales en pasta y 14 en rústica.

Manual de oraciones para el uso y aprovechamiento de la gente devóta, escrito por el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesus: un tomo en 8.° de 440 páginas á 10 reales en pasta y 8 en rústica.

Esposicion literal y mística de la Misa y de sus ceremonias, recopilada de diferentes autores y traducida al castellano: un tomo en 16.° mayor á 8 reales en pasta.

Ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus: un tomo en 12.° á 6 reales en pasta.

Cisma acaecido en Francia en 1790, presentado á todos los fieles por un Misionero francés, opúsculo traducido al castellano por un Prelado de la Iglesia de España: un tomito en 8.° prolongado á 7 reales en rústica.

El alma afirmada en la fe, ó sea Esposicion sucinta acomodada á la capacidad de todos, obra escrita en francés por el Abate Baudrand y traducida por un Prelado de la Iglesia: un tomo en 8.° á 10 reales en pasta.